BIBLIOTECA

# Jack Kerouac

## Maggie Cassidy



# MAGGIE CASSIDY

JACK KEROUAC



ANAGRAMA

*Título de la edición original*:
Maggie Cassidy

Edición en formato digital: enero de 2023


Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1918-2

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

# 1

Era Nochevieja, nevaba en el norte. Los amigos avanzaban dando traspiés por la calle cubierta de nieve, cogidos del brazo, sosteniendo a la figura central que cantaba en solitario y con voz cascada, triste y entrecortada, lo que había oído cantar al cowboy en el cine Gates el viernes por la tarde: *Jack o diamonds, Jack o diamonds, you'll be my downfall* («Jota de diamantes, jota de diamantes, tú serás mi perdición»). Pero como no se sabía la parte de la «perdición», solo la de «Jack o», ahí hacía un falsete y gangueaba al estilo vaquero. Quien cantaba era G. J. Rigopoulos. Con la cabeza caída como un borracho, mientras los demás lo arrastraban, sus zapatos en la nieve, los brazos caídos y las caderas al aire, como un idiota, en una actitud de tremenda y total despreocupación por los esfuerzos y resbalones que sufrían los demás en la nieve por sostenerlo. Pero de su cuello de muñeco roto brotaban las quejumbrosas notas, *Jack o diamonds, Jack o diamonds*, mientras caían gruesos y espesos copos de nieve sobre las cabezas. Era la Nochevieja de 1939, antes de la guerra, antes de que nadie conociera las intenciones del mundo hacia América.

Todos los muchachos eran francocanadienses, menos el griego G. J. Nunca se le había ocurrido a ninguno, ni a Scotty Boldieu, ni a Albert Lauzon, ni a Vinny Bergerac, ni a Jacky Duluoz, plantearse por qué G. J. había pasado su infancia con ellos en vez de buscar amigos íntimos y almas gemelas de la pubertad entre otros chicos griegos, pues le habría bastado cruzar el río para ver un millar de muchachos griegos, o subir la colina de Pawtucketville, hasta un barrio griego bastante grande, para encontrar multitud de amigos.

Puede que a Lauzon se le ocurriera que G. J. nunca acabaría entre los griegos, a Lauzon el Piojoso, que era el más solidario y amable de la pandilla; todo se le ocurría a él, pero nunca había dicho nada en ese sentido; todavía. Pero el cariño de estos cuatro franceses por el griego era fantástico, realmente voluminoso, impasible e inocente en otras cosas del mundo y totalmente serio. Lo sostenían como si la vida les fuera en ello y se volvían para ver la broma que a lo mejor se le ocurría a continuación en su papel de Actor del Rey. Avanzaban bajo los inmensos y hermosos árboles de oscuras ramas del negro invierno, ramas oscuras, torcidas y sinuosas que sobresalían de la acera; cruzaban la calle, Riverside Street, formando un sólido techo de varias manzanas de longitud, hasta más allá de las viejas y fantasmales viviendas de anchos porches en cuyo fondo se veían luces navideñas; reliquias inmobiliarias de cuando estar junto al río significaba y exigía edificios costosos. Pero Riverside Street solo era ya una zona heterogénea que partía de una tienda griega de saldos, mal iluminada, que se alzaba junto a un terreno arenoso de donde partían otras calles de bungalós en dirección al río. Y llegaba hasta un campo de béisbol para aficionados, escenario de tramos de hierbajos más o menos crecidos, de ventanas rotas por pelotas mal lanzadas, de fogatas que las noches de octubre encendían los golfos y golfillos de la ciudad, categoría a la que habían pertenecido y aún pertenecían G. J. y su pandilla.

—Dadme una bola de nieve, chicos —dijo G. J., abandonando su papel de borracho y tambaleándose; Lauzon saltando al efecto para darle la bola de nieve con risa de expectación.

—¿Qué vas a hacer, Rata?

—Voy a bombardear a ese idiota que está dando vueltas —respondió con un gruñido—. Que haga revoluciones a nado. Los mamones levantarán las patazas para cagarse en las orillas del sur, Palm Miami Beach —y, trazando un arco despiadado con el brazo, lanzó la bola contra un coche que pasaba y le dio en el parabrisas con un impacto blando que dejó una estrella brillante en el cristal y en los ojos de los que miraban, pues todos reventaron de risa y

empezaron a golpearse las rodillas. El impacto había sido suficientemente ruidoso para llamar la atención del chófer, que conducía un viejo y ruidoso Essex, con una carga de leña en la trasera, un árbol de Navidad y unos troncos, y algunos otros delante, con un niño sujetándolos apoyado en ellos, el hijo del conductor, ya que eran campesinos de Dracut. El tipo se volvió y arrugó la frente un instante y enfiló cejijunto hacia Mill Pond y los pinos de las viejas carreteras alquitranadas.

—Ja, ja, ja, ¿habéis visto la cara que ha puesto? —gritó Vinny Bergerac estremeciéndose de entusiasmo, dando saltos en la calzada y empujando a G. J. con un brote de alegría y riendo histéricamente. Casi cayeron sobre un montón de nieve.

Scotty Boldieu se hizo a un lado totalmente en silencio, con la cabeza gacha, meditabundo, como si estuviera solo en una habitación y observara la punta de un cigarrillo. Ancho de espaldas, bajo, elegante, con cara de halcón, un poco moreno y con ojos castaños. Se volvió para emitir un breve pensamiento interior y una carcajada discreta, mientras los demás reían a mandíbula batiente. Al mismo tiempo, en su lado oscuro, brillaba en sus ojos la poca confianza que le inspiraban aquellas payasadas, el serio y asombrado reconocimiento de las mismas, una especie de autoridad sobre el alma viajera y silenciosa que tenían todos, así que Piojoso, al ver su abstracción y alejamiento de la hilaridad general, apoyó la cabeza en su hombro durante un segundo con una carcajada de hermana mayor y lo sacudió para que lo mirase.

—Eh, Scotty, ¿es que no has visto a Ratono lanzar un pelotazo contra el cristal del tipo? Ha sido como cuando lanzó el helado a la pantalla mientras veíamos en el Crown aquella película sobre el cobro de la hipoteca. ¡Joder! De locos, ¿verdad? ¿No lo has visto?

Scotty se limitó a mover la mano y a afirmar con la cabeza; se mordió el labio y dio una profunda y preocupada chupada a un Chesterfield, probablemente el trigésimo o cuadragésimo de su nueva vida, de diecisiete años, destinada a sumergirse en el trabajo en etapas lentas, pesadas y relajadas, y era trágico y hermoso ver la

nieve que adornaba sus cejas y su bien peinada y descubierta cabeza.

Vinny Bergerac era delgado como un palo y gritaba todo el tiempo; su padre debía de llamarse Jolgorio; dentro de su agitado y demente caparazón de actividades y gritos con la pandilla, su pequeño, delgado y debilitado cuerpo oscilaba sobre unas caderas inexistentes y unas piernas blancas, largas, trágicas. Su cara era afilada como una navaja barbera, claramente atractiva, perfilada con una lima de uñas; ojos azules, dientes blancos y brillantes ojos de loco; tenía el pelo mojado, peinado hacia delante para formar un tupé y luego cepillado hacia atrás, liso y negro tras la blanca bufanda de seda; sus cejas destacaban como las de Tyrone Power, conscientes de su perfecto aspecto. Pero era un pirado desde el comienzo. Su estrepitosa risa resonaba por toda la silenciosa y nevada calle de encogidos trabajadores de temporada navideña, concentrados en su faena con botellas y paquetes, las narices sorbiendo en la noche. La nieve caía sobre su cabeza y entre las salvajes rachas de sus gritos. G. J. había salido de su tumba de nieve, donde había caído la «asqrosa rata», y como era blanda se había hundido tiritando en el frío; tras levantarse blanco, había cargado a Vinny sobre su hombro, lo había girado como un avión y lo había lanzado como todos habían visto en los combates de lucha del Rex y el CMAC, y en sus propios patios, promovidos por ellos mismos; gritando como salvajes, bailaron el inevitable desenlace con el orgulloso y aleteante abrigo adolescente.

Ni siquiera habían empezado a beber.

G. J. y Vinny se desplomaron juntos en el montón de nieve, se hundieron, todos bailaron y aullaron; la nieve volaba, algunos copos caían de las trémulas ramas en la noche elevada; era Nochevieja.

# 2

Albert Lauzon posó sus tristes ojos en Jack Duluoz, que de manera inesperada estaba junto a él, pensativo.

—¿Lo has visto, Zagg? Ratón le ha hecho el viejo placaje de la avioneta; ¿cómo llamarías a esa llave, Zagg? ¿No lo vas visto? —En sus dientes había una risa ligera, efervescente y convulsiva—. El chiflado de Vinny lo ha tumbado, ¿no has visto a esa rata traidora hundirlo cinco kilómetros en el hoyo? ¿Eh, Zagg? —asiendo a Zagg por el brazo para sacudirlo y hacerle comprender lo que había sucedido. Pero la mente del otro estaba ocupada por un lejano recuerdo o reflexión flotante y tuvo que volverse y mirar atentamente a Piojoso para entender qué reacción se esperaba de él en aquel momento en que había estado soñando. Vio los ojos tristes de Lauzon, más bien juntos a ambos lados de la larga y extraña nariz, como velados y ocultos bajo el ala del ancho sombrero de fieltro marrón, el único de la pandilla que llevaba sombrero; y sin revelar nada más que una carcajada de expectación que resplandecía con salvaje juventud en los ojos, la barbilla alargada, la ancha boca contraída, adelantados para esperar y ver. Por la comisura de la boca de Lauzon pasó un tic, un latido mientras observaba el prolongado titubeo de Zagg, que volvía de sus pensamientos; en su observación del otro apareció y se fue para siempre cierta desilusión; Zagg Duluoz solo había estado pensando en la época en que tenía cuatro años y en el rojo atardecer de mayo en que había lanzado una piedra a un coche, delante del parque de bomberos, el coche se detuvo y el conductor bajó con cara de preocupación, y el cristal se había roto, así que al ver el tic de desilusión en Lauzon se

preguntó si debía contarle lo de la piedra a los cuatro años, pero Lauzon se le adelantó.

—Zagg, no has visto al canijo de Vinny Bergerac derribando al gigantesco Ratón, ¡ha sido sensacional! —Y Lauzon metiéndose con él—. No es broma, tú estabas a un millón de kilómetros entonces y no lo has visto, pero ha sido inolvidable: imagina al único y excepcional G. J., mira lo que hace, ¡Zagg, so chiflado! ¡Mira! —y le da un sopapo, y tira de él y lo zarandea. Todo se olvidó en un segundo. El pájaro de la perturbación llegó volando, se posó en las preciosas almas y se fue. Scotty se movía con dificultad en la periferia de la pandilla, todavía solo, todavía ensimismado.

G. J., apodado Ratón, aunque su apellido era Rigopoulos, o quizá Rigopoulakos, acortado por sus diligentes padres, estaba ya de pie y trataba jocoseriamente, o solemnemente, o circunspectamente, si cabe, de quitarse la nieve del abrigo nuevo a manotazos, pensando en su madre, que se lo había regalado con mucho orgullo la semana de Navidad.

—Tranquilos, chicos, ya está bien, mi vieja me regaló el otro día este abrigo de cachemir, la etiqueta del precio era tan rarable que tuve que ponerle mi propio símbolo inmemoriam —pero el vigor y la vitalidad volvieron a brotar de él de manera inesperada con la fuerza de una explosión, su interés por todos era tan absolutamente ilimitado que fue como el arranque compulsivo de un borracho, para empezar de nuevo, para agotar el mundo, para besar los cimientos del mundo—. ¡Zagg, eh, Zagg, eh!, ¿qué palabra inmemoriosa me dijiste la otra noche en la Plaza, en la Plaza no, delante del Ayuntamiento? Dijiste que la habías visto en la enciclopédica, Zagg, la palabra con el monumento…

—Inmemoria…

—¡Inmemoriálamos! ¡Esoesss! —gritó Ratón saltando hacia Zagg entre los brazos de la pandilla y asiéndolo con ansiedad febril —. Los inmemoriales de los monumentos de la guerra mundial, seis millones de memoriales de Wadworth Longfellow, longo felón, oye, Zagg, ¿cómo es la palabra esa? ¡Dinos… qué… palabra… es! —exclamó con apremio supremo y dándole tirones para que lo vieran

los demás, con tanto frenesí y tanta excitación y tanta «reboriprisa», como decía él, que no tardaría en echar a volar por el aire a causa de las inminentes e incontenibles explosiones de suspense. Para la payasada en curso era un asunto de grandísima importancia, por no decir más—. A este tío hay que decapitarlo ya, llamad a la Torre, 1269, llamad a los teléfonos del despacho, llamad a la luna, lo tenemos con los zoquetes a punto de partir, este hombre se niega a decírnoslo, a Boris Karloff y compañía, a Bela Rugosi, a nosotros los vampiros, y todos conectados con Frankenstein y —susurrando ladinamentela… casa… de… Muxy Smith… —Ante lo cual, todos se echan atrás, asombrados, desternillándose de risa; unas semanas antes habían llevado a un viejo borracho de Pawtucketville a su casa, que estaba en la otra punta de Riverside Street, y resultó que era una casa colonial y sin pintar de 175 años de antigüedad que se caía en pedazos, desde la chimenea hasta el limen de la puerta, en un terreno triste y hundido que estaba junto a una bifurcación por la que se iba a Dracut y a Lakeview; era de noche y daba miedo; llevaron al vejete a la cocina; el vejete se desplomó, habló entre dientes; dijo que todo el tiempo oía fantasmas en las otras habitaciones; cuando ya se iban, el vejete, que estaba en una mecedora, se cayó, se golpeó la cabeza y se quedó en el suelo quejándose. Lo llevaron a rastras a un sofá; el vejete parecía estar bien. Pero oyeron el viento en los aleros, el desván que no utilizaba nadie… y se fueron corriendo a casa. Y cuanto más corrían más convencido estaba G. J., que hablaba con mucha excitación incluso en aquellas circunstancias, de que Muxy Smith estaba muerto, de que se había suicidado. «Está en el sofá, blanco como una sábana y muerto como un fantasma», susurraba. «Os lo digo yo… de ahora en adelante será el fantasma de Muxy Smith»; de modo que por la mañana, era domingo, todos leyeron el periódico con aprensión para ver si habían encontrado muerto a Muxy Smith en la vieja casa encantada. «Yo sabía que había salido la luna cuando lo encontramos en la acera de Textile Avenue; mala señal, no deberíamos haber llevado al viejo a su casa medio muerto», seguía diciendo G. J. a medianoche. Pero por la mañana no había ninguna noticia sobre un puñado de jóvenes que se hubiera escabullido de

una casa, dejando a un muerto golpeado con un objeto pesado; se visitaron después de la iglesia, los francocanadienses iban a Santa Juana de Arco, en la colina de Pawtucketville, y G. J. al otro lado del río, con su madre y su velo negro y sus hermanas, a la iglesia ortodoxa griega, de estilo bizantino, que se alzaba cerca del canal, y se tranquilizaron.

—Muxy Smith —murmuró G. J. entre la nieve de Nochevieja— y su banda de jazz inmemoriam se acerca por las calles…, Pero ¿qué palabra? Oye, Piojoso, ¿tú habías oído esa palabra? ¿Scot? INMEMORIAM. Por siempre jamás en piedra. Eso es lo que significa. Solo Zagg podía haber descubierto una palabra así. Años estudiando en su habitación, aprendiendo… INMEMORIAM. Zagg, Chico Memoria, escribe más palabras como esa. Tú serás grande. Te harán presidente honorario de la convención del eructo de los pedorros generales de la división motorizada de los capataces de Wall Street. Y yo estaré allí, Zagg, con una guapa rubia, una petaca de licor y un apartamento a tu servicio… ah, caballeros, estoy cansado. Ha habido un combate de lucha, ¿cómo voy a bailar esta noche? No estoy para bailar jazz. —Y una vez más, agotado todo durante un rato, cantó «Jack o diamonds» con ese aire que había aprendido, triste, increíblemente triste, como un acto inmoral, como hombres que cantan flotando destrozados y proféticos en la nieve de la noche, «Jack o diamonds», mientras, cogidos del brazo, corretearon hacia el baile de Nochevieja del Salón Rex, el primero que iban a bailar todos, el primer y último futuro que tenían ante sí.

# 3

Mientras tanto, en sentido paralelo a ellos, por el otro lado de la calle, iba Zaza Vauriselle, que de no ser por un acentuado prognatismo mandibular y quince centímetros menos de estatura, habría pasado por el intrusivo, sonriente y feliz hermano francocanadiense de Vinny Bergerac; estaba con el grupo, pero durante un rato había pasado a la acera de enfrente como quien está acostumbrado a recorrer largas distancias con pandillas, a pensar en sus cosas, a dejarse llevar por sus piernas, haciendo además, de vez en cuando, aunque sin que apenas lo oyeran, comentarios como: «Condenada banda de idiotas» (en francés: *gange de baza*) o: «Andá, mirad qué chicas tan guapas salen de esa casa.»

Zaza Vauriselle era el mayor de la pandilla, se había metido hacía poco por invitación de Vinny y había caído bien al escéptico resto, o no, únicamente porque era un chiflado fantástico, capaz de cualquier trastada, y la principal trastada era: «Hará cualquier cosa que diga Vinny, cualquiera»; y su valor añadido era que lo sabía todo sobre chicas y sexualidad por experiencia propia. Tenía los mismos rasgos alegres, finos y atractivos que Vinny, pero era muy bajo y patizambo, daba risa verlo, miraba furtivamente, le sobresalía la quijada y resollaba por una nariz defectuosa; se masturbaba siempre delante de los otros, tenía unos dieciocho años; pero había en él algo curiosamente inocente y alocado, casi angelical, aunque era reconocidamente idiota y seguramente retrasado. También llevaba bufanda blanca de seda, abrigo oscuro, chanclos, sombrero no, y avanzaba con decisión por los cinco centímetros de nieve

hacia el baile que tenía metido en la cabeza; en algún lugar de Lakeview Avenue, en una casa de Centreville donde se había organizado una fiesta para adultos, y los chicos habían ido de la casa de G. J. y la de Zagg, punto de encuentro final, a recoger a Zaza. Una caminata y una emoción optimista, propia de las fiestas navideñas; ninguno tuvo coche hasta aquel verano. «*On va y'allez*, vamos!», había gritado Zaza. Este, en aquel momento, hizo una bola de nieve y se la arrojó a Vinny, su defensor.

—Oye, Vinny, siéntate en la puñetera taza y cierra el pico si no quieres que te arranque las patas…

Con voz suave, desde la acera de enfrente, con una sonrisa estúpida que los demás vieron brillar con afecto.

G. J. se tambaleó al oírlo, susurrándole, señalándolo, ordenándole callar.

—¡Ved qué cosas se le ocurren! ¡Zazay de los cojones! —Cruzó la calle corriendo, asió a Zaza por los hombros y lo tiró en la nieve, mientras Zaza, no acostumbrado a que lo maltrataran, gritaba con sincera angustia.

—¡Ay! ¡Ay! —con la bufanda y el abrigo cubiertos de nieve; los demás corrieron para sacudirle por los cuatro costados; finalmente, lo cargaron en hombros en posición horizontal y siguieron por Riverside gritando y con el otro en volandas.

Llegaron a un terraplén cubierto de hierba que se alzaba detrás de una valla de madera, cercana a un edificio de piedra medio acastillado, con torres, que se levantaba en Riverside Street. En la cima del herboso terraplén, blanco de noche, se pusieron a construir un muro de piedra contra un precipicio, con ramas secas de una enredadera que colgaba sobre la nieve, hielo reluciente; en lo alto de la pendiente, tres casas. La del centro era la de G. J. Eran viviendas viejas y normales, de francocanadienses, de madera, de dos plantas, con cuerdas de tender ropa, porches, tablas largas, como las viviendas de Frisco que perduraban en la niebla del norte, con luces pardas en las cocinas, sombras impenetrables, la vaga imagen de un calendario religioso o un abrigo en la puerta de un armario, objetos tristes, feos y útiles, y para jóvenes que no

conocían otra cosa el receptáculo de la vida misma. La casa de G. J. estaba, se levantaba, daba, por encima de las gigantescas copas de los árboles de Riverside, a la ciudad, a kilómetro y medio al otro lado del río; por su cocina pasaban ruidosas tormentas que oscurecían el paisaje, agitaban árboles que golpeaban los cristales y traían la helada, que pugnaba por colarse por la ranura de debajo de la puerta mientras viejos chanclos brillaban fríos y húmedos en pasillos embarrados, mientras los moradores se esforzaban por contener las corrientes de aire con periódicos doblados… los días de tormentas aparatosas, cuando no había clase, y ninguna ocasión como la de Nochevieja, G. J. recorría con sus largas piernas el linóleo de su madre imprecando y maldiciendo el día que nació, mientras ella, vieja viuda griega la defunción de cuyo marido, quince años antes, la había dejado en el más negro de los lutos, permanecía en una mecedora junto a la tableteante ventana con una vieja Biblia griega en el regazo y lloraba sin parar… La vista de esta casa mientras G. J. corría con los muchachos hacia las alegrías que bullían en su cerebro… «¿Estará mi madre en casa?», se preguntaba. Y ella se entregaba a veces a largas y lastimeras lamentaciones sobre la lobreguez de su vida, y daba pena oírlas, y las decía cantando, y los niños oían cada palabra y bajaban la cabeza de vergüenza y desdicha… «¿Está Reno en casa todavía?… se la va a llevar de visita a aquella maldita mujer… ¡Oh, Dios del cielo, a veces creo que nací para sufrir por esa desdichada madre mía hasta el día en que mis botas se hundan en la tierra y no haya un alma caritativa que me saque, el último de los Rigopoulakos, *elas spiti* Rigopoulakos… *ka, re*», y maldecía y se estrujaba el cerebro en griego, y se apretaba los muslos por debajo del abrigo hasta que le quemaban, y sacaba las manos de los bolsillos y separaba los dedos ante los otros, sacaba la lengua de manera elocuente y se golpeaba los dientes con ella, diciendo: «No os lo podéis ni imaginar.» Y era como si aullara a la nieve y a los seis metros de pared de piedra que había hasta su casa, la casa de ventanas oscuras y trágicas, sin más excepción que la luz parda de la cocina que no decía nada, no enseñaba nada salvo la muerte y que no obstante indicaba que su madre, como siempre, había

empezado su vigilia con una lámpara de aceite, ahora en la mecedora, luego en el pequeño sofá junto a la estufa de la cocina, con una manta lastimosamente delgada, cuando todo el tiempo tenía toda una cama para ella en su dormitorio… «Dormitorio sombrío», se quejaba G. J., Gus, *Yanni* para su madre, *Yanni* en ocasiones, cuando ella optaba por llamarlo por su segundo nombre y todos los del barrio la oían llamarlo en el ocaso rojo y triste para la cena de costillas de cerdo: «Yanni… Yanni…» Una jota de diamantes de otros corazones rotos. Y Gus se volvía hacia su mejor y más íntimo amigo, al que llamaba Zagg.

—Jack —cogiéndolo del brazo, reteniendo a la pandilla—, ¿ves esa luz que arde en la ventana de la cocina de mi madre?

—Ya lo sé, Gus.

—… indica dónde está una anciana esta noche, como todas las noches, cuando este pobre botarate quiere salir, Zagg, para recoger un poco de la diversión que hay en el mundo —había lágrimas en sus ojos— y solo pide que Dios, en su misericordia, en su munisuficiencia o como quieras llamarlo, Zagg, diga solamente: «Gus, Gus, pobre Gus, reza a los ángeles, rézame a mí y yo haré, Gus, que tu anciana y pobre madre…»

—Ah, que me muero de risa, Basilisa —exclamó Zaza Vauriselle, de lo más oportuno, extrañamente oportuno, tanto que Lauzon lanzó su risa salvaje y aguda que todos oyeron pero sin prestarle atención, porque Gus estaba hablando con mucha seriedad de sus problemas.

—… que solo por un momento mi corazón y mi alma puedan descansar para ver que mi madre, Jack, solo es una anciana, tu padre no está muerto, tú no sabes lo que es tener una madre viuda que no tiene un viejo como tu viejo Eructógeno Emil Duluoz, que llega a casa, levanta la pata y deja caer las nalgas, es tranquilizador, hace que la mujer, hace que el hijo, yo, tenga conciencia: «Tengo un padre, viene del trabajo, es un mierda y un viejo chiflado por el que nadie da un centavo», Zagg, pero aquí estoy yo, dos hermanas, mi hermano muerto, mi hermana mayor casada, ya sabes, *Marie*, era la mejor… consuelo de mi madre, cuando Marie estaba aquí yo no me

preocupaba como ahora. ¡Joder! No me enorgullece contaros mis problemas, chicos. Daos cuenta de que tengo el corazón destrozado. Mientras viva, estas cadenas me arrastrarán al fondo de un mar de tristes lágrimas que ya me mojan los pies con solo pensar en mi pobre y anciana madre siempre vestida de luto, Zagg, ¡y que me espera!, ¡siempre me espera! —Agitación en la pandilla—. ¡Preguntadle a Zagg! Las tres de la madrugada, volvemos a casa, hemos estado de cháchara en Blezan, o hemos visto a Lucky en la calle y hemos cambiado unos saludos. —Mientras daba explicaciones agitando una mano, se mostraba impaciente, elocuente, se equivocaba al hablar, y su piel olivácea, sus ojos verdiamarillos y su seria vehemencia eran como cosas que se veían en tiendas y residencias antiguas—. Y llegamos y no ha ocurrido nada, pero, y no es demasiado tarde, pero, y allí está mi madre. Allí está mi madre en la ventana, con aquella luz, esperando, dormida, entro en la cocina, procuro colarme, para no despertarla. Pero despierta. «¿Yanni?», exclama con su vocecita, que es como un llanto… «Sí, mamá, Yanni, he estado por ahí con Jack Duluoz.» «Yanni, ¿por qué estás fuera hasta tan tarde y yo muerta de preocupación?» «Pero mamá, es tarde, ya lo sé, pero te dije que estaría bien, que no iría más allá de la jodida tienda de caramelos de Destouches» y empiezo a cabrearme y a gritarle a las tres de la madrugada y ella no dice nada, le basta con saber que estoy a salvo y sin hacer ruido se va a su oscuro dormitorio a dormir, y se levanta en el maldito amanecer para prepararme los cereales para que vaya al instituto. Y os preguntáis por qué soy conocido como el Ratón chiflado —concluyó con total seriedad.

Jack Duluoz le pasó el brazo por los hombros, pero lo retiró en seguida. Quiso sonreír. Gus lo miraba para que le confirmase sus pesares.

—Todavía eres el mejor defensa derecho de la historia —dijo Jack.

—Y el mejor lanzador suplente, Ratono. Ver cómo mueve el hombro para coger elasticidad es para morirse, oye —Lauzon,

acercándose a él y enganchándole el brazo mientras reanudaban la caminata.

—Bah —dijo Gus—, todo es propaganda. No hay que hacer caso de todo lo que se cuenta. ¡Que les den por culo! Es lo que yo digo, caballeros, que les den por culo. No pienso decir una palabra más, solo llegar a mis fuentes de champán con burbujas de plata, ¿cómo llamáis a esos botellones de whisky y otros brebajes…? Luluqué, luluglú, el mundo entero se irá por el desagüe antes de que G. J. Rigopoulos se rinda.

Todos prorrumpieron en vítores; y llegaron al gran cruce de Pawtucketville, a la esquina de Riverside con Moody, la nieve caía girando por delante de la lámpara de arco y sobre el autobús amarillo y todo el mundo se saludaba de una acera a otra.

# 4

Bajando por Riverside, a la derecha, vivía Scotty Boldieu con su madre en un edificio de madera, en el segundo piso, y subías por unos peldaños exteriores, también de madera, que parecían salidos de un sueño, porque brotaban de una jungla de arbustos de tres metros que crecían en el campo de abajo, y tenías que subir temblando por la escalera de mano, cruzando porches poco sólidos, con señoras francocanadienses que ponían cara rara, que se asomaban y gritaban hacia abajo: «Eh, *madame* Belanger, *a tu* terminado *ta* colada?» Scotty tenía una habitación para él solo en la que pasaba muchas horas anotando escrupulosamente, con tinta roja, números infinitesimales y letra pequeñísima la media estival de los equipos de béisbol; o se quedaba sentado en la parda cocina con el *Sun* y leía la sección de deportes. Había un hermano pequeño. También había un padre muerto. Había sido un hombre de puños macizos y expresión adusta que cuando se iba a trabajar por la mañana andaba como el Gólem cuando partía entre las nieblas y mares de su misión. Scotty, G. J., Zagg, Lauzon y Vinny tenían un papel destacado en un equipo estival de béisbol, en un equipo invernal de baloncesto y en un imbatible equipo otoñal de fútbol.

Lauzon también vivía en Riverside Street, pero más hacia el lugar de donde venían, más abajo de la tienda de caramelos del griego, en el borde del desierto arenoso del depósito de arena, en una calle de buen aspecto, entre bungalós. El alto y extraño padre de Lauzon era un lechero alto y extraño. Su alto y extraño hermano menor rezaba novenas en la iglesia con todos los demás chicos de su edad que iban a hacer la confirmación. Los Lauzon, por Navidad,

tenían árbol navideño y regalos; G. J. Rigopoulos también tenía árbol, pero lo que se veía por su oscura ventana era algo enfermizo, sucio y siempre derrotado; la madre de Scotty Boldieu ponía el árbol en un salón de suelo de linóleo con la seriedad de un empresario de pompas fúnebres, con búcaros y flores. En la casa grande de Zaza había árboles, regalos, muérdago en las ventanas, confeti…, ya que la suya era una casa grande, típicamente francocanadiense.

Vinny Bergerac vivía al otro lado del río, en Moody Street, en los barrios bajos. Jacky Duluoz, alias Zagg, vivía a un tiro de piedra del cruce donde estaban detenidos en aquel momento. En el cruce había un semáforo que coloreaba la nieve de rojo y verde hierba. En las ventanas de casi todas las viviendas de madera de aquellas esquinas se veían luces rojas y azules; de las chimeneas salía aire de fiesta; la gente estaba abajo, en los patios alquitranados, charlando entre los ecos de sus propias palabras bajo la ropa tendida y la nieve que seguía cayendo.

La casa de Jacky Duluoz estaba cerca de allí, en el otro cruce, en la zona comercial de Pawtucketville que siempre parecía llena de actividad, donde estaba el puesto ambulante de comida, enfrente de la bolera, los billares, la parada del autobús, y cerca del gran mercado de la carne, con un solar vacío a ambos lados de la calle donde los niños practicaban juegos aburridos entre los secos hierbajos del crepúsculo invernal cuando la luna acababa de salir con una refinada, lejana e insólita palidez, como si hubiera estado congelada y además manchada con pizarra. Vivía con su madre, su padre y su hermana; tenía una habitación para él solo, las ventanas del cuarto piso daban a un mar de tejados y a los destellos de las noches invernales, cuando las bombillas caseras oscilaban pardamente bajo el limpio y deslumbrante fulgor de las estrellas, esas estrellas que, en el norte, las noches despejadas, penden por millones como lágrimas heladas, y la Vía Láctea es una golosina de plata en enero, velos de escarcha en la inmensa y parpadeante quietud que late con el lento ritmo del tiempo y de la sangre universal. La ventana de la cocina de la casa de Duluoz daba a vívidas escenas callejeras; la brillante luz interior revelaba comida y

alegría en abundancia, manzanas y naranjas en fruteros encima de manteles blancos, limpias tablas de planchar apoyadas detrás de puertas barnizadas, aparadores, platitos con palomitas de maíz de la noche anterior. Los grises atardeceres Jacky Duluoz corría a su casa, sudando en noviembre y diciembre, para sentarse en la escasa luz de la cocina y devorar, con un libro de ajedrez, cajas enteras de galletas Ritz untadas con mantequilla de cacahuete. Emil, el corpulento padre, volvía a casa al anochecer y se sentaba en la oscuridad junto a la radio, tosiendo. Salía corriendo con mucho alboroto por la puerta de la cocina que daba al recibidor, para reunirse con los amigos, y solo utilizaba la escalera delantera de la vivienda cuando iba con sus padres y para escapadas más tristes y formales. Las escaleras posteriores estaban tan mal iluminadas y polvorientas, y eran tan extrañas, como enlucidas a medias, que un día las recordaría en atribulados sueños de óxido y pérdida…, sueños, cuando la sombra de G. J. cayera sobre una pierna rota como un cacharro de cerámica en la calle, como una pintura moderna que gritara su intensa desolación. En 1939 no teníamos la menor idea de que el mundo se volvería loco.

Por el cruce en cuestión pasaba una sorprendente cantidad de personas haciendo comentarios sobre la nieve. Billy Artaud era bajo y tenía las piernas largas, y avanzaba a paso vivo braceando con energía y enseñando la brillante dentadura; era segunda base del equipo; había madurado aprisa en los últimos meses y corría ya para recoger a su novia e ir a las fiestas de Año Nuevo que se celebrarían en los cines del centro.

—¡Ahí va Billy Artaud! ¡Hurra por los Tigres de Dracut! —gritó Vinny. Billy los vio, pero siguió su camino, se le hacía tarde.

—Hola, chicos, pero qué hacéis. Son casi las diez y aún tonteando en la calle, cuándo vais a crecer, yo voy a buscar a mi chorba, adiós, tontainas. —A Billy Artaud también le llamaban «Peroquehaces»—. ¡Peroquehace Gus Rigopoulos con el abrigo cubierto de nieve! —exclamó, agitando la mano con desprecio—. ¡Echádselo a una caliente ave nocturna! —gritó y desapareció por la larga calle en la que estaba el Instituto Textil y los campos de nieve,

hacia el puente de Moody Street y las luces del centro urbano hacia el que también se dirigían muchas otras personas y muchos vehículos con cadenas que crujían blandamente. Los rojos pilotos traseros se reflejaban en la nieve como hermosas luces de Navidad.

—¡Y por ahí va Iddyboy! —gritaron todos con entusiasmo cuando salió de la oscuridad la impresionante figura de Joe Bissonnette, que, en cuanto vio a los muchachos, transformó sus hombros en grandes y abultados fantasmas alrededor de su caída y sobresaliente barbilla, y avanzó como pisando huevos—. ¡Ahí va el gran marine!

—¡Ujú! —saludó Joe, todavía con la rígida pose de «marine», que imitaba los músculos mayúsculos de los lobos de mar de las películas de Charles Bickford de los años treinta, los tebeos de aquellos corpulentos Fagan de espaldas de toro, la enorme bestia que solía perseguir a Charlie Chaplin con una jeringuilla de morfina, pero en moderno, con el ala de la gorra caída sobre un ojo y los puños apretados, sonriendo con los labios entreabiertos para enseñar los torcidos dientes dispuestos a pelear y destrozar.

Jacky Duluoz se apartó de la pandilla adoptando la misma pose, encorvado para embestir, con la cara crispada y los ojos saliéndosele de las órbitas, los puños apretados; se arremetieron resollando con fuerza, nariz contra nariz, casi dentadura contra dentadura, para aguantar el tipo; pasaban incontables noches de invierno yendo y viniendo de peleas y encuentros de lucha libre y películas juveniles con aquella misma actitud, siempre juntos, echando vaho por la boca con temperaturas bajo cero, para que la gente los viera sin acabar de creérselo, pues en la oscuridad no podían comprobarlo, Iddyboy Joe y Zagg, dos corpulentos marines enfrentados en la calle sin reparar en las consecuencias. Un sueño melvilleano de calles de población ballenera en la noche de Nueva Inglaterra… En otra época, Gus Rigopoulos había dominado por completo y se había apoderado del alma de Iddyboy, que era un machote de buen corazón y más simple que un tubo, y tenía la fuerza de dos adultos; se ponía a bailar delante de él como un hechicero, con los ojos desorbitados, en los parques, en verano,

Iddyboy, siempre complaciente, fingiendo que le caía la baba de la boca, a no ser que le cayera de verdad, y se comportó totalmente como un zombi y a una orden de Gus se lanzó sobre Zagg, y lo persiguió bramando como un rinoceronte por la jungla de adolescentes que gritaban en los solares ya oscurecido; un bromazo de larga duración en la pandilla que el Poderoso Iddyboy mataría si G. J. se lo ordenaba. Pero en los últimos tiempos se habían moderado un poco; Iddyboy tenía novia, aquella noche iba a verla, «Se llama Rita», les dijo, «no la conocéis, es una buena chica, es de allí», señalando con el dedo con toda su sencillez de campesino francocanadiense, corpulento y rubicundo, hijo de una vocinglera familia que vivía a dos calles de allí. También sobre su cabeza se había acumulado la nieve como una corona hosannada…, su pelo liso y bien peinado, su caraza satisfecha de hombre sano y bien alimentado sobresalían por encima de la bufanda negra y el abrigo amplio y confortable en el invierno de Nueva Inglaterra.

—¡Iiidyboy! —repitió, mirándolos a todos con intención, y se alejó —. Ya nos veremos.

—Fijaos cómo se va el cabrón de Iddyboy, tendríais que verlo cuando vuelve a casa los días de clase.

—Venga, Ratón, ¿no te crees lo que decía Jack? Es el primero en salir del instituto todos los días, se abren las puertas de la clase del sótano, suena la campana, todos vuelven a casa y ahí va Iddyboy, el hombre de cabeza, vuela como en un sueño y con esas zancadas de leñador ataja por la hierba, por la acera, por el puente del canal, pasa junto al puesto de comida, las vías, el Ayuntamiento y aquí llega el primer alumno normal del instituto que sale por la puerta de la clase del sótano, Jimmy McFee, Joe Rigas, yo, los más rápidos, vamos cien metros detrás de Iddyboy…

—¡Iddyboy ya va por la mitad de Moody Street, no solo quiere empezar los deberes cuanto antes porque tarda seis horas en terminarlos…!

—¡Volando con sus rápidos pies, deja atrás el salón Silver Star, rebasa el árbol alto que hay delante del colegio de las chicas, la estatua, el…!

—¡Aquí llega! —Lauzon y Zagg compiten por gritarles la información a G. J. y a todos los demás—. Tiene seis horas para hacer los deberes, pero aún tiene que zamparse las tres hamburguesas de rigor antes de la cena y jugar seis veces a tula con su hermana Terry…

—El bueno de Iddyboy no tiene tiempo para dar una vuelta, fumarse un pito, charlar un rato en la puerta del instituto y que Joe Maple lo vea y se chive al director, Iddyboy, el estudiante más bueno y más trabajador de los Estados Unidos de América, el que nunca ha hecho novillos, ese, desfila por Moody hacia su casa. Y detrás de él, a mucha distancia, aparecen las chicas, con sus pañuelos y caramelos…

—¡Peroquehace ese Iddyboy! Miradlo en la nieve —G. J. reanuda su crónica y lo señala—. Fijaos, la nieve le tapa el culo en este momento. Iiidyborrico Chicocoricó es la sal de la tierra, lo mejor del potaje, el…, no es coña, el muchacho más gallardo y rozagante que ha caminado por estos campos de Dios, si es que tenemos esperanzas de salvarnos. Un poco de paz antes de morir, oh, Señor —añadió G. J. para concluir, persignándose mientras todos lo miraban por el rabillo del ojo, en espera de la siguiente carcajada.

El animado y alegre cruce fue todo de ellos durante un interludio de quince minutos en el que hablaron, pues eran jóvenes y estaban en su ciudad natal.

—Peroquedices tú, Zagg —exclamó G. J., asiendo bruscamente a Zagg, doblegándolo por el cuello, haciéndole una llave, frotándole el pelo y riendo—. El bueno de Zagg, todo el tiempo ahí plantado y sonriendo de oreja a oreja… Zaggo, eres un tío de puta madre. Scotty no tuvo nunca tanto oro en la boca con sus aventuras de Kid Faro[1] como tú con esos disparates y chifladuras que sueltas con los ojos brillantes, y no es coña, Zagg… En provecho de lo cual, ¡toma… castaña! —levantando la pierna varias veces con aviesa intención—. Creo que tendré que hacerte la misma llave con doble y triple apretón hasta que supliques piedad y Turko G. J. el Puñetero Asombro Enmascarado de Lowell decida liberarte y concederte

misericordia…, atrás, caballeros, mientras pongo de putas rodillas a Zaggo Dejesus Duluoz de una vez para eternamente siempre…

—Mirad, en la tienda de Destouches hay seis mil niños comprando todo el regaliz y todos los caramelos, con piedras de mascar dentro, y tebeos. Cuando lo piensas, qué vida. Todos los niños haciendo cola en Boisvert, esperando comer el sábado por la noche, con un viento que pela, oye, Ratón, tómatelo con calma —dijo Zagg con la cabeza atenazada por la llave. Los seis se incorporaron, Zaza con la graciosa cólera furiosa de un gato; Vinny riendo de súbito, dando una palmada a Piojoso y gritando con su voz rica en quiebros: «¡Buen chico belga piojoso, sohijolalaputa!»; Scotty pensando: «¿Creéis que me prestarán el dinero y firmarán en la línea de puntos para que yo pueda tener el coche el verano que viene? Jamás»; Jack Duluoz con una sonrisa radiante, aureolando el universo en su cabeza, los ojos resplandeciendo; Ratón Rigopoulos confirmando para sí con la cabeza que todas las cosas tendrían un final muy triste, y Albert Lauzon, sabio, silencioso, asombroso, escupiendo sin ruido entre los dientes una mota de nieve seca, para sellar la paz general, con ellos y sin ellos, allí y no allí, niño, anciano, el más dulce; los seis allí de pie, callados por fin, con la espalda tiesa, mirando la plaza de su vida. Sin imaginar nunca.

# 5

Sin imaginar nunca, yo, el pobre Jack Duluoz, que el alma está muerta. Que del Cielo desciende la gracia, los ministros de allí… Ningún doctor Orinal Cubopobre para decírmelo; ningún ejemplo dentro de mi primera y única piel. Que el amor es el legado y primo de la muerte. Que el único amor solo puede ser el primer amor, la única muerte la última, la única vida interior y la única palabra… ahogada para siempre.

Fue en el baile. El Salón de Baile Rex. Con personal con abrigo en un vestíbulo con corrientes de aire, una ventana, perchas de guardarropa, nieve reciente en el suelo de madera; las rubicundas muchachas y los apuestos jóvenes entraban corriendo, ellos pisando fuerte, ellas con tacón alto, vestidos cortos de los años treinta que dejaban al descubierto piernas sexualmente atractivas. Los adolescentes dejamos los abrigos sobrecogidos, recogimos los discos de latón, entramos en el gran suspiro del salón de baile, con miedo los seis, con pesares desconocidos. La banda estaba en el estrado, una banda joven, músicos de unos diecisiete años, tenores, trombones; un viejo pianista; un director joven; atacaban el triste lamento de una balada. «El humo de mi cigarrillo asciende en el aire…» Los bailarines se juntaban, llegaban a un acuerdo, arrastraban los pies; polvo en el suelo; las lámparas bombardeaban con puntos de luz el salón que tenía una galería superior desde donde miraban sentados los jóvenes indiferentes. Los seis muchachos se quedaron indecisos en la entrada, novatos, atontados; sonriéndose avergonzados para darse ánimos; empezaron como grupo detenido, siguieron pegados a la pared,

dejaron atrás a las que no sacaba nadie, las ventanas del frío invierno, los asientos, los otros grupos de chicos de cuello duro y emperifollados; el inesperado grupo de adeptos al jazz acrobático, de pelo largo y pantalón ceñido. Un pájaro de tristeza revoloteaba lentamente por la sala, con los puntos de luz, cantando al amor y la muerte… «Las paredes de mi habitación desaparecen en la nada y pienso intensamente en ti…»

Había allí un chico que hacía acrobacias de jazz, lo conocíamos. Whitey St. Claire, de Cheever Street, pelo largo, pantalón ceñido, cejas espesas, expresión seria, rara, interesante, uno cincuenta y dos de estatura, llamativas bolsas de disipación bajo los ojos.

—¡Gene Krups es el batería más loco del mundo! ¡Lo vi en Boston! ¡Era el no va más! ¡Mirad, tenéis que aprender el *jitterbug*! ¡Fijaos! —Y juntó las manos con su pareja masculina, el pequeño Chummy Courval, más bajo que él e inconcebiblemente más triste y más atractivo, y con unas solapas casi tan largas como su chaqueta, clavó los talones en el suelo y los dos se pusieron a hacer olas y cabriolas para enseñarnos.

Los de la pandilla:

—¡Qué tíos más fantásticos!

—¡Bárbaros, bestiales!

—¿Oísteis lo que dijo? ¡Dieciséis rubias desmayadas!

—¡Qué forma de bailar! ¡Ya me gustaría bailar así!

—Vamos a buscar unas chavalas y a llevárnoslas al catre.

—Les haremos fumar maría para que se pongan cachondas. ¿Entendido?

Whitey me presentó a Maggie.

—Hace tiempo que quería trabajármela.

La vi de pie en medio de la multitud, desamparada, disgustada, sombría, desagradablemente rara. Nos juntamos medio a regañadientes y desfilamos por la pista cogidos del brazo.

Maggie Cassidy, que en tiempos debió de ser Casa d’Oro, dulce, sombría, jugosa como un melocotón, desaparecía ante los sentidos como un sueño largo y triste.

—Supongo que te estarás preguntando qué hace una chica irlandesa sin pareja en un baile de Nochevieja —me dijo en la pista. Yo, tonto del haba, solo había bailado una vez en mi vida, con Pauline Cole, mi amor del instituto. («¡Se pondrá celosa!» Me gustó la idea.)

No sabía qué decir a Maggie, tenía la lengua servilmente pegada al paladar.

—Oye, vamos, Whitey dijo que eras futbolista.

—¿Whitey?

—Whitey, el chico que nos ha presentado, so bobo. —Me gustó que me insultara, como si fuera mi hermana menor—. ¿Te lesionas a menudo? Mi hermano Roy se lesiona todo el tiempo, por eso detesto el fútbol. Imagino que a ti te gusta. Tienes muchos amigos. Parecen buenos chicos. ¿Conoces a Jimmy Noonan? Va al instituto.

Estaba nerviosa, era curiosa, le gustaban los chismes, como a muchas mujeres. Y al mismo tiempo me acariciaba sin venir a cuento, ya desde el principio, me ajustaba la corbata, o me echaba atrás el pelo despeinado, detalles maternales, espontáneos, ridículos. Cuando pensé en ella al volver a casa aquella noche, apreté los puños. Pues estaba recién madura, con la carne turgente y firme debajo del reluciente cinturón; la boca carnosa y blanda, jugosa, roja, rizos negros le adornaban ocasionalmente la frente lisa y nívea; por encima de sus labios flotaban auras sonrosadas que sugerían que toda ella respiraba salud y felicidad, tenía diecisiete años. Se apoyaba en una pierna con la indolencia de una española, una Carmen española; se volvía azotando el aire con el prolífico pelo para lanzar rápidas miradas despectivamente intencionadas; se embellecía en el espejo; yo miraba inexpresivo por encima de su cabeza para pensar en otras cosas.

—¿Tienes novia?

—En el instituto; es Pauline Cole. Me reúno con ella al pie del reloj todas las tardes, cuando suena la campana —la rapidez de Iddyboy cuando volvía a casa, un detalle ya muy lejano en mi recién remozada cabeza.

—¡Y tienes la cara de decirme que tienes novia! —Sus dientes no me parecieron atractivos al principio; tenía en la barbilla un pequeño hoyuelo de belleza, los hombres me entenderán…, esa barbilla hendida que no tiene nombre que es perfecta y muy española…, el labio superior curvo, dientes ligeramente separados, llenos de encanto y que realzan el efecto sensual, labios que ahogan, devoradores; así que al principio viste los dientecitos que parecían perlas…

—Bueno, seguramente eres sincero. Eres francocanadiense, ¿no? Apuesto a que todas las chicas van detrás de ti. Apuesto a que las tienes en el bote. —Toda mi vida iría por terreno resbaladizo; pero entonces no lo sabía.

—Bueno —ruborizándome—, no exactamente…

—Pero solo tienes dieciséis años, eres más joven que yo, yo tengo diecisiete. —Meditó y se mordió el carnoso labio; mi alma empezaba a sumergirse en ella, muy hondo, de cabeza, perdidamente; como quien se ahoga en un brebaje de brujas, céltico, mágico, sidéreo—. Qué vieja soy, ja, ja, ja. —Reía sus propios e incomprensibles chistes femeninos mientras yo le pasaba el firme brazo por la tierna cintura y la guiaba con mis torpes y mudos pasos de baile bajo los globos y los arrugados gorritos de la América que terminaba el año, y el mundo negro y naranja como un Halloween nevado, mudo y tragando mi ignorancia y mi posición en el tiempo. Cuantos nos miraban veían a la muchacha, tímida, guapa, más bien de cara pequeña y con una pequeña corona de pelo, aunque cuando la mirabas mejor era como un camafeo selecto pero sin ojos desmayados, sino con hogueras que taladraban en la belleza que se veía; y al muchacho, a mí, a Jacky Duluoz, el que escribía artículos, el del equipo de atletismo, del terruño y probablemente de buen corazón, con unas gotas del Canadá francés, con dudas de medio indio y sospechas de todas las cosas no francocanadienses ni medio indias, un patán, con la orden de los patanes en el brazo. Veían a este chico bien peinado, aunque no concienzudamente, todavía un muchacho, repentinamente grande como un hombre, torpe, etc., con serios y pensativos ojos azules y

cara de pueblerino, sentado en grises pasillos de instituto, con un jersey totalmente abotonado, sin agua en el pelo, mientras el fotógrafo retrata al conjunto de la clase. Chico y chica cogidos por la cintura, Maggie y Jack, en el triste salón de baile de la vida, alicaídos ya, con las comisuras de la boca vencidas, los hombros flojos y derrotados, ceñudos, prevenidos: el amor es amargo, la muerte dulce.

# 6

El Concord fluye cerca de la casa de ella, las noches de julio las señoras de Massachusetts Street se sientan en umbrales de madera y se abanican con periódicos y las estrellas se reflejan en las aguas del río. Las luciérnagas, las mariposas de la luz y los bichos estivales de Nueva Inglaterra se estrellan contras las telas metálicas, la luna despunta grande y parda por encima del árbol de la señora McInerney. El pequeño Buster O'Day llega por la calle con su carro, metiéndolo en todos los agujeros de la calzada sin pavimentar, la farola arroja un amplio haz pardusco que ahuyenta a los insectos y cae sobre la pequeña figura que se dirige a su casa. Las blandas estrellas siguen flotando en el río.

El Concord, escenario de riberas arenosas, de puentes del ferrocarril, juncos, ranas y tintorerías, abedulares y valles, en invierno era de un blanco soñador; pero ahora en julio, en pleno verano, las estrellas titilaban masivamente sobre su caudal, camino del Merrimack. El tren traquetea en los puentes; los niños que se ponen debajo, entre los postes, se bañan desnudos. El fuego de la locomotora brilla con resplandor rojizo cuando pasa, lenguas ardientes salen disparadas de la caldera hacia las pequeñas figuras. Maggie está allí, los perros están allí, pequeñas hogueras…

Los Cassidy viven en el 31 de Massachusetts Street, es una casa de madera, de siete habitaciones, un manzano detrás; chimenea; porche con puerta de tela metálica y un columpio; no hay aceras; valla destartalada en la que en junio se apoyan los girasoles a mediodía para las salvajes y tiernas alucinaciones de los niños que juegan allí con carromatos. El padre, James Cassidy, es

irlandés, guardafrenos de la línea Boston and Maine; pronto será maquinista; la madre, de soltera O'Shaughnessy, todavía con ojos dulces en su cara de amor hace mucho perdida y que ahora es cara de vida.

El río pasa entre encantadoras orillas que se estrechan. Bungalós dispersos en el paisaje. La curtiduría está hacia el oeste. Pequeñas tiendas de comestibles con vallas de madera y senderos polvorientos, hierba, leña secándose a mediodía, el tintineo de la pequeña campana, niños que compran pasteles o caramelos para comérselos a mediodía; o leche los sábados por la mañana temprano, cuando todo es muy azul y dulce para jugar. Los cerezos florecen en mayo. La graciosa alegría del gato que se frota contra los peldaños del porche en la modorra de las dos de la tarde, cuando la señora Cassidy vuelve con su hija menor de comprar en Kresge, en el centro, baja del autobús en el cruce, echa a andar con los paquetes por Massachusetts Street, pasa siete casas, las mujeres la ven, la llaman.

—¿Qué ha comprado, señora Cassidy? ¿Siguen liquidando existencias en Giant?

—La radio dice que sí —otra vecina.

—¿No salió usted en el programa de Strand que hacía entrevistas en la calle? —Tom Wilson hacía las preguntas más tontas—. ¡Ji, ji, ji!

Luego, entre el vecindario:

—Esa niña debe de estar raquítica, por la forma en que anda…

—Las pastas que me dio ayer tuve que tirarlas.

Y el sol baña alegremente a la mujer que ha llegado a la puerta de su casa.

—¡A saber dónde estará Maggie! Le dije una docena de veces que quería ver tendida la ropa cuando volviera, aunque fueran las once.

Y por la noche el río fluye, arrastra pálidas estrellas en la bendita agua, unas se hunden como velos, otras saltan como peces, la luna que salió muy grande ahora está en lo alto y es como si hubiera un mayal de leche resplandeciente, un reflejo blanco que cae en

vertical y se hunde en la negra masa del lecho del río. Como en un sueño triste, bajo la farola, junto a los polvorientos y pustulosos hoyos del suelo sin asfaltar, el padre James Cassidy llega a la casa con la fiambrera y el farol, cojeando, enrojecido, y entra para cenar e irse a dormir.

Se oye un portazo. Los niños salen corriendo para jugar por última vez, las madres hacen planes y dan portazos en las cocinas, se oyen en los huertos susurrantes, en los columpios de las palomitas de maíz, en la perfumada y multifoliácea noche de susurros, canciones y chitones. Un millar de cosas van y vienen por la calle, profundas, encantadoras, peligrosas, sembrando oro, respirando, palpitando como las estrellas; un silbido, un grito lejano; el tráfico de Lowell por encima de los techos de más allá; el ladrido en el río, el ganso salvaje de la noche que cotorrea, se esconde en la arena y centellea; el gimiente chapaleo, el susurro y el encantador misterio de la orilla, oscuros, siempre oscuros los invisibles y astutos labios del río que murmuran besos, comen noche, roban arena furtivamente.

—¡Mag-gie! —gritan los niños bajo el puente del ferrocarril, donde se han estado bañando. Todavía traquetean los cien vagones del tren de mercancías, la locomotora enfoca su faro sobre los pequeños y blancos bañistas, pequeños caballos nocturnos de Picasso mientras mi alma, densa y trágica en la oscuridad, busca lo que estuvo allí y desapareció, se fue, se perdió sendero abajo: la oscuridad del amor. Maggie, la chica a la que amé.

# 7

Las noches de invierno son deprimentes en Massachusetts Street, el suelo se congela, los surcos y los hoyos se llenan de hielo, el polvo de nieve se cuela en las negras grietas. El río se hiela hasta la insensibilidad y espera; encallados en las orillas asoman restos de ramas de junio. Las patinadoras, chicas suecas e irlandesas, chillan y cantan, se apelotonan sobre el blanco hielo y bajo rizadas estrellas sin luna del sacrificio ni voz, pero por el trágico y denso espacio descienden drizas del Paraíso hasta lo profundo, donde las figuras fantásticas reunidas por los científicos moldean una masa fría; el velo del Paraíso sobre las tiaras y diademas de una inmensa Eternidad Morena llamada noche.

Maggie estaba entre las patinadoras; en sus bonitos patines blancos, manguito blanco, ves el destello de sus ojos que destacan asombrosamente entre las zonas de negrura; el rosa de sus mejillas, su pelo, la corona de sus ojos aureolados por el ala curva del mismo Dios. Por todo lo que yo sabía mientras me calentaba los pies calzados con esquíes en las hogueras del río Concord aquel febrero, Maggie podía ser la madre o la hija de Dios…

Nieve sucia amontonada en las alcantarillas de Massachusetts Street, desamparada y escondida en pequeños pozos de negra suciedad, mudos compañeros de los paseos que daba a medianoche después de la poderosa generosidad de sus besos.

Me dio un beso al revés en la silla, una noche de invierno al poco de conocerla, yo estaba en la habitación a oscuras, con la abultada radio de palpitante dial marrón que Vinny tenía en su casa y yo me mezo en la silla, la señora Cassidy está en la cocina, del mismo

modo que la mía en la suya a cinco kilómetros de allí, en el otro extremo de la ciudad: la misma digna, corpulenta y eterna matrona de Lowell que lava platos y los pone en la limpia alacena con esas femeninas ideas de orden y limpieza sobre cómo hay que hacer las cosas. Maggie está en el porche tonteando unos minutos en la noche helada con Bessy Jones, la amiga que vive en el bungaló de enfrente, una joven bondadosa, gorda, pelirroja y pecosa que tiene un hermano menor, un niño increíblemente flojo que a veces me entregaba notas que Maggie había escrito la noche anterior bajo la débil luz de su dormitorio o por la mañana, junto a la cañería helada, y que ella le daba por encima de la desvencijada cerca, y que él, cuando le tocaba ir al instituto, andando cansinamente o en autobús, y llegaba con los ojos lagrimeantes, y entraba en la clase de español, que era la segunda de la mañana e insoportablemente aburrida, me daba la nota, a veces gastándome una broma tontísima, pues era solo un crío y por no sé qué motivo lo habían metido en la secundaria después de haber pasado por la primaria de la parroquia, en la que se había saltado algunos cursos, sexto, quinto, o los dos, y allí estaba, un niño pequeño con una andrajosa gorra de cazador con borla escocesa mal hecha, y creíamos que tenía nuestra edad. Maggie le ponía la nota en la delgada mano pecosa, Bessy reía con disimulo detrás de la ventana abierta de la cocina, aprovechaba que la ventana estaba abierta y sacaba las botellas de leche vacías. La pequeña Massachusetts Street está viva durante las frías mañanas de sol y rosada nieve de enero, cuando salen fragantes bocanadas de humo negro de todas las chimeneas; y en la blanca capa de hielo del río vemos la última hoguera de la noche anterior, un rodal negro y chamuscado junto a las cañas rojizas de la otra orilla; el pito de la locomotora de la Boston and Maine se oye entre los árboles, tiritas y te cierras el abrigo con más fuerza para oírlo. Bessy Jones…, a veces también ella me escribía notas, dándome instrucciones sobre cómo conquistar a Maggie, y que Maggie también leía. Yo lo aceptada todo.

«Maggie te quiere», etc., «está más loca por ti de lo que ha estado por ningún otro, que yo recuerde», y en efecto, decía, «Maggie te quiere, pero no pongas a prueba su paciencia, dile que quieres casarte con ella o algo así». Las chicas, riendo, en el porche, y yo sentado en la sala a oscuras, esperando a que volviera Maggie para sentarse conmigo. Tengo las piernas cansadas del equipo de atletismo, dobladas debajo de mí. Oigo otras voces en el porche de los Cassidy, son chicos, el tal Art Swenson del que he oído hablar, estoy celoso, pero es solo el principio neto de los celos que vendrían después. Espero que Maggie vuelva y me bese, que lo haga oficial. Mientras aguardo tengo tiempo de sobra para repasar nuestra historia amorosa; que la primera noche no había significado nada para mí, cuando bailamos y la abrazaba me parecía poca cosa, insustancial, sin suficiente importancia. Solo su inusual y extraña tristeza, que procedía del otro lado de algo, me hacía notar un poco que estaba allí: su bonito aspecto…, todas las chicas tenían un aspecto bonito, ni siquiera G. J. había hablado de ella. La ola profunda de su feminidad no me había sepultado aún. Estábamos en Nochevieja y después del baile fuimos andando a casa, en el frío de la noche, la nieve había cesado, solo quedaba escasa y blanda en el suelo implacablemente congelado, dejamos atrás obras en construcción, caminos de luces de petróleo, largos como avenidas que nos acompañaron hasta el sur de la ciudad y las orillas del Concord, la silenciosa escarcha de los tejados iluminados por las estrellas, doce bajo cero. «Sentémonos un rato en el porche.» Había entre nosotros pocos sobreentendidos infantilmente gimoteantes de que nuestros labios tuvieran que unirse aunque fuera en la calle. La idea había empezado a excitarme ya. Pero ahora, esperando en la silla, y por qué preocuparse por el tiempo, ser besado por ella lo era todo para mí. En la variedad tonal de sus palabras, sus estados de ánimo, sus abrazos, sus besos, los roces de los labios, y esta noche del beso al revés, por encima del respaldo de la silla, con sus ojos oscuros suspendidos encima y sus sonrojadas mejillas llenas de dulce sangre y ternura repentina cerniéndose como un halcón sobre el muchacho por encima del respaldo, sujetando la silla por ambos lados, apenas un instante, la sorprendente, repentina y dulce caída

de su pelo sobre mi cara y el suave y descendente roce de sus labios, una penetración momentánea de la dulce carne labial, un momento ahogado en pensamiento y beso, rezando y esperando, y en la boca de la vida, cuando la vida es joven para quemar la alegría de fresca piel y ojos parpadeantes. La retuve cabeza abajo, igualmente durante un segundo, y saboreé el beso que primero me sorprendió como ataque que sufre un ciego, tanto que realmente no supe quién me estaba besando durante aquel primer instante, pero ahora lo sabía y lo sabía todo más que nunca, y rodeada de gracia descendió hacia mí desde las tinieblas superiores, donde había pensado que solo podía habitar el frío, y con sus carnosos labios y su pecho en mi cuello y sobre mi cabeza, y la repentina fragancia que la noche traía con ella desde el porche, uno de esos perfumes baratos de Todo a Cinco y Diez Centavos que se ponía, ligero y hambriento aroma del cálido sudor de su preciosa carne.

La retuve largo rato, aunque forcejeó por soltarse. Comprendí que lo había hecho por un arrebato. Me amaba. También pienso que los dos tuvimos miedo más tarde, cuando hicimos durar un beso 35 minutos, hasta que se nos entumecieron los músculos de los labios y era doloroso seguir, pero en cierto modo se suponía que teníamos que hacer aquello, lo que todo el mundo decía, los muchachos, Maggie y las demás, «darse el pico», pues habíamos aprendido en la pista de patinaje, en las fiestas de Correos, en los porches después del baile, que aquella era la finalidad, y se hacía a pesar de lo que se opinara personalmente de ello, del miedo al mundo, los niños que se aferran a lo que creen que es un beso maduro y firme (desafiante y adulto), sin entender la alegría y el honor personal. Solo después aprendes a apoyar la cabeza en el regazo de Dios; y a descansar en el amor. Detrás de estos morreos largos e inútiles había un gigantesco impulso sexual, a veces nos mordíamos los dientes, la boca nos ardía de tanto intercambiar saliva, los labios nos escocían, nos sangraban, se nos partían. Estábamos asustados.

Yacía de costado con el brazo alrededor de su cuello, la mano pegada a sus costillas, y le comía los labios y ella los míos. Había

crisis interesantes… Era imposible avanzar sin luchar. Después de esto estuvimos sentados y charlando en la oscuridad de la sala mientras la familia dormía y la radio sonaba bajito. Una noche oí que su padre entraba en la cocina. Por entonces yo no sabía nada de las espesas nieblas que arrasaban los campos de Nueva Escocia cercanos al mar ni de las pobres casas pequeñas que se perdían en las tormentas, del trabajo triste, del trabajo de invierno en el fondo de la vida, de los hombres tristes que recorren los campos con cubos en la mano, ni de la nueva forma del sol cada mañana. Ah, yo amaba a mi Maggie, deseaba comérmela, llevármela a casa, esconderla en el corazón de mi vida el resto de mi existencia. Rezaba en la iglesia de Santa Juana de Arco por el privilegio de su amor; casi había olvidado…

Dejadme cantar las bellezas de mi Maggie. Piernas: las rodillas metidas en los muslos, rodillas brillantes, muslos de leche. Brazos: palancas de mi contento, sierpes de mi alegría. Espalda: si la viera y reconociera en sueños en una calle desconocida en mitad del Cielo me desplomaría de gozo. ¿Costillas? Había allí algo blando y redondo como una manzana bien formada y yo veía temblar la tierra desde los huesos de sus muslos hasta la cintura. Me escondía en su cuello como un ganso blanco perdido en Australia, buscando el perfume de sus pechos… No me dejaba, era una buena chica. El pobre gatazo callejero que la amaba, aunque casi un año menor que ella, tenía sobre sus piernas unas ideas tenebrosas que se ocultaba a sí mismo, ni siquiera las mencionaba en sus oraciones…, el muy canalla. Yo había recorrido la oscuridad de este ancho mundo, en barco, en autobús, en avión, mi inmensa sombra había cruzado los campos en tren, la caldera de la locomotora que llameaba detrás de mí me volvía omnipotente en la tierra de la noche, igual que Dios; pero desde entonces nunca me ha convencido hacer el amor con un dedo. Le roía la cara con los ojos; a ella le encantaba; y es que no me daba cuenta de que me amaba; no lo entendía.

—Jack —después de haber hablado de los chicos con los que ella coqueteaba todo el día, mientras yo estaba en el instituto y desde la última vez que la había visto, de los chismes, de las cosas

de que hablaban los compañeros de estudios con otros de su edad, de las anécdotas, los rumores, las noticias sobre el baile y el matrimonio…—, Jack, cásate conmigo algún día.

—Sí, sí, siempre, con nadie más.

—¿Seguro que no hay nadie más?

—¿Quién va a haber? —Yo no amaba a la chica de la que Maggie estaba celosa, Pauline, que me había localizado en la pandilla de los futbolistas una noche de otoño, en un baile al que había acudido porque había un banquete para los jugadores y un partido de baloncesto que quería ver, cosas de chicos. Y estaba esperando en un rincón a que terminara el baile, la idea de bailar con otra me resultaba intolerable, pero tenía que disimular. Y me sacó del rincón como en un sueño de adolescentes. Dijo: «Oye, me gustas, eres tímido y a mí me gustan los tímidos.» Y me arrastró temblando e impresionado hasta la pista, con sus ojazos clavados en los míos, me atrajo hacia sí, me apretó contra sí de un modo muy sugerente y me hizo «bailar» para hablar, para conocernos, ¡el olor de su pelo me mataba! En la puerta de su casa se me quedó mirando con la luna en los ojos, y me dijo: «¡Si no me besas, te besaré yo!», y abrió el cancel de tela metálica que yo acababa de cerrar y me estampó un beso frío. Habíamos hablado de besos mirándonos la boca toda la noche; habíamos dicho que no nos interesaban aquellas cosas. «Soy una buena chica, creo en mmmm, los besos», sacudiendo la mano, «pero no permitiría que hubiera nada más», como las chicas de Nueva Inglaterra. «Tienes cara de caerte de sueño. ¿Te he hablado del chico aquel al que no conocía y que me rodeó con el brazo en el Baile de las Agentes del Orden?» Ella era Agente del Orden.

—¿Qué?

—¿Quieres saber si le dije que me quitara las manos de encima?

—¿Sí?

—No seas tonto, yo no hablo con desconocidos.

Pauline, pelo castaño, ojos azules, grandes estrellas brillando en sus labios. También vivía cerca de un río, el Merrimack, pero al lado de la carretera, el puente grande, la feria y el campo de fútbol; se

veían las fábricas al otro lado del río. Pasé muchas tardes hablando con ella en la nieve, de besos, antes de conocer a Maggie. De repente, una noche abre la dichosa puerta y me besa… ¡toma ya! Lo único que pude hacer la noche que la conocí fue oler su pelo en mi cama, en mi pelo; le conté todo esto a Piojoso, también la olía a ella en el pelo de él. Despertó el interés de Piojoso. Cuando le conté que por fin nos habíamos besado la noche anterior (sentado con él en mi cama y la pandilla, G. J., Scotty, Iddyboy, sentados en sillas en mi habitación para hablar después de la cena sobre el equipo mientras mi madre fregaba los platos y mi padre oía la radio), Piojoso quiso que lo besara como había besado a Pauline. Eso hicimos también; los otros ni siquiera dejaron de hablar del equipo. Pero Maggie era otra historia: sus besos, un vino caro, no teníamos mucho, no a menudo, escondido en la tierra, en cantidad limitada, como el coñac Napoleón, se acabó muy pronto. Casarse, ¿amar a otra? Imposible. Quise decirle: «Solo te quiero a ti, Maggie», sin más éxito que cuando explicaba a G. J. los amores de pubertad. Quería garantizarle que nunca tendría motivos para sentirse celosa, en serio. Basta de cantar, cantaré más tarde la historia de Maggie, el comienzo de mis celos, las cosas que ocurrieron.

En mi corazón pesa mucho la mortalidad, tendrán que arrojarme a un agujero comido ya por los perros del sufrimiento, como a un Papa enfermo que se lo ha montado con demasiadas muchachas y de las cuencas vacías de su esqueleto brotan lágrimas negras.

Ah, la vida, Dios mío… ¡ya no volveremos a ver floridas Nuevas Escocias! ¡No habrá más tardes redentoras! Los fantasmas, los antepasados, todos fueron a parar al polvo de 1900 en busca de los nuevos juguetes del siglo XX, como dice Céline; pero el amor aún tiene que descubrirnos y en los mostradores no había nada, solo ojos de lobos borrachos. Preguntad a los que fueron a la guerra.

# 8

Veo su cabeza caída, pensando en mí, junto al río, sus hermosos ojos buscando en su interior la idea de que me amaba. Ay, ángel mío, el nuevo ángel que es negro me sigue ahora, cambié el ángel de la vida por el otro. Me ponía delante del crucifijo de mi casa, muy concentrado, convencido de muchas cosas, tenía que ver las lágrimas de Dios y las veía ya en aquel semblante blanco y alargado, hecho de yeso, que daba vida: daba vida acribillada, acabada, con los ojos caídos, las manos clavadas, los pobres pies clavados igualmente, juntos, como los pies juntos y fríos en invierno del pobre trabajador mexicano que ves en la calle esperando que llegue gente con cubos para vaciar los andrajos y la mierda, y tiene un pie encima del otro para conservar el calor. Ah, la cabeza vencida, como la luna, como mi foto de Maggie, mía y de Dios; los sufrimientos de un Dante, a los dieciséis años, cuando no conocemos la conciencia ni sabemos lo que hacemos.

Cuando era más joven, con diez años, rezaba ante el crucifijo por el amor de Ernie Malo, un niño de la primaria de la parroquia al que quería como con un amor sublime, porque se parecía a mi difunto hermano Gerard, con toda la extrañeza de la infancia, por ejemplo rezaba ante la foto de mi hermano, fallecido cuando él tenía nueve años y yo cuatro, para procurarme la amistad, el respeto y el favor de Ernie Malo. Quería que el pequeño Ernie me diera la mano, así de simple, y me dijera: «Ti Jean, ¡eres simpático!» Y: «Ti Jean, siempre seremos amigos, iremos a cazar juntos a África, cuando terminemos la escuela, ¿eh?» Me parecía muy guapo, siete veces más que el mejor porque sus mejillas sonrosadas, sus dientes

blancos y sus ojos de mujer soñadora, de ángel quizá, me llegaban al corazón; los niños se quieren como amantes, no nos fijamos en sus pequeños dramas cuando somos adultos. Rezaba ante la foto; y también ante el crucifijo. Todos los días, en la escuela, recurría a una treta tras otra para que mi muchacho me quisiera; lo observaba cuando estábamos en la cola del patio, el Hermano que estaba delante nos soltaba su sermón, su oración bajo cero, el cielo rojo detrás de él, el voluminoso vapor, el globo y las redondas boñigas de caballo en el callejón que cruzaba los terrenos de la escuela (la Parroquial de San José), los traperos llegaban en el momento en que entrábamos en clase. ¡No creáis que no teníamos miedo! Llevaban sombreros grasientos, sonreían burlonamente en sucios agujeros en lo alto de las viviendas… Yo por entonces estaba loco, tenía la cabeza llena de ideas fantásticas desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, como un pequeño Rimbaud angustiado y perturbado. Ah, la poesía que escribía a los diez años (cartas a Maggie), yendo a pie a la escuela por las tardes imaginaba cámaras de cine que me filmaban, la Vida Completa de un Alumno de Primaria de la Parroquia, sus pensamientos, cómo salta las vallas. Y mira por dónde, a los dieciséis, Maggie; y el crucifijo; Dios sabía que tenía penas de amor, grandes y reales ahora con aquella cabeza suya de plástico estatuario que acababa de romperse el cuello y caía triste como siempre, más triste que nunca. «¿Has encontrado tu pequeña oscuridad?», me dijo Dios en silencio, con su cabeza de estatua, y mis manos delante de ella, juntas, en actitud de espera. «¿Has crecido con tu pequeña *gidigne*? [pililla]». A los siete años un cura me preguntó en el confesionario: «¿Y has jugado con tu pequeña *gidigne*?»

«Sí, *mon pēre.*»

«Pues si has jugado con tu pequeña *gidigne* rezarás delante del altar un rosario entero y después diez *Notre Pères* y diez *Salut Maries*, después podrás irte.»

La Iglesia me llevó de un Salvador a otro; ¿quién ha hecho eso por mí desde entonces? ¿Por qué las lágrimas? Dios me habló desde el crucifijo: «Ya es por la mañana y la buena gente habla en

la casa vecina y la luz entra por la persiana; hijo mío, te encuentras en un mundo incomprensible de misterio y dolor, yo lo sé, ángel, es por tu bien, te salvaremos, porque tu alma es tan importante como el alma de los demás de este mundo, pero por eso debes sufrir, efectivamente, hijo mío, debes morir, debes morir con dolor, con gritos, miedos y desesperaciones; ¡las ambigüedades!; ¡los terrores!; las luces, pesadas, quebradizas, las fatigas, ah.»

Yo escuchaba en el silencio de la casa de mi madre tratando de adivinar cómo iba a arreglar Dios el éxito de mi amor por Maggie. Ya veía también las lágrimas de ella. Había allí algo que no era, que no era nada, solo la conciencia de que Dios nos espera.

«No es de Dios mezclarse en los asuntos del mundo», me dije corriendo hacia el instituto, preparado para afrontar otra jornada.

# 9

He aquí un día típico. Me levantaba por la mañana, a las siete, mi madre me llamaba, yo percibía el olor del desayuno a base de tostadas y gachas de avena, las ventanas estaban cubiertas por un dedo de nieve y todo el cristal bañado en rosa debido a las transformaciones del océano en invierno. Había saltado de las calientes y confortables sábanas, quería estar enterrado todo el día con Maggie y quizá también la oscuridad y la muerte del *no-tiempo*; me había puesto aprisa y corriendo las indiscutibles ropas; los zapatos inevitablemente fríos, los fríos calcetines que echaba a la estufa de petróleo para que se calentaran. ¿Por qué la gente había dejado de llevar ropa interior larga? Es un fastidio ponerse calzoncillos cortos por la mañana. Dejaba el pijama caliente sobre la cama. Mi habitación se teñía por la mañana del color del carbón incandescente que entraba desde hacía media hora por la rejilla, todas mis cosas estaban allí, como la Victrola, el billar de juguete, la mesa verde de juguete, el linóleo levantado por un lado y libros para sentarse durante las partidas de billar cuando tenía tiempo para eso, pero ya no lo tenía. Mi trágico armario, mi chaqueta colgada en una humedad como de polvo de yeso encerrado, como de armario de adobe de las civilizaciones de tejados de la Casba; los papeles llenos de mi caligrafía por el suelo, entre zapatos, bates, guantes, tristezas del pasado… Mi gato, que dormía conmigo todas las noches, estaba ahora despierto, en la cama vacía ya no tan caliente, tratando de esconderse en una almohada para dormir un poco más, pero había olido el beicon y saltado al suelo para iniciar su jornada, plaf, desapareciendo como un susurro con céleres patas; a veces ya

se había ido cuando me despertaba a las siete y había dejado huellas diminutas y bolitas de pipí amarillo en la nieve reciente, y sus dientes se estremecían al ver los pájaros de los árboles fríos como el hierro. «¡Pío, pío, pío!», decían los pájaros; yo miro fuera fugazmente antes de salir del dormitorio, por un agujero de la ventana, los tejados son puros, blancos, los árboles dementemente helados, las frías casas emiten humos delgados, apacibles de ver en invierno.

Hay que soportar la vida.

# 10

Vivíamos en un lugar alto y podíamos ver los tejados de Gardner Street, el ancho campo y el camino que tomaba la gente que se levantaba con el alba en enero, a las cinco de la mañana, para ir a tirarse pedos a la iglesia. En la calle había ancianas que iban a la iglesia todos los días al amanecer y a última hora de la tarde; y a veces también cuando ya había anochecido. Viejas beatas que sabían cosas que los niños no entendían y con tragedias tan cercanas y evocadoras de la tumba que ya se veían perfiladas de raso rosáceo, el color rosáceo de las mañanas de su vida y de sus escupitajos, pero del corazón de flores que morían al final del otoño brotaba un aroma a otras cosas y nosotros las arrojábamos por encima de la cerca. Eran las mujeres de las novenas interminables, amigas de los entierros, cuando moría alguien que conocían corrían inmediatamente a la iglesia, a la funeraria y seguramente también a ver al cura. Cuando morían ellas, las demás ancianas hacían lo mismo, eran el terrón de azúcar de la eternidad. Ya van en procesión; y es importante en las mañanas de invierno, abren las tiendas, la gente se saluda y yo me preparo para ir al instituto. *Mélimélon* matutino en todas partes.

# 11

Me sentaba a desayunar.

Mi padre, normalmente, trabajaba de linotipista en una imprenta de fuera de la ciudad, en Andover, entre jóvenes de pelo rapado que no tenían ni idea de la oscuridad que envolvía la tierra si no veían al adulto triste y corpulento que cruzaba la noche para cumplir con su semana de 40 horas, de modo que no estaba en la mesa de nuestra cocina, normalmente solo mi madre, cocinando, y mi hermana, que se preparaba para ir al trabajo, en So and So o en *The Citizen*, era encuadernadora. Me explicaban hechos importantes de la vida laboral, pero yo era demasiado orgulloso y estaba demasiado enamorado para escuchar. Ante mí solo existían el *Times* de Nueva York, Maggie y el gran mundo de las noches y las mañanas de ramas y hojas veladas, junto a los lagos. «¡Ti Jean!», me llamaban. Yo era un patán corpulento, tomaba desayunos y cenas monstruosos, por la tarde la merienda (un litro de leche, un cuarto de kilo de galletas con mantequilla de cacahuete). «¡Ti Jean!», cuando mi padre estaba en casa, «*Ti Pousse*!», riéndose. Por el momento, desayuno con cereales en el rosicler matutino.

—Oye, ¿y cómo va tu historia de amor con Maggie Cassidy? —me preguntaba mi hermana, sonriendo detrás del bocadillo—. ¿O te ha mandado a paseo por culpa de Moe Cole?

—¿Te refieres a Pauline? ¿Por qué Pauline?

—No sabes lo celosas que se pueden poner las mujeres. Solo piensan en eso. Ya lo verás.

—Yo no veo nada.

—*Tiens* —dice mi madre—, beicon con tostadas, esta mañana he hecho muchas porque ayer te las acabaste todas y al final te peleaste por la última, como hacías antes por el Kremel, y deja de preocuparte por las chicas celosas y las canchas de tenis, todo irá bien si eres fiel a ti mismo como un auténtico muchacho francocanadiense, respetuoso y decente, como te he enseñado; mira, Ti Jean, si llevas siempre una vida limpia, nunca lo lamentarás. Ya sabes que no es obligatorio que me creas. —Y se sentaba y todos comíamos.

Yo me quedaba indeciso en mi habitación hasta el último minuto, mirando la pequeña radio que había comprado hacía poco y en la que escuchaba a Glenn Miller, a Jimmy Dorsey y canciones románticas que me desgarraban el corazón, «Mi fantasía», «Corazón y alma», Bob Eberle, Ray Eberle, toda la suspirante y melancólica América estaba apelotonada detrás de mí en esa noche que era toda mía, y la gloria de la ternura del trémulo beso de Maggie y todo el amor que solo los adolescentes conocen y que son como salas de baile tristes y perfectas. Me retorcía las manos shakespearianamente ante la puerta de mi armario; entraba en el cuarto de baño para coger una toalla mis ojos humedecidos por la inesperada idea romántica de arrastrar a Maggie desde una sala de baile rosa hasta un embarcadero con la luna brillando, hasta un descapotable reluciente, un prieto beso largo y sincero (solo un poco a la derecha).

Había empezado a afeitarme; una noche mi hermana me sorprendió peinándome y haciéndome un pequeño tupé.

—Huuuuy. ¡Fijaos en el Romeo este!

Yo estaba sorprendido; dos meses antes era un niño, volvía a casa de jugar al fútbol en otoño durante los ocasos de hierro, enfundado en la chaqueta y con la gorra de orejeras, encogido, y por la noche jugaba a los bolos con chicos de doce años, a tres centavos la partida, 20 partidas 60 centavos, por lo general ganaba eso, o un dólar. Solo un niño, incluso había llorado recientemente porque había perdido la gorra mientras jugaba un partido de baloncesto de la Liga WPA que ganamos en el último segundo

gracias a un lanzamiento sensacional de Billy Artaud, que casi rivalizó en tiempo en el empate del Boy's Club cuando faltaba un segundo y jugábamos contra un equipo griego de nombre atigrado y yo marqué con una sola mano saltando desde la línea de tiros libres cuando ya se oía el silbato final y estaba rodeado de fieras hambrientas, y la pelota bailó en el aro un tremebundo segundo, entró en la cesta, fin del partido, Zagg y sus artimañas, un artista innato, un héroe imperecedero. Y me he olvidado de la gorra.

—Adiós, mamá —besando a mi madre en la mejilla, corriendo hacia el instituto, ella trabajaba por horas en la fábrica de zapatos con su serio sentido de la vida, impasible e incansable ante la máquina de cortar, acercando las láminas de cuero a una hoja, con las yemas de los dedos ennegrecidas, así durante años, desde los catorce, otras mujeres como ella trasteando con las máquinas, familias enteras trabajaban allí, 1939 fue el año final de la Depresión, pero no tardó en ser eclipsado por los acontecimientos de Polonia.

Cojo la comida que había preparado mi madre la noche anterior, pan con mantequilla; nada había más delicioso que aquellas rebanadas de pan a mediodía, después de cuatro horas no muy interesantes en aulas soleadas, absortos en profesores de gran personalidad como Joe Maple, con sus elocuentes declaraciones en Lengua Inglesa 3 o la vieja señora McGillicuddy de astronomía (inseparables); pan, mantequilla y delicioso puré de patatas, nada más, en las rugientes mesas del sótano la comida me costaba 10 centavos al día. El plato fuerte era el magnífico polo bañado en chocolate, el 95% de los estudiantes lo chupaban avarientamente a mediodía, en los bancos, en los grandes pasillos del sótano, en las aceras, en los recreos, y a veces, gracias a la gracia con que me agraciaba Maggie, me daban polos de casi dos dedos de ancho, por algún error de la fábrica de helados tenían la capa de chocolate increíblemente gruesa que, también por un error, estaba untada con volutas. Y gracias a las mismas casualidades industriales también me daban polos anémicos de un dedo de grosor, ya medio derretidos, y la delgada capa de chocolate goteaba en la acera de

Kirk Street cuando Harry McCarthy, Piojoso, Bill Artaud y yo chupábamos las barritas de helado con codicia ceremonial bajo el sol de invierno, yo con la cabeza a un millón de kilómetros de todo romance. Así pues, recogía el pan con mantequilla que no tardaría en guardar en el pupitre del aula, besaba a mi madre y me iba a pie, todo lo aprisa que podía, como todos los demás, por Moody Street, rebasando los postes de Textile, hasta llegar al puente grande que daba a las viviendas de Moody y, bajando la cuesta, entraba en la ciudad, gris, próspera, humeante por la mañana. Y por el camino se me unía la soldadesca, G. J. por Riverside, camino del curso de comercio que estudiaba en el Instituto de Lowell, donde aprendía mecanografía y contabilidad y fantaseaba con las vistosas muchachas que iban a ser secretarias sexualmente atractivas, motivo por el que había empezado a llevar traje y corbata, y decía: «Zagg, la señorita Gordon se borrará de la cara esa expresión de indiferencia uno de estos días y se le caerán las bragas a plomo por mí, no dirás que no te aviso, será una de estas tardes en un aula vacía», pero en vez de hacer conquistas sexuales aparecía a las dos de la tarde con los libros en el cine Rialto para ver una película de serie B, solo, enfrentado a la realidad de Franchot Tone, Bruce Cabot, Alice Faye y Don Ameche sonriendo como Tyrone Power, etc., y de ancianos de ambos sexos para quienes ver la película con ojos como platos suponía un alivio para seguir viviendo. También Piojoso se cruzaba en ángulo conmigo desde Riverside; luego, por increíble que parezca, llegaba Billy Artaud por detrás y nos adelantaba a todos dando zancadas como un demente desde la cuesta periférica de Moody y cuando ya llegábamos al canal del centro descubríamos que Iddyboy nos había ganado por la mano y estaba en el aula de los novatos, obedeciendo puntualmente al profesor, que le había ordenado que abriese la ventana. «¡Iiidyboy!», gritaba y desaparecía en el interior, era el alumno más servicial del Instituto de Enseñanza Media de Lowell, y el que sacaba las notas más bajas, de lo contrario habría estado en el equipo de fútbol y habría partido por la mitad con sus codos de granito a los defensas de Malden. Ventana abierta en el instituto, mañana rojiza y pájaros en el canal Boott Mill. Tiempo después sería ventana abierta por la

mañana en la Universidad de Columbia, cagadas de pájaro en el alféizar de Mark Van Doren y el Shakespeare de sueños alcohólicos al pie de un manzano de Avon, ah…

Íbamos arrasando por Moody, orgullosos, jóvenes, dementes. Los chicos del Instituto Bartlett se cruzaban con nosotros como arroyos, siguiendo la orilla del río hasta el puente Blanco y Wannalancitt Street, que había sido nuestra ruta habitual durante «¿cuántos años, Ratón? ¿Recordáis aquel invierno que hizo tanto frío que el director se quedó congelado en su despacho y hubo que llamar al médico?».

—Y la vez que hicimos guerra de bolas de nieve en Wannalancitt…

—Los chiflados iban al colegio en bici, no es coña, Piojoso, les costaba más subir la cuesta pedaleando que si hubieran ido a pie.

—Yo volvía andando a mi casa a mediodía, iba con Eddy Desmond, medio abrazados y nos dábamos morrones en el suelo. Era el tío más vago del mundo, no quería volver al cole por la tarde y quería que lo tirase de cabeza al río, y tenía que llevarlo casi en brazos, medio dormido, era como mi gato, el cabrón.

—¡Ah, los viejos tiempos! —El mohín de Ratón serio y meditabundo—. Yo solo pido una oportunidad en este asqueroso planeta para ganarme la vida decentemente, ayudar a mi madre y cubrir todas sus necesidades.

—¿Dónde trabaja Scotty últimamente?

—¿No lo sabes? Está en Chelmsford, construyendo una importante base de aviones de guerra. Scotty y todos los viejos holgazanes de la WPA han ido a arrancar árboles, a cortarlos y a despejar el terreno. Gana un millón de dólares a la semana. Se levanta a las cuatro de la mañana, el cabronazo de Scotcho, quiero mucho a Scotcho. No lo convenceréis para que vaya al instituto o siga un curso comercial. Kid Faro quiere el dinero ya.

Llegamos al puente. El viento se colaba por los recortados desfiladeros de piedra de abajo, se habían formado charcos de hielo, el rosicler de la mañana en la espuma de los pequeños rápidos, frío. A lo lejos, los bungalós de Centreville y los prados

jibosos y nevados, y asomos de los densos bosques de New Hampshire donde hombres corpulentos con chaquetón de cuadros, pertrechados con hachas, botas, cigarrillos y risas conducen viejos Reos por franjas de tierra llenas de surcos por entre tocones de pinos, camino de la casa, la cabaña, el sueño de la salvaje Nueva Inglaterra que habita en nuestros corazones.

—Qué callado estás, Zagg, esa dichosa Maggie Cassidy te tiene en el bote, chico, ¡te tiene en el bote, chico!

—No dejes que ninguna tía te atrape, Zagg, el amor no vale la pena. ¿Qué es el amor? *Nada*. —G. J. en contra. Piojoso no.

—No, el amor es algo *grande*, Ratón, algo que da que pensar, ¡ve a la iglesia y reza por tu chica, Zagg! ¡Cásate con ella! ¡Fóllatela! ¿Entiendes? ¡Pégale un buen polvo por mí!

—Zagg —aconsejó Gus seriamente—, jódetela y déjala, te lo dice un viejo lobo de mar, las mujeres no son buenas, está escrito en las estrellas desde siempre… ¡ah! —volviéndose con cara seria —. Hay que darles un buen puntapié en el culo, ponerlas en su sitio. Ya hay desdicha de sobra en el mundo, reír, llorar, cantar, todo desaparece al día siguiente. No dejes que te atrape, Zagguth.

—No la dejaré, Ratón.

—¡Muy bien! Ahí viene Billy Artaud, frotándose las manos para empezar un nuevo día… —Así era, Billy Artaud, que vivía con su madre y no bien se levantaba de la cama cuando ya sonreía y se frotaba las manos, incluso desde el otro lado de la calle se oía su vigoroso entusiasmo.

—Eh, chicos, un momento. ¡Esperad al campeón de ajedrez!

—¿*Tú* eres el campeón de ajedrez? Ja, ja.

—¿Qué?

—Con mi táctica de bombardeo puedo derrotaros a todos.

—¿En serio? ¡Mirad sus libros!

Así discutiendo y haciendo el ganso, nos dirigíamos sin pausa física hacia el instituto, que estaba más allá de la iglesia de San Juan Bautista, la maciza catedral de Chartres de los barrios bajos, más allá de las gasolineras, las viviendas, los Vinny Bergerac («El cabrito de Vinny todavía durmiendo… no lo admitirían ni en un

centro de formación profesional… se pasará leyendo toda la mañana historias Emocionantes de Amor Verdadero y se hartará de palos de crema… nunca come comida, vive de pasteles… Ay, joder, ya sé que ayer hicimos novillos, pero mi alma llora por Vinny en esta mañana triste y gris…» «Será mejor que tengamos cuidado. Dos días seguidos…» «¿Oísteis lo que dijo ayer? Dijo que se estaba obsesionando por el sexo y que iba a meter la cabeza en la taza del retrete…»). Más allá del Ayuntamiento, detrás la biblioteca donde ya se juntaban algunos vagabundos para fumar colillas en la puerta de la sala de periódicos en espera de que se hicieran las nueve, hora de apertura… Más allá de Prince Street («Coño, Zagg, ¿recuerdas las veces que jugamos aquí el verano pasado?, los jonrones, los tripletes, y el gran Scotch que nos dejaba a cero, ¡la vida es *grandiosa!*») («¡La vida, querido Piojoso, es inmenserelum!»), más allá de la Asociación de Jóvenes Cristianos, el puente del canal, la calle por la que se entraba en las grandes hilaturas, con adoquines coloreados por el amanecer y puertas coloniales muy juntas de un bloque de viviendas de mediados del siglo XIX para trabajadores textiles celebrados en algunos recuerdos de Dickens, el triste e intemperante aspecto de las combadas fachadas de ladrillo rojo y casi un siglo de trabajo en las fábricas, deprimentes por la noche.

Y así acabamos mezclándonos con centenares de estudiantes que llenaban las aceras y céspedes del instituto y que esperaban la primera campana que no se oía fuera, pero que se anunciaba dentro por un veloz rumor sordo de faz desesperada, de tal modo que, en ocasiones, cuando llegaba angustiosamente tarde y corría solo por los grandes espacios vacíos la escena de minutos antes de cientos de empujones había desaparecido y los directores estaban ya en los cuchitriles detrás de las silenciosas ventanas de las aulas donde se daban las primeras clases de la mañana, un inmenso y torturante espacio de culpabilidades, muchas veces soñado, la acera, la hierba. «Vuelvo al colegio», sueña el viejo inválido en su inocente almohada, ciego al tiempo.

# 12

Se entraba en el instituto a las ocho menos diez, las cosas se oían caer estrepitosamente por última vez en extraños momentos en que parecían crecernos antenas, cuando nadie decía ya una palabra y el borde del banco se me clavaba en el codo cuando apoyaba la cabeza tratando de dormir un poco; por la tarde me dormía de verdad, sobre todo cuando estudiábamos en el aula de reuniones después de la una de la tarde, cuando volaban a nuestro alrededor no proyectiles de papel masticado, sino notas de amor, ya tarde en el día escolar. El sol matutino era fuego naranja en las sucias ventanas y se convertía poco a poco en oro azul mientras los pájaros trinaban en los árboles, un viejo apoyado en la barandilla del canal con la pipa en la boca y el canal fluía. Todo espirales y remolinos y denso y trágico y había que verlo desde medio centenar de ventanas del lado norte del edificio, el nuevo y el viejo para los novatos. Gigantesco, los ahogados en aquel canal llenarían un libro, llenarían una página, imaginarios, soñados en aquella hora de los días de rosados y ruidosos labios infantiles y jerséis elegantes. Piojoso estaba en su clase, todo estaba en paz con el mundo. Aborrecía y sonreía en el extremo de un banco en las llameantes atmósferas solares de las ventanas del suroeste, que en invierno recibían pálido fuego tropical del viejo noreste: la goma de borrar preparada, su fisonomía personal está en su pupitre y él se descuelga y se derrenga y alguien tiene que decirle que se siente bien, el día aburrido acaba de empezar. Revistas, una ojeada rápida en el fondo del pupitre, la tapa levantada. «Oh, ahí va por el pasillo el señor Nedick, el profesor de lengua que viste pantalones

demasiado grandes. La señora Faherty, profesora de los novatos o de los de noveno, que nos vendrá con rimas shakespearianas, ya está ahí, la gran importancia tac-toc de sus altos tacones de señora corpulenta», imágenes joyceanas llenan nuestra mente mientras estamos allí sentados como pasmarotes, autoperdurando la mañana, esperando el momento de apoyar la cabeza en la tumba, sin saberlo. En los adoquines que hay junto a la fábrica que hay junto al canal desentraño sueños futuros. Los tendré más tarde sobre las hilaturas de ladrillo rojo de más allá de los canales vacíos en la mañana azul, la pérdida golpeando la frente, se acabó. Mis pájaros cantarán otras cosas en la rama.

A mi alrededor hay ojos de guapas morenas, rubias y pelirrojas, de lo mejorcito de Lowell. Otro día en el instituto, todo el mundo mira a todas partes con los ojos muy abiertos. Hoy, 17.000 calificaciones pasarán de mano en mano en esta extasiada condición mortal. Ya veo intrigas stendhalianas en el ceño de las chicas bonitas, «Hoy no voy a hacer ni caso a ese idiota de Beechly», como monólogos autocomunicantes al estilo de *Una cita con Judy*, «llevaré a mi hermano y se arreglará todo». Otras no intrigaban, esperaban, soñaban el tremendo y triste sueño de quienes mueren en el instituto a los dieciséis años.

—Oye, Jim, dile a Bob que yo no tenía intención… ¡él ya lo sabe!

—Claro, ya te dije que lo haría.

Buscando al vicepresidente de los de segundo, adjuntando fotos a cartas cruciales, reuniendo una pandilla, tratando de conseguir algo sobre Annie Kloos. Todas hablan de sus intrigas de un lado a otro de los pasillos, subiendo y bajando las hileras de bancos. El alboroto es fantástico, impresionante, ensordecedor, desconcertante, como los rugidos repentinos que se oyen en los campos de fútbol estudiantil de California los viernes por la tarde por encima de los tranquilos tejados de los bungalós, como adolescentes en una carrera de patinadores, incluso la profesora está aturdida y trata de esconderse detrás del *Times* de Nueva York que ha comprado en Kearney Square, en el único sitio donde lo venden. La clase es invencible y la profesora hará valer su autoridad

cuando llegue el momento, pero es mejor no entrometerse antes de tiempo.

—Es la monda.

—No me digas.

—Oye…

—Pero ¿qué decís?

—¡Hola!

—¿Dotty? ¿No te dije que ese vestido te quedaba *divino*?

—No se te escapa una, querida, estaba perfecta.

—Todas las chicas están locas por ponérselo. Deberías oír lo que cuenta Freda Ann. ¡Siiií!

—¿Freda Ann? —arreglándose el pelo con toda intención—. Dile a Freda Ann que siga con su vida, que yo puedo seguir con la mía sin sus comentarios.

—Venga, venga. Al final del pasillo está mi hermano Jimmy. ¿Ha traído con él a ese idiota de Jones? —Se juntan, miran furtivamente, hablan con la boca pegada al oído—. ¿Has visto a Duluoz allí? He recibido una nota de Mag-gie Cassidy.

—¿De quién? De *Mag-gie Cassi-dy*? —Y se doblan, chillan, ríen y todo el mundo se vuelve a mirarlas, de qué se reirán, la profesora a punto de llamarlas al orden dando un golpe en la mesa. Las chicas siguen riendo. Las orejas me arden. Dirijo mi soñadora desatención a todo el mundo, pensando en mi emocionante cita con la nata montada del domingo anterior. Las chicas miran mis ventanas azules en busca de romance.

—Mmm. ¿No tiene pinta de soñador?

—No sé. Parece adormilado todo el tiempo.

—A mí me gustan así…

—Venga ya, ¿cómo sabes si te gustan o no?

—¿No quieres saberlo? Pregunta a…

—¿A *quién*?

—Pregunta a quien fue con Freda Ann al Baile de las Agentes del Orden el jueves pasado y verás qué lío se arman. Con Lala

Duvalle y su pandilla de degolladoras y destripadoras y sabrás quién y más cosas. Yo… Bueno, a callarse tocan.

Bam, bam, la vieja profesora golpea la mesa con la regla y se pone en pie, muy matrona ella, como una veterana conductora de autobús, para comprobar las ausencias, toma unas notas y hace unos comentarios críticos y entonces llega el señor Grass, del aula contigua, para comunicar una noticia y todo el mundo aguza el oído mientras los docentes cuchichean junto a la pizarra, una bola de papel masticado cruza graciosamente el espacio bañado por el sol y empiezan las clases. La campana. Todos corremos hacia el aula donde se dará la primera lección del día. Ah, inconcebiblemente perdidos los pasillos de aquel largo instituto, aquellos largos cursos, las horas y semestres que me salté, hacía novillos dos veces a la semana por término medio. Culpa. Nunca la superé. Clases de lengua… leyendo la solidísima poesía de Edwin Arlington Robinson, Robert Frost y Emily Dickinson: un nombre que nunca supe poner a la altura del de Shakespeare. Clases maravillosas de una especie de astronomía de pre-ciencia-ficción, con una señora madura que señalaba lunas en la pizarra con un largo puntero. Una clase de física: aquí nos perdíamos lastimosamente tratando de escribir bien la palabra barómetro en la hoja de rayas azules del examen, y no digamos el nombre Galileo. Clases de esto y aquello, centenares de hermosos e inteligentes jóvenes empeñados en perseguir intereses puramente intelectuales y de persuasión social y lo único que conseguían era levantarse por la mañana, la enseñanza se encargaba de ellos el resto del día, subvencionada por los contribuyentes.

Algunos preferían irse al campo en trágicos y trepidantes asientos, no volvíamos a verlos, se los tragaban los reformatorios y el matrimonio.

Como era invierno, yo me ponía el jersey de fútbol con la letra L, para fardar, me quedaba grande, era incómodo, abrigaba demasiado y pasaba horas interminables, día tras día, prisionero de aquel horrible corsé de lana. Al final me decidí por llevar el jersey azul de siempre, con botones delante.

# 13

La segunda clase era la de lengua española, aquella en la que recibía las notas de Maggie, dos a la semana. Las leía inmediatamente:

> Seguro que pensabas que no iba a escribir una nota esta semana. Pues lo pasé muy bien en Boston el sábado con mi madre y mi hermana. A la tontita de mi hermana le gusta flirtear. No sé cómo será cuando crezca. ¿Qué ha sido de ti desde que nos vimos? Mi hermano y June que se casarán en abril estuvieron aquí anoche. ¿Cómo va el instituto? Roy Walters estará en el Commodore el martes y voy a ir. Luego vendrá Glenn Miller. ¿Fuiste a la cafetería cuando nos despedimos el domingo? Bueno, no tengo nada más que decir por ahora, así que
>
> Hasta luego
> MAGGIE

Aunque quedáramos para vernos por la noche, faltaba aún mucho tiempo para eso; después de las clases tenía atletismo, hasta las 6, las 7 de la tarde, hora en la que tenía por costumbre volver a casa andando, kilómetro y medio, con las piernas entumecidas. El gimnasio era un edificio grande y bajo que estaba al otro lado de la calle, tenía vigas de acero sin pintar en el techo, seis canchas de baloncesto, y estaba el campo de instrucción de los Regimientos Estudiantiles, a veces entrenábamos para los partidos de fútbol en interiores y cuando llovía en marzo hacíamos prácticas

de béisbol y competiciones de atletismo con muchos espectadores sentados en las tribunas. Antes de ir al gimnasio deambulaba por los pasillos vacíos, por las aulas. A veces me reunía con Pauline Cole al pie del reloj, la había visto todos los días en diciembre, pero estábamos ya en enero. «¡Por fin llegas!» Me recibía con una amplia sonrisa, ojos grandes, húmedos, maravillosamente azules, labios carnosos que dejaban ver una dentadura blanca y grande, muy afectuosa, y yo no podía por menos de decirle: «¿Dónde has estado?» Me gustaba, la vida también me gustaba y tenía que estar allí, cargando sobre mí todas las sombrías culpas del alma, en el otro extremo de la cual, de todos modos, mi vida fluía llorando y vaciándose en la oscuridad, llorando por lo que se había supuesto, sin nada en mi interior para corregir los yerros, ninguna esperanza de esperanza, ninguna claridad, toda la sinceridad desplazada por gente real que abarrotaba el mundo, por acontecimientos, por la fláccida debilidad de aguachirle de mi mezquina resolución, colgada, muerta, por los suelos.

Los herederos saltan gritando de las rodillas de los médicos mientras los viejos y los pobres siguen muriendo, ¿y quién hay para cuidarlos y consolarlos en su lecho de muerte?

—Ah, tengo que ir a atletismo dentro de un minuto.

—Oye, ¿puedo ir a verte el sábado por la noche contra Worcester? Iré de todos modos, solo te estoy pidiendo permiso para que hables conmigo.

¡Oh, Herido Thomas Wolfe! (Yo pensaba que era eso, cuando leí tiempo después unos cuantos libros.) Por la noche cerraba los ojos y veía mis huesos pisando el barro de mi tumba. Mis pestañas como las de una solterona que se toma el máximo trabajo en ocultar sus postizos.

—Ah, ¿vendrás a una competición? Apuesto a que me caigo al principio y piensas que soy incapaz de correr.

—No te preocupes, ya me he enterado de eso por la prensa, señor importante. —Provocándome, pinchándome—. Te estaré mirando, ¿eh? —Y de pronto, tristemente, yendo a su objetivo femenino—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

—¿Cómo has podido? No te creo, con Maggie Cassidy por medio.

—¿Es que la conoces?

—No.

—¿Por qué dices eso entonces?

—Bueno, tengo espías. No es que me importe. Ya sabes que últimamente salgo con Jimmy McGuire. Sí, es simpático. Seguro que te gustaría. Haría buenas migas contigo. Me recuerda a ti. Ese chico simpático que conoces, ese amigo tuyo de Pawtucketville… ¿Piojoso? También es un poco como él. Todos tenéis los mismos ojos. Pero Jimmy es irlandés, como yo.

Yo estaba allí como el rey de la creación, escuchándola.

—Me apaño perfectamente, no te preocupes, no pienso zurcirte los calcetines… Oye, ¿me has oído cantar en los ensayos del espectáculo del Paint n Power?

—¿Qué?

—¿Recuerdas que estuvimos patinando en diciembre? En esa charca vuestra que está cerca de Dracut. Aquella noche hacía frío y al volver a casa, con la luna y la escarcha, me besaste.

—¡«Corazón y alma»!

—Esa es la que voy a cantar. —Los pasillos del tiempo se estiraron delante de ella, canciones, tristeza, algún día cantaría para Artie Shaw, algún día se congregarían grupos de negros alrededor de su micrófono en el Salón de Baile Roseland y la llamarían la blanca Billy; las compañeras de habitación de sus duros tiempos de aficionada acabarían siendo estrellas de cine. Ahora, a los dieciséis años, cantaba «Corazón y alma» y tenía pequeñas aventuras con tímidos chicos sentimentales de Lowell y los promovía, y decía: «Oye…»

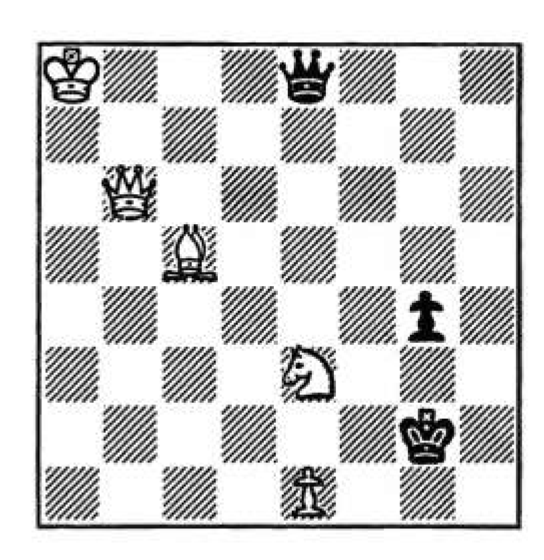
—Ya volverás, señor Duluoz. No es que te quiera, pero vendrás arrastrándote, esa Maggie Cassidy solo quiere apartarte de mí porque quiere tener un futbolista y un deportista de instituto, porque es demasiado idiota para hacer el bachillerato… Oye, pero qué buena es Pauline Cole. —Me empujó y acto seguido me atrajo hacia

sí—. Es la última vez que nos vemos al pie del reloj. —Era un reloj grande y con forma de caja que colgaba en la pared del instituto, donativo de alguna promoción de antaño, de cuando los ladrillos eran nuevos. Nuestros primeros y trémulos encuentros habían tenido lugar allí. Cuando cantó «Corazón y alma» en la fría noche de los campos nevados creímos que nuestros corazones se derretían para siempre. El reloj había pasado a ser nuestro símbolo principal.

—Ya nos veremos alguna vez.

—No al pie de este reloj, chaval.

Me fui a casa solo, con dos horas que matar antes del atletismo, por Moody Street, detrás de todos los que volvían a casa, a cambiarse para el griterío de apoyo. Hacía tiempo que Iddyboy había encabezado la escapada, con sus libros y sus zancadas de avestruz («Qué hay, chico»). Los viejos borrachos del Silver Star y otros bares de Moody Street mirando la procesión de muchachos. Eran ya las dos, triste caminata por los barrios bajos, colina arriba, cruzando el puente para entrar en las limpias y vistosas viviendas unifamiliares y las cuestas de Pawtucketville, *perdu, perdu*. Lejos, en la depresión de Rosemont Street, se encontraban los patinadores vespertinos con sus prendas azules; sobre sus cabezas, sueños de nubes lloradas y perdidas hacía tiempo.



Subí las escaleras hasta el cuarto piso y entré en mi casa, que quedaba encima de Textile Lunch. No había nadie, la luz gris y deprimente se filtraba por las cortinas. Cogí mis galletas Ritz en aquella oscuridad, con la mantequilla de cacahuete y la leche de la despensa recién forrada con papel de periódico. Ningún ama de casa de los Plastificados Años Cincuenta tenía menos polvo. Luego, la mesa de la cocina, la luz de la ventana del norte, la lúgubre vista de los apenados abedules de las colinas que se alzaban al otro lado de los crudos tejados blancos; mi juego de ajedrez y el libro. El libro de la biblioteca; gambito escocés, gambito de reina, tratados científicos sobre las aperturas, las brillantes piezas palpables para escenificar derrotas. Así me había interesado por los viejos libros de la biblioteca, de aspecto clásico, tochos de comentarios críticos, algunos de los cuales se caían de los más recónditos estantes de la Biblioteca Pública de Lowell y que había visto junto a mis chanclos a la hora de cerrar…

Medité un problema.

El pobre segundero del reloj eléctrico verde que estaba con nosotros desde 1933 daba vueltas y más vueltas señalando números y puntos amarillos; los desconchados de la pintura los estaba dejando medio negros, medio perdidos; el tiempo que giraba eléctricamente o de otro modo se estaba comiendo la pintura y el polvo se acumulaba lentamente en la aguja de las horas, en la maquinaria de dentro, en los rincones de los armarios Duluoz. El segundero besa el minutero sesenta veces por hora las veinticuatro horas del día y seguimos alimentando la esperanza de vida.

Maggie estaba lejos de mi pensamiento, era mi hora de descanso, fui a mirar por la ventana; me miré en el espejo; tristes pantomimas, visajes; me acosté en la cama, todo indeciblemente lúgubre, aburrido, tardaba mucho en llegar; cuando llegara, sabría la diferencia. Los pájaros trinaban en el vacío. Moví los músculos habituales en la explosión ciega, plana e inflexible del espejo. La estática ensordecedora de la radio casi borraba lentamente las canciones del momento. Abajo, en Gardner Street, el viejo Monsieur Gagnon escupió y siguió andando. Los buitres se alimentaban de

todas nuestras chimeneas, *tempus*. Me detuve ante la imagen fosforescente de Jesús crucificado y recé por dentro, sufriendo y entristeciéndome como Él, para ser salvado. Luego volví al centro para el atletismo, nada se ganó.

La parte alta de la calle del instituto estaba vacía. Sobre ella había caído una luz deprimentemente rosada, de última hora de la tarde invernal, ya se había reflejado en los tristes ojos de Pauline. Antiguos y fláccidos montones de nieve, un árbol tristón, flojo sol gemelo en la pared lateral de un viejo edificio, la inexpresable e intensa melancolía del ocaso invernal se pintaba ya en los tejados orientales, mientras que la tendencia al rosa del lejano fuego diurno de los occidentales se atenuaba entre las nubes bajas. El último empleado de Bon Marché[2] reúne tiques de ventas. El ave del ocaso corría hacia sus tinieblas. Yo corrí hacia la pista de atletismo interior, donde los corredores golpeaban tablas para expresar su oscura tragedia. El entrenador Joe Garrity controlaba con faz impávida el tiempo de su nueva esperanza de las seiscientas yardas, que, con fatalidad de gladiador, flexionaba las piernas a la expectativa. Los alumnos más pequeños tiraban los últimos calcetines inservibles a las canastas más lejanas, mientras Joe gritaba para que despejaran el gimnasio con voz resonante. Corrí a las taquillas para ponerme los pantalones de correr y me anudé con fuerza las zapatillas. La pistola cantó la primera eliminatoria de las trescientas yardas, los corredores, inclinados sobre las punteras, salieron disparados, ladeando las tablas. Practiqué los ejercicios preliminares de calentamiento alrededor de los clamorosos y huecos bancos de tablas. Frío, los brazos con carne de gallina, polvo en el mudo gimnasio.

—Está bien, Jack —dijo el entrenador Garrity con su voz baja y tranquila, moviéndose de tabla en tabla como un hipnotizador—, veamos cómo practicas el nuevo movimiento de brazos.

Con la habitual idiotez de mi estropeada cabeza había estado casi un mes imitando la forma de correr de Jimmy Dibbick, era corredor de fondo, nada extraordinario, pero sabía impulsarse mientras corría, estirando las manos y los dedos, como si quisiera

atrapar el aire, un estilo ridículo que yo imitaba por diversión; sin embargo, en las carreras cortas, en las que yo era el Número Uno del equipo, capaz de vencer en la época incluso a Johnny Kazarakis, que un año después derrotaría a todos en las competiciones estudiantiles de la costa este de Estados Unidos, pero aún no había llegado a tanto, en las carreras cortas el estilo natación no servía, yo normalmente hacía las 30 yardas en 3,8 segundos, pero había bajado a 4 y me vencían todos los jóvenes, como Louis Morin, que tenía quince años y ni siquiera estaba en el equipo y solo calzaba zapatillas de tenis.

—Corre como antes —me dijo Joe—, olvida los brazos, limítate a correr, piensa en tus pies, *corre, lánzate*, ¿o es que tienes problemas de chicas? —Sonreía sin alegría pero con un humor inteligente que había adquirido porque su vida había carecido de reconocimientos y facilidades, era el mejor entrenador de atletismo de Massachusetts y sin embargo vivía de un empleo oficinesco en el Ayuntamiento, con poco salario y muchas responsabilidades—. Vamos, Jack, corre, eres mi único velocista este año.

En carreras de obstáculos bajos adelantaba a estos chicos a los que no conseguía derrotar; en Boston Garden, compitiendo con todos los institutos de Nueva Inglaterra, llegaba en un dócil tercer puesto, detrás de fantasmas pernilargos, dos eran de Newton y los demás de Brockton, de Peabody, de Framingham, Quincy y Weymouth, de Somerville, Waltham, Malden, Lynn, Chelsea y la madre que los parió.

Bajé a la pista con un grupo, escupí en las tablas, clavé los pies para afirmar el equilibrio, temblando, salí flechado esperando el pistoletazo de Joe y tuve que retroceder rojo de vergüenza. En aquel momento levantó la pistola, nos tambaleamos, calculamos, los ojos fijos en las tablas… ¡PUM! Allá vamos, me impulsé con el brazo derecho, bombeé con los dos cruzándolos por delante del pecho y corrí como una exhalación tragando terreno con furia. Establecieron mi tiempo en 3,7, gané por dos yardas y me lancé contra la estera que protegía la pared final, contento.

—Oye —dice Joe—, ¿habías conseguido antes 3,7?

—¡No!

—Tuvieron que cronometrarte mal. Pero hoy lo has conseguido. Mueve los brazos con naturalidad. ¡Muy bien! ¡Obstáculos!

Pusimos las vallas bajas de madera, algunas necesitaban clavos nuevos. Nos pusimos en la línea de salida, pum, allá vamos, he calculado cada paso, cuando llegamos al primer obstáculo tengo ya la pierna izquierda lista para pasar por encima, salto, la estiro inmediatamente hacia el otro lado, toco tierra con la pierna derecha doblada en horizontal, ayudando el movimiento con los brazos. Entre el primero y segundo obstáculos salto, acelero, me estiro, doy las cinco zancadas que necesito y vuelvo a saltar, esta vez solo, los otros se han rezagado, y llego a la cinta de las 35 yardas, dos obstáculos, en 4,7.

Las 300 yardas eran mi pesadilla; significaba correr a toda velocidad durante casi un minuto, aproximadamente 39 segundos, una tortura para las piernas, el hueso, el músculo, la respiración y los pobres pulmones; también significaba darse topetazos terribles con los otros durante la primera vuelta y a veces un tío que se salía de la pista aterrizaba de culo en el suelo lleno de astillas y era tremendo, Emil Ladeau, que echaba espumarajos por la boca, solía darme trompicones en el primer peralte y sobre todo en el último, cuando jadeando y con cara de reventados apretábamos en las últimas veinte yardas para morir en la cinta de llegada. Emil no tenía ni media hostia en comparación conmigo, pero le dije a Joe que no quería participar más en aquello; transigió con mi sensibilidad, pero insistió para que corriera las 300 yardas con relevos (con Melis, Micky McNeal y Kazarakis). Hicimos la mejor carrera de relevos del estado, incluso vencimos a los veteranos de la Preparatoria de St. John en las finales de Boston. Así que todas las tardes tenía que correr las putas 300, normalmente en carreras de relevos, solo para cronometrarlas, con otro chaval que se quedaba veinte yardas detrás, en vez de jugar al fútbol en otra parte. A veces acudían chicas para ver practicar atletismo a sus novios, a Maggie no se le habría ocurrido ni por asomo, tan negativa era y tan sumida en sí misma estaba.

No tardará en llegar el momento de las 600 yardas, las 1000 yardas, el salto de longitud, el lanzamiento de peso, luego a casa, a cenar, luego al teléfono, la voz de Maggie. Lowell hablando conmigo después de la cena.

—¿Puedo ir esta noche?

—Te dije el miércoles.

—Es que falta mucho para eso.

—Estás loquí-simo.

… mientras las sombras de la soledad caen y envuelven los cálidos techos orgánicos del Lowell vivo…

# 14

Pasadas las seis, lanzamiento de peso, la bola apoyada en los dedos pegada ligeramente a la fosa supraclavicular, la rotación de la pierna, el salto, la torsión de cintura, el estiramiento del brazo, el lanzamiento de la bola, alto y lejos, esto era divertido. Me iba a las duchas, me cambiaba de ropa por tercera vez en mi alocada jornada estudiantil y me iba aprisa por Moody Street, resuelto, joven y salvaje: kilómetro y medio hasta casa. En la oscuridad invernal, la azulona intensidad arábigo-bagdadí del penetrante y encantador ocaso de enero solía desgarrarme el corazón, había una dulce estrella punzante en el centro del azul más mágico de todos que palpitaba como el amor. Vi el negro pelo de Maggie una noche así. En las sombras de sus ojos estaban los arrecifes de Orión y en ellos brillaba un oscuro y orgulloso polvillo de pergamino que creaba ricos brazaletes con el rosa lunar de nuestra nieve y la rodeaba de misterio. Brotaba humo de las limpias chimeneas de Lowell. Ahora, mientras los pies me llevaban por Worthen, Prince y otras viejas calles de la zona fabril, veía el rojo de los ladrillos degradado a un tono frío y carne que impedía hablar, que atenazaba la garganta. El fantasma de mi padre, con un sombrero de fieltro gris, recorría las nieves sucias. «*Ti Jean t'en rapelle quand Papa travailla pour le* Citizen? *Pour L'Etoile*?» («¿Recuerdas cuando tu padre trabajaba para el *Citizen*, para el *Star?»*). Yo esperaba que mi padre volviera aquel fin de semana, deseaba que me diera algún consejo a propósito de Maggie. Y en los deprimentes callejones de tinta azul y solsticios perdidos brotaban sombras que se mecían gimiendo mi nombre, grandes, intensas, perdidas. Pasé flechado por delante de

la Biblioteca ahora con ventanas oscurecidas para los estudiosos de crepúsculo invernal, los vagabundos de la sala de lectura, la biblioteca infantil de estanterías redondas y dulces cuentos de hadas; los ladrillos de intenso rojosangre de la vieja iglesia episcopaliana, el césped seco, la irregularidad de la nieve, el cartel anunciador de discursos. A continuación el cine Royal, películas demenciales, Ken Maynard, Bob Steele, las viviendas francocanadienses vistas en las travesías, el alegre norte en invierno, las bombillas que quedaban de Navidad. Luego Ah el puente, el suspiro de las aguas, el rugiente viento tranquilizador que llegaba de Chelmsford, de Dracut, del norte. El implacable cielo del crepúsculo, naranja férrico, deslizándose por los campanarios y los tejados con una melancolía inmóvil, las cimas ferrosas y arbóreas de las viejas colinas de la lejanía; todo grabado y plasmado en el ocaso y en aquella inmovilidad helada… Mis pasos retumbaron en las tablas del puente. Sorbí por la nariz. Un día largo y agotador que aún estaba lejos de haber terminado.

Pasé por delante de las ventanas de Textile Lunch, a través de los cristales cubiertos de vapor vi a los nervudos usuarios que comían inclinados y entré en el fétido y sombrío portal de mi casa, el 736 de Moody Street, húmedo, frío, cuatro plantas en la eternidad. Entré.

—*Bon, Ti Jean est arrivez*! —dijo mi madre.

—*Bon*! —dijo mi padre, estaba en casa, su cara miraba desde la puerta de la cocina con una amplia sonrisa oriental. Mi madre había llenado la mesa con comida, manjares humeantes, mi padre había banqueteado durante una hora. Yo llegué corriendo y le di un beso en la triste y áspera cara.

—Vaya, parece que he llegado a tiempo para verte correr contra Worcester el sábado por la noche.

—Así es.

—Tendrás que enseñarme lo que sabes hacer, chico.

—¡Lo verás!

—¡A comer! Mira las delicias que nos ha preparado tu madre.

—¡Voy a lavarme!

—Date prisa.

Me lavo, llego peinado, me pongo a comer. Mi padre pela una manzana con su cuchillo de explorador.

—Bueno, yo ya he terminado en Andover. Creo que os lo puedo decir ya. Se ha acabado la temporada de actividad. Puedo intentarlo aquí en Lowell, en Rolfe.

—*Ben oui*! —mi madre en francés—. Es mucho mejor que trabajes aquí —su emotiva forma de discutir, sus reproches siempre consoladores.

—Está bien, está bien —riendo—. Veremos qué se puede hacer. Bien, mi niño. ¿Cómo te va a ti? Oye, a lo mejor encuentro algo en McGuire, allí está Nin. Dime, ¿qué es eso que dicen, que estás pelando la pava con una irlandesita? Seguro que es guapa, ¿eh? Bueno, eres demasiado joven para eso. Ja, ja, ja. Maldita sea, ya estoy en casa otra vez.

—En casa otra vez —mi madre.

—Oye, papá, juguemos al fútbol de mesa, un partido. ¿Qué dices?

—Estaba pensando en bajar al Club y jugar unas partidas de bolos.

—Venga, un partido, y luego jugamos una partida en la bolera.

—¡Trato hecho! —riendo, tosiendo con el puro en la boca, inclinándose rápidamente con la caraza roja de emoción, para rascarse el tobillo.

—Está bien —dice mi madre, orgullosa, sonrojada y haciendo gorgoritos por tener a su hombre en casa otra vez—, vosotros a lo vuestro, yo os limpio la mesa en un santiamén y preparo una cafetera, ¿estamos?

Y de la noche fría y jubilosa del norte llegan Piojoso, Billy Artaud e Iddyboy, hay chistes buenos y risas, se echa una moneda al aire, formamos equipos y jugamos un partido. En las ventanas se forma hielo lentamente, las farolas de abajo están en el vacío helado y solitario, pero no tardan en pasar a paso vivo figuras que echan vaho debajo de ellas y definen itinerarios ansiosos.

Sin saber que no merecemos vivir sin alabar a Dios, me escabullo de la cocina para ir al salón en sombras y dar un rápido telefonazo a Maggie. Responde Janie, su hermana pequeña. Maggie se pone al aparato con un simple y cansado «Hola».

—Hola, voy el miércoles por la noche, ¿eh?

—Ya te lo dije.

—¿Qué haces esta noche?

—Ah, nada. Me aburro como una ostra. Roy y su chica están ju…, como se casarán en agosto están jugando a las cartas. Mi padre se ha ido al trabajo, acaban de llamarlo, salió tan aprisa por la puerta que olvidó recoger el reloj del ferrocarril. ¡Se subirá por las paredes!

—Mi padre está en casa.

—Me gustaría conocerlo algún día.

—Te gustará.

—¿Qué haces a lo largo del día? No es que sea importante…

—Todos los días hago lo mismo. Andar, colegio, volver para dar una cabezada, volver para practicar atletismo…

—¿Y pasarte todo el tiempo hablando con Pauline Cole al pie del reloj?

—A veces. —No lo ocultaba ni nada parecido—. No es importante.

—Solo amigos, ¿eh?

Dijo «¿eh?» de tal modo que vi su cuerpo entero, sus labios, y me entraron ganas de atizarle una de esas que no se olvidan.

—Oye…

—¿Qué?

—Si te aburres como una ostra, voy a verte esta noche.

—Bueno.

—Creo que no tengo tiempo —estaba sorprendidísimo—, pero iré.

—No. Has dicho que no tienes tiempo.

—Lo tengo.

—Has dicho que no.

—Nos vemos dentro de una hora.

—Pero si es igual…

—¿Eh? Voy a ir. Oye…

Y a mi padre y a los amigos que reían estentóreamente en la cocina:

—Oíd, voy a ir a ver a Maggie Cassidy, la chica esa que conozco, ella…, nosotros solo…, quiere que ayude a su hermano con los deberes de clase.

—Vaya —dijo mi padre mirándome con ojos sinceramente asombrados, unos ojos muy azules—, es mi primera noche en casa, dijiste que iríamos a la bolera. Formaremos equipos con los muchachos.

—¡Vale! ¡Yo y tu padre contra ti e Iddyboy! —exclamó Piojoso medio ahogado por el entusiasmo, y a continuación a mí, en voz baja, mirándome por encima del hombro, para quedar bien ante los demás—: ¿Era Maggie Cassidy? ¡Ay, Zagg, muñeco, no deberías engañar a Pauline Cole! ¡Ji, ji! Oiga, señor Duluoz, es que ahora llamamos Zagg a Jack. Oiga esto —cogiéndome por el cuello y mirándome ceñudo—: ahora quiere engañar a Moe Cole. Vamos a ahogarlo en el río, a tirarlo a la nieve.

—¡¡Iiiidyboy!! —gritó Iddyboy con ojos brillantes y acercándome el puño a la cara—. Te sentaré las costuras, Jack, y te tiraré por encima de la cerca. —Pusimos cara de pelearnos.

—Quédate, Jean, quédate en casa —mi madre, con voz intolerante.

Y Billy Artaud, frotándose las manos con energía:

—¡Él ya sabe cuando ha perdido! No quiere aceptar una competición a los bolos, ¡pues que se vaya! —gritó triunfalmente por encima de las demás voces mientras crecía el alboroto de la cocina y agitaba una pequeña telaraña del techo—. Seremos cuatro y podremos formar un equipo en la bolera. Y la señora Duluoz anotará los puntos.

Aquello hizo que las risas y el ruido subieran de volumen. Ya tenía una oportunidad para irme. Lleno de vida, de energía, de alegría juvenil, desbordante con mis dieciséis años, me escabullí

para ir a ver a la perezosa e irresponsable muchacha que vivía a cinco kilómetros de allí, al otro lado de la ciudad, junto al sombrío y triste Concord, de trágico caudal.

Subí al autobús (evitando en el último momento la mirada de mi padre y diciéndome a mí mismo: «Ya nos veremos mañana, recontra»). Viaje en autobús, con sensación de culpa, deprimido, la mirada gacha, la basura y la sucia pérdida de vigor entorpeciendo siempre las pobres alegrías de una vida que es tan breve y dulce.

Era lunes por la noche.

# 15

De Pawtucketville al sur de la ciudad era una ruta de circunvalación, por Moody a Kearney Square, por debajo del instituto, la flota de autobuses, la gente apelotonada, esperando pegada a la fachada de las heladerías, los Todo a Cinco y Diez Centavos, los *drugstores*. El triste tráfico llegaba crujiendo del invierno, salía crujiendo al invierno. En el viento se palpaba la cruda y desolada melancolía de los bosques urbanizados por los escasos y tristes semáforos. Me bajé allí y tomé el autobús de Lowell Sur. Era un hecho que siempre me oprimía la garganta, bastaba que el conductor subiera a la ventanilla superior el rótulo con el solo nombre del punto de destino para que el corazón me latiera a toda velocidad, yo miraba la cara de los demás usuarios para comprobar si también ellos percibían la magia. El trayecto se volvía más lúgubre. De la Square por Central a Back Central, a las oscuras y largas calles periféricas donde se acumula la nieve por la noche junto a cubos de basura que el viento hace sonar a la fría luz de la luna. A lo largo del Concord, donde las fábricas atraían su famoso curso, incluso más allá de ellas, hacia una oscura carretera con la que empalmaba Massachusetts Street, al pie de una muda y sombría farola, pequeña, insignificante, antigua, llena de mi amor y con el nombre de dicho amor. Allí me apeaba del autobús, entre los árboles, junto al río, y esquivaba los agujeros embarrados, siete viviendas unifamiliares a la derecha y llegaba a su casa laberíntica, de ventanas oscuras y sin cerca, techada por tableteantes árboles esqueléticos, azotados por súbitas rachas de vientos marinos que llegaban de Boston atravesando páramos, nudos ferroviarios y nieve. Avanzaba aprisa y cada casa

ante la que pasaba me aceleraba el corazón. Su casa exacta, la luz exacta que caía exactamente sobre ella y bañaba su contorno, era punto por punto de un oro inusual, magia amada, agitación histérica, luz del asombro. ¿Sombras en su porche? ¿Voces en la calle, en el patio? Ni un sonido, solo el aburrido viento victoriano que se quejaba de Nueva Inglaterra junto al río en la noche invernal. Me detuve en la calle, delante de su casa. Había dentro una figura, su madre, que trasteaba lúgubremente en la cocina, reavivándola con tristeza, retirando los dulces platos de ella que algún día se llevarían con culpabilidad y tristeza, diciendo: «¡No lo sabía! ¡No lo sabía!» La necia y babeante humanidad devorando la ingle de él sin consecuencias.

¿Dónde está Maggie? Oh, viento, ¿no tienes canciones con su nombre? ¿La arrancaste de los vientos que soplaban en las fábricas a medianoche y hacían vibrar su fama en la piedra, el ladrillo y el hielo? ¿Fuertes e implacables puentes de hierro que cruzan su frente láctea? ¿Le soldó Dios con su acerado arco voltaico un martillo de miel y bálsamo?

Asurcado barro del rocoso Tiempo… ¿se había mojado, elastificado, verdecido, florecido para que yo celebrara la innombrable, sangrienta, aglutinante nominación de ella? ¿Saldría su escueto ataúd de la madera de los fríos árboles? ¿Abrirían llaves de piedra surcadas por gélidas estrías mis menesterosos y cálidos interiores y la invitarían a comer mi blando pecado? Ningún hierro doblado o fundido para facilitar mi titubeante penalidad. Estaba totalmente solo, mi suerte estaba forjada detrás de una puerta de hierro y yo llegaba como la mantequilla que quiere amar Metales Ardientes, levantaba mis débiles huesos de orgón y dejaba que los anudaran y partieran por la mitad, que encolaran los grandes ojos tristes para verlo sin decir nada. La corona de laurel está hecha de hierro, las espinas son clavos; saliva ácida, montañas inverosímiles, incomprensibles sátiras de impávida humanidad: condensa, carga, hunde y sella mi sangre…

—Pero si eres tú. ¿Qué haces en mitad de la calle? ¿Para qué has venido?

—¿No lo decidimos por teléfono?

—Ah…, bueno, quizá lo decidiste tú.

Esto me puso furioso y no dije nada; ahora estaba en su elemento.

—¿Por qué estás tan callado, Niño Jacky?

—Tú deberías saberlo. Y no me llames Niño Jacky. ¿Por qué estabas en el porche? ¡No te he visto!

—Te vi venir por la calle. Desde que bajaste del autobús.

—Hace frío aquí fuera.

—Yo voy abrigada. Ven, entra.

—En tu abrigo.

Risas.

—Tontaina. En la casa. No hay nadie. Mi madre ha ido a casa de la señora O’Garra para oír en la radio la Hora Firestone. Es gente que canta.

—Pensé que no querías que viniera. Ahora estás contenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota cuando me aprietas la mano como ahora.

—Unas veces me entiendes. Otras no soporto lo mucho que te quiero.

—¿Eh?

—¡Jacky! —Y se lanzó sobre mí, toda ella, encogiéndose y pegándose a mi esqueleto, zum, besándome con salvajismo, en profundidad, con pasión, desesperadamente. No habría ocurrido durante una cita concertada normal, un miércoles o un sábado por la noche. Cerré los ojos, creí que me desmayaba, que me perdía, que se me rompía el corazón, que me ahogaba en sal.

Labios cálidos, ardientes, susurrándome en el oído: «Te quiero, Jacky. ¿Por qué me vuelves tan loca? ¡Es que me vuelves loca! ¡Te quiero mucho! ¡Quiero besarte! ¡Condenado idiota! ¡Quiero que me poseas! ¡Soy tuya!, ¿no te das cuenta? ¡Toda, toda tuya! Eres idiota, Jacky. Ay, pobre Jacky. Bésame, *con fuerza*, sálvame, ¡te necesito!» Ni siquiera estábamos todavía en la casa. Ya dentro, junto al silbante radiador, en el sofá, hicimos prácticamente todo lo que hay

que hacer, aunque en ningún momento le toqué los principales puntos focales, lugares anteriormente temblorosos, los pechos, la estrella húmeda de los muslos, ni siquiera las piernas. Lo evité para complacerla. Su cuerpo era como el fuego, blando, redondo, enfundado en un vestido ligero, joven, suave pero firme, jugoso; un gran error; sus labios me quemaban toda la cara. No sabíamos dónde estábamos ni qué hacer. Y la oscuridad impulsaba el Concord por la noche de invierno.

«¡Me alegro de haber venido!», me dije con júbilo. «Si mi padre pudiera ver o sentir esto, lo sabría, no se sentiría decepcionado, ¡y tampoco Piojoso! ¡Ni mi madre! ¡Me casaré con Maggie, se lo diré a mi madre!» Atraje hacia mí su dócil y anhelante cintura, pegó su pelvis a la mía, apreté los dientes para conmemorar el futuro…

—El sábado por la noche voy a ir al Rex —dijo, haciendo un mohín en la oscuridad mientras le pasaba la yema del dedo por el labio inferior, luego apoyé la mano en el sofá y cuando me di cuenta me estaba acariciando el costado. («Pareces tallado en piedra.»)

—Me reuniré allí contigo.

—Me gustaría que tuvieras más años.

—¿Por qué?

—Sabrías hacerme más cosas.

—Si yo…

—¡No! No sabes cómo. Te quiero demasiado. ¿Qué sentido tiene? Es que te quiero mucho, joder. Pero ¡te odio! ¡Vete a tu casa! ¡Bésame! ¡Ponte encima de mí, aplástame! —Besos—. Hoy te he escrito una nota larga y la he roto; te decía demasiado…

—La leí…

—Esa es la que te mandé al final. En la primera te decía que quería casarme contigo… Sé que eres demasiado joven, sería quitarte los años de educación…

—Ah.

—No tienes oficio. Aún tienes que labrarte una profesión…

—No, no.

—Serás guardafrenos, viviremos en una casita al lado de las vías, oiremos en la radio 920 Club, tendremos niños. Pintaré de rojo las sillas de la cocina, pintaré las paredes del dormitorio de verde oscuro o algo así. Y por las mañanas te despertaré a besos.

—¡Maggie, Maggie, eso es lo que yo quiero! —¿Maggie Cassidy?, me pregunté con vehemencia. ¡Maggie Cassidy! ¡Maggie Cassidy!

—¡No! —abofeteándome en la cara, empujándome con irritación, haciendo una mueca, apartándose de debajo de mí, sentándose en el sofá y estirándose el vestido—. ¿Me oyes? ¡No!

Forcejeé para volver a echarla sobre la oscura profundidad del sofá retorciéndole el vestido, las enaguas, el cinturón, los ligueros, que daban crujidos y chasquidos con nosotros jadeando, sudando y echando humo. Pasaron las horas, era ya medianoche, mi jornada no estaba completa todavía. Mi pelo caía con reverencia sobre sus ojos.

—Jack, es demasiado tarde.

—No quiero irme.

—Tienes que irte.

—Está bien.

—No quiero que te vayas. Adoro que me beses. No permitas que Pauline Cole te aparte de mí. No pongas esa cara o me levantaré y me iré. Jacky. Te quiero, te quiero, te quiero. —Lo decía con la boca pegada a la mía, entre dientes, mordiéndome el labio. En sus ojos y en sus mejillas había lágrimas de alegría; su cálido cuerpo olía a brebaje ambrosíaco tras la profunda batalla que habíamos librado hundiéndonos en las almohadas, la felicidad, la locura, la noche… horas sin fin…

—Será mejor que te vayas, cariño. Mañana tienes que ir a clase. Se te pegarán las sábanas.

—Como quieras, Maggie.

—Cuando despiertes mañana por la mañana, murmura para ti que me quieres.

—¿Te figuras que podría decir… otra cosa…?

—Llámame mañana por la noche, y ven el viernes.

—El mi…

—¡Eso, el miércoles! ¡Dame un beso! ¡Abrázame! ¡Te quiero! Te querré siempre, a ti y a nadie más, a nadie. Nunca he estado tan enamorada y nunca lo estaré, solo de ti, maldito franchute.

—Soy incapaz de irme.

—Vete. Y no permitas que nadie te hable mal de mí.

—¡Nadie habla mal de ti!

—Si lo hicieran…

—Ya les enseñaría yo lo que es bueno. Maggie…, lo de la casa junto a las vías, las sillas rojas…, yo… yo… no puedo, no quiero hacer nada con nadie más… nunca… y te diría, te diría que nosotros… Ah, Maggie.

Acunó mi rota cabeza en su regazo curalotodo que latía como un corazón. Los ojos me abrasaban y sintieron el suave y fresco tacto de sus dedos, la alegría, el mimo, el roce casi imperceptible, la desconcertante caricia femenina, dulce, perdida, interiormente mordisqueante, pensativa, profunda, terrestre, demente río de abril: el río inquietante de sus insondables pensamientos primaverales. Corazón oscuro, fluyente, enriquecido, limoso. Irlandés como la turba, oscuro como la noche de Kilkenny, mágico como los elfos, de labios rojos, como el amanecer rojirrubí en la costa oriental del mar de Irlanda tal como lo he visto, prometedor como los techos de paja y los verdes herbazales que me arrancan lágrimas de los ojos por ser también un irlandés, perdido y hundido en ella para siempre: su hermano, su marido, su amante, su violador, su propietario, su amigo, su padre, su hijo, su ladrón, su besador, su adorador, su pretendiente, su merodeador, su compañero de cama, su acariciador, su guardafrenos en una casa roja de cunas rojas y los gozosos chapoteos del sábado por la mañana en el tosco y alegre patio.

Volví a casa andando a las tantas de la noche, cinco kilómetros, sin autobuses, todo negro, el suelo, los caminos, los cementerios, las calles, las zanjas de las construcciones, los patios de las fábricas. Los millones de estrellas del invierno colgaban de lo alto

como abalorios helados, soles congelados, apretados y aliados en un fecundo y unificado universo de luces esplendorosas que latían y latían como corazones gigantes en la incomprensible cúpula negra y vacía.

A la cual pese a todo ofrecí todas mis canciones, dichos y suspiros de la larga caminata, como si pudiera oírme, conocerme y cuidarme.

# 16

Recorriendo el último kilómetro mientras Lowell roncaba me imaginé que era un viajero de lejanas tierras que buscaba un sitio para dormir. «Bueno, pronto tendré que entrar en una de esas casas y acostarme, porque no puedo seguir andando», y pisaba fuerte sobre la crujiente nieve y la arena de las aceras, pasaba por delante de la ropa tendida de los patios blanqueados por el claro de luna, por delante de las paradas de taxis que encendían una luz roja por la noche, por delante de los puestos de hamburguesas con sombras inescrutables que masticaban entre el humo y el calor de dentro, oscurecidos por el vaho que empañaba el cristal garabateado. Por sexta vez aquel día me acerqué al puente que se alzaba treinta metros por encima del río y vi abajo los delgados y plateados hilos de agua del helado Tiempo que gorgoteaban entre las piedras, el reflejo de los paraísos estelares en hondos charcos negros, el grito de aves extrañas que devoraban neblina. Los árboles de Riverside tableteaban mientras yo, en silencio y tapándome la nariz, entraba dando traspiés en mi casa. «Sospecho que tendré que contentarme con esta casa…, no, con la siguiente. Bueno, me conformaré con la quinta. Ya está. Entraré y me iré a dormir porque el mundo entero me ha invitado a dormir en su casa, así que no importa en cuál entre…»

Y así me dirigí hacia el 736 de Moody Street, subí los peldaños y crucé la puerta que mi familia dejaba sin cerrar, oí los fuertes ronquidos de mi padre y entré en mi habitación espectral, la de la cama grande y *Jack jump over the candlestick* en la pared, y me dije: «Bueno, no está mal este sitio, creo que dormiré en esa cama,

la gente de aquí parece amable», y con extraño asombro autoinducido, extravagante pero muy cómodo, me desvestí, me metí entre las sábanas y estuve mirando la oscuridad a oscuras; y allí me quedé dormido en el regazo de la vida.

Y por la mañana mis ojos no se despegaban, durante el desayuno decidí hacer novillos otra vez, ir a casa de Vinny para dar una cabezada. Todo el mundo invernal estaba cubierto de oro y de un blanco resplandeciente.

# 17

La casa de Vinny era el hogar de los novilleros suicidas. Celebrábamos fiestas salvajes, todo el día gritando. «Vamos, G. J., hagamos novillos juntos», decía yo en la esquina de Riverside, y venía y también Piojoso.

—¡Zagg, no lo digas tan alto!

A veces también se apuntaba Scotty y en una ocasión el Mofeta, y al final, con Vinny, nos olvidábamos de las afueras y nos íbamos a su casa, donde comíamos y gritábamos con la radio puesta cuando estallaban peleas ocasionales, y corríamos las cortinas, y limpiar después era una faena que tenía que hacer la madre, que trabajaba en una fábrica, y nosotros en vez de eso hablábamos de chicas, escuchábamos a Harry James y escribíamos cartas disparatadas a todo el mundo. Empezamos a frecuentar los billares del Club de Paisan, una barraca construida en el vertedero de Aiken Street, detrás de las viviendas de Pequeño Canadá. Había allí un nonagenario patizambo que estaba junto a un brasero panzudo con un viejo pañuelo indio canadiense en la nariz y nos observaba (con ojos enrojecidos) mientras tirábamos monedas en la agrietada mesa de billar para ver quién las colaba por la ranura. El viento aullaba y las bisagras gemían; allí pasamos unas nevascas impresionantes; la nieve arrastrada por el viento azotaba las ventanas en una trayectoria horizontal que venía de Canadá, de la bahía de Baffin, y nosotros solos en el Club. A nadie más se le ocurría ir a un cuchitril tan cochambroso; era un local al que los borrachines de Cheever y de las orillas del río acudían seguramente al anochecer con pipas apestosas, vejestorios humildes que escupían en el suelo, *Le Club*

*de Paisan*, el club de los campesinos anticuados. Vinny chillaba y bailaba sobre las viejas y sueltas tablas del suelo por entre las que se colaba el frío de la ventisca contenido por el brasero que el viejo alimentaba, alimentaba y pateaba, porque sabía hacer un buen fuego, tan bien como sentarse a comer.

—¡Hola, papi! —le decían. Scott y yo, respetuosamente, lo llamábamos «Père» y siempre sabía qué tiempo iba a hacer. Durante los años de nuestra torpe infancia perdida lo habíamos visto sentado perezosamente por la tarde en los portales de las viviendas de madera de Moody y Lilley durante la celebración del Día de los Felahín Franceses de Lowell; los niños gritaban haciendo falsetes y sus viejas orejas habían oído generaciones enteras que iban y venían graznando. Cada vez que jugábamos una partida le lanzábamos una moneda.

—Es mi turno, Scott.

—De eso nada, mi moneda estaba doblada.

—Atízale, niño, atízale.

Derriban una silla y un cubo, el viejo ni siquiera pestañea. Nuestro honor es pura imbecilidad en la tormenta gris de las barracas y vertederos de fuera, nuestras historias desplomadas en medio con increíble peso por las soñolientas horas de vida que los párpados de nuestras madres han soportado minuto a minuto desde que protagonizamos en sus delantales los primeros acontecimientos heroicos de la infancia. El honor del bello Vinny está en sus ojos, en su salud, en sus gritos.

—Si no dejáis de sacudir la mesa, le diré a Ratón que en menos de media hora esté aquí con mis guantes de boxeo y mis chanclos, llenos de tuercas y tornillos, y me pondré a dar botes en el suelo con todo mi peso, y que me ahorquen si no os parto la crisma y os dejo tirados en el suelo más muertos que el culo de una vaca muerta.

Y vimos que iba a hacerlo en serio si no dejábamos de sacudir la mesa. Scotty no necesitaba decir nada, vimos destellos de crimen en sus sombríos y tempestuosos ojos. Piojoso se ponía como una terrible chispa eléctrica si ocurría algo de repente, no lo veíamos, el aire ni se movía (ligera transubstanciación del ímpetu con lítotes) y

yo era un buey satisfecho y soñador, en decúbito supino en el banco o perdido en pensamientos que apuntaban a la mesa, sin descuidar mi Coca-Cola. La ira griega de G. J. yacía enterrada en su buena educación, en su sentido del humor y en su bondad; en otros Mediterráneos habría rajado al siciliano de arriba abajo y en sus ojos solo se veía bilis amarilla.

# 18

Mientras tanto, mi padre recorría las calles flanqueadas de ladrillo rojo de las zonas comerciales de Lowell, en medio de la nevasca, en busca de trabajo. Entró en la oscura y húmeda imprenta de Rolfe.

—Hola, Jim, ¿qué tal van las cosas? Quiero que sepas que si tienes un hueco aquí para un buen linotipista, con años de experiencia…

—¡Emil! ¡Dios bendito, Emil!

—Hola, Jim.

—¿Dónde diantres has estado? Oye, Charley, mira, es Emil. Loco Emil… Por lo que he oído has estado en Andover.

—Bueno, sí, trabajando de firme, pero ahora estoy dando una vuelta, a ver si encuentro algo que hacer. Todavía tengo una esposa, ya sabes, y dos críos, Jacky está en el instituto y este invierno corre con el equipo de atletismo. Oye, veo que el viejo Cogan ya no está.

—No, murió el pasado abril.

—No me digas… Bueno, qué se le va a hacer. Tenía más de setenta años, ¿verdad? —los dos en turbia y satisfecha concordancia—. Vi muchas veces al pobre Cogan empujando aquel carrito por aquí y por allá, se habría dicho que un hombre podía pasarse toda la vida trabajando…

—Es verdad, Emil —rápida reflexión—. La verdad, Emil —(ahora que el empleo está asegurado porque Rolfe no conoce en Nueva Inglaterra a nadie a quien prefiriese por delante de Emil Duluoz, y menos con la temporada encima)—, el sábado pasado por la noche

hice un trabajo para el *Tele*, me llamaron a las seis, su hombre de siempre estaba enfermo y en cama, así que dije: «De acuerdo» y fui a verlos y joder, fundí plomo y salieron galeras para llenar un camión de diez toneladas, y cuando terminé eran ya las seis de la mañana y tenía la nuca y los pies entumecidos de estar sentado toda la noche.

—Ya lo sé, Jim. La semana pasada vino a verme el viejo caraculo y quería que fuera con él a un espectáculo, y luego a jugar una partida en la habitación que tiene Bill Wilson en el hotel de allí, el único que hay en Lawrence, y me llevó en su coche desde Andover. Buenooo, vimos un montón de chicas guapas bailando, ya sabes, bulapabú, el Gem Club de Hollis Street, tomamos unas cervezas y le dije a Bill: «Tengo que terminar una copia, si no te importa, y Bill me mira como si fuera a estar ocupado hasta medianoche…»

A todo esto, hay un chico que espera con papeles en la mano a que los dos viejales, el jefe y el gordo, dejen de darle al pico, pero no parece que…

Emil, media hora después, sale a la nieve con un puro en la boca, tose ruidosamente y echa a andar como Babe Ruth o W. C. Fields, con la misma mueca y los mismos pasos breves, pero también con una sonrisa astuta, mirando de soslayo a todo el mundo y penetrando en todas las calles de Lowell con los ojos.

—Ah, por todos los santos, por allí va el viejo Charley McConnell, el que tenía aquel maldito Ford T desde que yo compré el mío en 1929 y que estuvo de pícnic en Lakeview y que ya entonces tenía esa desdichada expresión de derrota en la cara, a pesar de lo cual todo le va bien, por lo que he oído. El empleo que tiene en el Ayuntamiento le rinde mucho, desde luego no ha acabado con él y ha comprado una casa en la parte alta. *Yo* nunca he tenido nada contra McConnell. —Bromeando consigo mismo, tosiendo—. Bueno, supongo que así es como marcha la rueda de la fortuna, todos, uno por uno, irán a los hoyos del cementerio de Edson y ya no habrá más viajes a Boston como entonces… Los años, los años que he visto… comer… las caras… de personas respetables y no tan respetables… en esta ciudad… no pueden… decirme… No sé

quiénes heredarán el reino de los cielos, el infierno, las riquezas, el oro y todas las inmensas e incontables cajas registradoras y ricachones porcachones de todas las tumbas de aquí a la diócesis romana,[3] ida y vuelta, y por el copón de la baraja que lo he visto y oído todo. Cuando me quiten de en medio será mejor que no gasten demasiado dinero, no lo valoraré desde mi cama de tierra. Harán bien en aprenderlo ya. ¡Ja, ja, ja, ja! Vaya ciudad, cuando te pones a pensarlo… *Lowell*. —Lanzó un suspiro—. En fin, es donde mi mujercita colgó las cortinas, supongo. El tontaina estaba en la cocina, sentado junto a la radio, se llamaba Emil. Imagino que la vieja se lo tuvo merecido, heredar un animal, y al mismo tiempo colijo que no lo hizo del todo mal con las briznas de… de hierba… que sembré en su merienda campestre. Mi esposa Cabreo… Pues muy bien. *Señor*, dime si algo va mal y no quieres que siga por ese camino. Yo lo intento, por favor. Si no te complazco, y el mundo y Ti Jean tampoco, entonces tampoco podré complacer al león, al ángel y al cordero al mismo tiempo. Gracias, Dios mío, y llévate de aquí a los Demócratas antes de que el país se vaya al infierno.

Por entonces hablaba ya en voz alta consigo mismo y andaba por la nieve con la cabeza gacha, los dientes apretados para soportar el aguanieve, el ala del sombrero caída, el abrigo blanco ya, en las horas maravillosas y misteriosas de un día corriente de una vida corriente, fría y melancólica.

Tras salir corriendo del Club de Paisan a la una de la tarde, acabada ya la jornada escolar, con G. J. y la pandilla dando zancadas, tropecé con mi padre al doblar la esquina por donde Moody Street cruza el río, en medio del vendaval aullante y blanquecino que azota todos los puentes de la ciudad, y tras cruzar las tablas nevadas nos dirigimos a casa flechados, la pandilla delante, mi padre y yo detrás, cotorreando y farfullando.

—A las cuatro tengo que ir a las prácticas de atletismo…

—El sábado por la noche estaré allí para la ceremonia de apertura. Oye, ¿y si vamos juntos?

—De fábula. Iremos en autobús con Louis Morin y Emil Ladeau.

—Ah, Ti Jean, me alegro de que te vaya bien en el equipo de atletismo, mi viejo corazón se siente orgulloso, te lo juro por Dios. Esta tarde me han dado trabajo en la imprenta de Rolfe, creo que estaré allí un tiempo con el Viejo Cara de Vinagre. Seguro que me llevo algunos disgustos, pero nadie se fija en mí. Hablaré mal del gobierno, de lo que América ha cambiado desde que era niño. No me hagas mucho caso, chico, pero quizá cuando crezcas, entenderás lo que siento.

—Sí, papá.

—Pienses lo que pienses, ja, ja, ja.

—¡Oye, papá!

—Dime, chico —volviéndose hacia mí con viveza, riendo y con los ojos brillantes.

—¿Te enteraste de quién derrotó al final a aquel potro de Whitney allá en Florida?

—Sí, lo sé, había apostado dólar y medio a las tres modalidades del club, el muy mierda, sí, cómo, Ti J… Jack —tartamudeando para recordar mi nombre—, sí, chico —con seriedad, distante, apretándome el brazo con inquietud, dándose cuenta de que solo soy un niño—. Sí, pequeño, sí, hijo, mi chico —y en sus ojos una neblina misteriosa, condensada en lágrimas que brotaban de la tierra secreta de su ser, desde siempre oscura, desconocida, nacida de sí misma, como tampoco hay razones para un río.

—Ya llegará, Jack —y en su semblante se vio que solo se refería a la muerte—. ¿Y qué será de nosotros? Quizá haga falta conocer a mucha gente en el cielo para tener éxito en la vida. Ya llegará. No hace falta conocer a nadie para saber lo que yo sé, para esperar lo que espero, para sentirte vivo y morir en tu pecho cada minuto de vida diaria que pasa. Cuando eres joven quieres llorar, cuando eres viejo quieres morir. Pero esto es demasiado profundo para que lo entiendas ahora, *Ti mon Pousse* («Mi Pequeño Pulgar»).

# 19

La noche del miércoles llegó muy despacio.

—Siéntate aquí, a mi lado.

Es Maggie, solemne, con las piernas cruzadas, las manos juntas en el regazo, en el sofá del salón, con luces intensas en el techo y su primo preparado para enseñarnos sus trucos de magia. Es una cosa infantil sacada de un libro práctico. Yo me aburro (como cuando veo la televisión), pero Maggie está muy seria, no se cree nada y observa todos los movimientos que hace Tommy, porque según ella: «Es un demonio, tienes que vigilarlo, hará los trucos más increíbles y se burlará de ti, es muy hábil.» Tommy, el guapo primo del que todas las Cassidy están enamoradas y al que admiran, el que despierta gritos y risas en salones y cocinas mientras realiza toda clase de proezas, un buen chico de ojos brillantes y medio tapados por el pelo que le cae por la frente, lleno de alegría. Ya han enviado a la cama a los pequeños, pero miran lo que ocurre desde lo alto de las escaleras, donde la lámpara nocturna ilumina de rosa apagado el papel decorador. Así pues, observo de reojo a Maggie, que observa a Tommy. Esta noche está más guapa que nunca. Lleva en el pelo una pequeña rosa blanca u otra flor del mismo color, en el lado izquierdo, y el pelo le cuelga por ambos lados de la cara, casi rozándole los rabillos de los ojos, frunce los labios (mastica chicle) mientras mira y duda. Lleva un cuello de encaje, muy limpio, por la tarde fue a la iglesia y a la casa de la señora O'Garra, que vive en Chelmsford Road, a recoger el preparado para el pastel de la fiesta. Lleva un crucifijo en la pechera del vestido; puntilla en el extremo de las mangas cortas; pequeñas pulseras en

ambas muñecas; tiene las manos cruzadas y espío sus dulces y blancos dedos con ansias inmortales de asirlos con los míos aunque tendré que esperar; dedos que conozco bien, ligeramente fríos, conmovedores, que tiemblan un poco cuando ella ríe pero que por lo general están doblados sobre la palma; sus piernas cruzadas me enseñan las dulces rodillas sin medias, la bien formada pantorrilla, los blancos tobillos, el borde del vestido que se ha arreglado señorialmente y que le cuelga de un modo enternecedor. El pelo le cae por la espalda, negro, espeso, suave, con rizos. Su blanca carne y sus increíbles y tristes ojos perezosos, más hermosos que los de todas las rubias de ojos radiantes de la MGM, Escandinavia y el mundo occidental. La leche de su frente, el óvalo de la cara, su cuello sedoso, sólido, orgulloso, erecto, todo lo absorbo esta noche por enésima vez.

—Venga, *Tommy*… deja de tomarnos el pelo y enséñanos el truco —exclama Maggie, removiéndose con exasperación.

—¡Eso! —gritan Bessy Jones, la pequeña Janie y mamá Cassidy, que está sentada con nosotros leyendo por encima el periódico, y Roy, el hermano de Maggie, que es guardafrenos como su padre, y está de pie en la puerta con una floja sonrisa en los labios, comiendo un bocadillo con las manos mugrientas a causa del trabajo, los dientes blancos como perlas, en sus ojos negros el ligero escepticismo irlandés ante los juegos y trucos, y sin embargo el mismo interés ávido que los demás.

Así que también él gritó:

—Vamos, Tom, repite el del pañuelo rojo, so fulero. Este es una payasada, ya he visto cómo lo haces.

Sonrío para dar a entender que me interesa todo, pero en el salón de la eternidad empapelado de pardo mi corazón solo suspira por ella, por la dulcísima vida que está solo a un paso de mí.

—Eh —volviendo hacia mí el escrutinio asfixiante y devorador de aquellos negros, alegres y tristes ojos que destacaban en el camafeo de su increíble piel nívea—, esta vez no mirabas, tenías los ojos clavados en el suelo.

—¿Clavados en el suelo? —rió el mago de opereta—. Tanto trabajo para nada. ¡Mira a Roy!

—Claro.

—¡Míralo! —chilló Maggie.

—¡Maggie! —la madre—, ¡no grites así! Los vecinos van a pensar que estamos ahogando gatos en esta casa, pero ¡si es Luke McGarrity fumando una pipa de arcilla al revés en el periódico!, si no lo veo no lo creo —y su corpulento cuerpo de matrona se estremeció a causa del ataque de risa que le dio. En la oscuridad incluso admití la posibilidad de que Maggie fuera alguna vez como su madre, alta y gorda.

—¡Vamos, Jaa-aack! ¡Has vuelto a perdértelo! Deja que te enseñe el truco que hice yo el año pasado delante del tío de Bessy, la noche que salió a pasear, tropezó con la lata de la leche que estaba en el porche y cayó encima de la silla recién pintada de la abuela y la rompió. ¡Fíjate! —y levantándose con mucha gracia, se puso a correr por la habitación detrás de su primo, ahora como una niña impaciente y acalorada cuando un minuto antes era el vivo retrato de una señora de camafeo con crucifijo en el cuello.

Más tarde, solos en el porche, antes de entrar, dándonos el lote con frenesí porque Bessy está todavía dentro riendo tontamente con Jimmy McFee:

—¡Vamos, vete a casa! ¡Vete a casa! ¡Vete a casa! —me zarandeó con furia cuando aún la tenía riendo entre mis brazos, le había dicho algo que la había irritado: arranques de indignación, mohínes, enrojecimiento de sus mejillas, un frunce encantador, advertencias, el regreso de su blanca sonrisa…

—Está bien, me iré —pero doy media vuelta, me pongo a tomarle el pelo y la vuelvo a besar, lo exagero todo y ella vuelve a enfadarse, aunque esta vez es un enfado en serio, me sienta mal, nos ponemos de morros y dejamos de mirarnos—. Nos vemos el lunes por la tarde, ¿te parece?

—Bffr —habría querido verme el sábado por la noche, pero había prueba de atletismo y a medianoche me reuní con mi padre en una heladería del centro y hablamos con todos los muchachos

sobre el acontecimiento deportivo y sobre quién había conseguido la puntuación más alta; grandullones de dientes ávidos con periódicos en las cafeterías nocturnas, al estilo de Lowell, una pequeña ciudad famosa por sus cafeterías y heladerías abarrotadas, como lo evidenciaba y pregonaba una columna del periódico local que había escrito James G. Santos, que en cierta ocasión había trabajado con mi padre en los días de la prensa de escasa tirada y que era primo lejano de G. J. Maggie habría tenido que convencerme para bailar con ella aquella noche en el Salón Rex, no porque estuviera agotado después de las carreras ni enganchado con mi padre, sino porque se habría hecho tan tarde para el baile que no habría valido la pena pagar la entrada, y como no quería que Maggie me tomara por un roñica no le dije nada de esto, y en el fondo piensa que quiero escabullirme con Pauline Cole como un as del deporte pueblerino, quizá en un coche de carreras, a la una de la madrugada, para fomentar tragedias del asfalto allá por Lakeview—. Entonces no vengas.

—Mejor sí, estaré a las once y media, en cuanto salga de las duchas —supliqué.

—Bloodworth estará en el Rex.

—¿Charley? —Fue una sorpresa; Charley era un viejo amigo del equipo de fútbol que solo había coincidido con Maggie por casualidad, cuando me lo encontré casualmente una noche en el baile. No creía que estuviera interesado por Maggie, ya que ella coqueteaba siempre. De hecho, me habló de ella muy en serio. La llamaba «M. C.», por sus iniciales.

—M. C. se pondría furiosa si se enterase de que no te presentaste a las prácticas de atletismo el otro día, Bill, muchacho —a mí me llamaba Bill, por Bill Demon—, los demonios y las demonias tenemos que estar unidos —creo que lo había sacado de las tiras cómicas de Popeye que se publicaban todas las noches en el *Sun*, el periódico de Lowell—, por eso los demonios tenemos que tener cuidado con las demonias, M. C. Número Dos —se interesaba tanto por mis aventuras que llamaba a Moe Cole M. C. Número Dos, porque las iniciales coincidían; y todas estas salvajes complejidades

de las alegres mañanas de la vida estudiantil hacían que la cabeza nos estallara.

—Está bien, Charley, tú te haces cargo de M. C. Número Dos y ya te veré en el cielo. —Bromeábamos sobre eso. Una vez me llevó a su casa y me enseñó un álbum de recortes lleno de fotos de beisbolistas famosos de los años 20 y 30, estrellas más viejas que la tos cuyos huesos enterraron hace siglos en polvorientos archivos, el sol rojo poniéndose en la Novena Entrada y ningún tío disponible. Hablando en serio, con el deprimente des-conocimiento infantojuvenil de la increíble ruina que los años y la muerte han causado en la carne y las quijadas de los hombres, sin excluir a las estrellas del béisbol, en su álbum de recortes de 1939 seguía aferrado a las viejas caras de los defensas izquierdos de Cincinatti de los tiempos de la Depresión y que acababan de salir de las ligas menores (JOHNNY DEERING ni siquiera era todavía de los que calientan el banquillo), nombres de viejos jugadores, Dusty Cooke, Whitey Moore, Kiki Cuyler, Johnny Cooney, Heinie Manush, perdido para siempre el sereno número del centro derecha con tensa y bronceada expresión, tiesos sobre sus sólidas piernas en espera del golpe del bate mientras un agudo y cremoso pitido rasga la atmósfera silenciosa del estadio, el insondable plop de la pelota en el guante del cátcher y a continuación el *árbiiiiitro* del árbitro. Y el tipo que ha estado chu-chuleando toda la tarde en el área de la tercera base dice otra vez: «¡Chu-chu!» con una extraña y desesperada vocecita y las manos alrededor de la boca, y se lo dice al bateador que está con el bate echado hacia atrás, todo tenso, y en lo alto zumba un avión que vi y oí tristemente pegado con engrudo en el álbum de los álbumes, en la alfombra del suelo de su casa, que estaba en la parte alta. Luego nos fuimos corriendo a casa de Timmy Clancy, a oír discos de Benny Goodman y Artie Shaw. Clancy sería en primavera el cátcher del equipo del Instituto de Lowell y con el tiempo presidente de los Estados Unidos de América por su forma de politiquear en el instituto, en la ciudad, cierta vez había sido Alcalde Júnior por un día, con una foto suya muy grande oficiando detrás de una mesa, el año anterior había

visto su nombre con admiración en la tabla de clasificaciones del equipo del Instituto de Lowell, y de todo eso se hablaba a gritos durante las tardes de oír discos y en América bullía la nueva savia de la insoslayable temporada de primavera del instituto. Bloodworth me caía bien y en primavera íbamos a jugar juntos de defensas en el equipo de Lowell, Bloodworth, un tipo cuyo nombre (Bloodworth = *Digno-de-sangre*) me había confundido durante años cuando lo veía en la tabla de clasificaciones del Instituto de Lowell y la Twi League; lo admiraba e iba a enseñarme a golpear la bola con efecto curvo cuando despuntaran los primeros brotes de hierba entre las crestas pardas de la parte alta de la ciudad (con las líneas del campo de fútbol todavía visibles a la izquierda). Me gustaba su forma de decir: «Pues ese tío puede hacerles correr un kilómetro, ¡diecisiete triples el año pasado, Bill! Y espera a ver cómo despeja Taffy Truman este año, ha sido grande, pero ¡este año es su año!» Todo era posible, Taffy Truman era un lanzador zurdo con estilo que tenía un hueco en los incisivos y una anatomía armoniosa y elegante, como debía ser un lanzador, Lefty Grove con traje holgado, y era bueno, los de Boston de la Liga Nacional iban tras él. El interés de Bloodworth por Maggie no me quitaba el sueño, no era serio porque yo no había advertido nada y confiaba en que ella me amara solo a mí. Así que iría a verse con él el sábado mientras yo corría en la pista.

—Llevaré a casa a M. C. Número Uno y cuidaré de ella —Charley me había guiñado el ojo. Tenía la nariz ligeramente aquilina y una barbilla curiosamente puntiaguda, y los incisivos también separados, y una relajación seductora que lo hacía parecer un centrocampista sensacional, Bloodworth cc, el primer bateador: rápido, daba unos trallazos de miedo que conquistaban la primera base trazando un arco con un bate hecho con madera de fresno más blanca que la de los demás. Su pelo también tenía ese color—. ¿Estamos de acuerdo, Bill? Llevaré a su casa a M. C. Número Uno y me encargaré de que no la siga en coche ningún tipo para ligársela —y aquí cabeceaba y sorbía por la nariz como si estuviera bromeando o tomándome el pelo, o hablando como siempre hablaba, pero fingiendo seriedad, tanto que me lo creía, confiaba y

lo miraba como un cordero: el odio es más antiguo que el amor. Yo no me oponía a comportarme como un cordero porque mi madre me había contado muchas historias sobre el hermano que se me murió a los nueve años y que era muy inocente, Gerard, sacaba los ratones de las trampas y los curaba en pequeños hospitales de cartón que también eran catedrales de santa reverencia hacia las que volvía la cara con el suave pelo de la melancolía cayéndole sobre los melancólicos ojos, esperando lo imposible; todo el mundo lloró cuando falleció. ¡Oh, Rusia! ¡También hay santos en América!

—Vete a casa ya —dice Maggie—. Y no te preocupes si no nos vemos hasta el domingo.

—El domingo vendré temprano…

—Ah… —sacudiendo la mano con amargura y de súbito, inefablemente tierna y triste—: Ah, Jack, a veces me siento muy cansada…

—¿De?

—No importa. —Desviando la mirada con una ligera expresión de dolor en la comisura de la floja y apagada sonrisa de su rotunda feminidad…, demasiado que acarrear…, la carga de las agotadoras afirmaciones con la cabeza, de la comprensión de todo lo que sucedía: una mujer mira un río con una expresión que no hay que nombrar. Sus oscilantes y misteriosos estados de ánimo, filosóficos, fecundos, vagamente animales, como torturar cráneos y pechos de gatos, como ahogar subnormales, que es lo que hemos acabado por esperar ya de nuestra primavera, la mano floja dudando en la cadera equilibrada con la inclinación de la cabeza y los párpados algo caídos con escepticismo, y no solo eso, sino también una floja y fea sonrisa de burla de carne idiota femeninamente autosatisfecha, un regate que parodia la crueldad, yo habría querido rajarle la boca, matarla, para que de su interior brotara ternura profunda, dolorosa, oscura, que formara frunces lechosos en su frente, elevara lunas gracias a dedos que conjuran del fondo de ese manantial que es la matriz, la naturaleza, el suelo negro, el tiempo, la muerte, el nacimiento—. Vete a casa, Jack, déjame dormir. Esta noche tengo sueño.

—No, Maggie. No quiero dejarte cuando te sientes así.

—Sí quieres. No me siento de ningún modo especial.

—Sí te sientes.

—¿De un modo especial? Solo porque estoy harta… de esto… de aquello… de lo que espero… de lo que tú esperas… Yo solo quiero irme a casa.

—Ya estás en casa. Esta es tu puerta.

—Claro —mirándola con un fecundo frunce y un uf—. Mi casa. De acuerdo. Dormir.

—¿No estás en casa?

—Soñé con ella en otra época, ¿qué más da si es mi casa y no me emociono demasiado por ello?

—Yo no estaba…

—Tú nunca nada. Ay, Jack —pena en su grito—, vete a tu casa, quédate, haz cualquier cosa. Yo no soporto estar por ahí día tras día sin saber qué hacer conmigo, ni si debería casarme o no, o solo bla bla nada. Oh, porlamordediós, ¿no te has ido todavía? —Y cuando la atraigo para besarla—: ¡Déjame en paz!

Apartándome la mano.

Doy media vuelta y me introduzco en la noche.

Cuatro casas más allá, con el cuello ardiendo y estrangulado, en la soledad estelar del invierno inmóvil, oigo que dice claramente «Ja, ja» y oigo que entra en la casa, el chasquido de la puerta, el «ja, ja» no reído, sino hablado normalmente, significa no solo que no ha terminado conmigo, sino que además le ha servido para desembarazarse de mí esta noche.

No puedo afrontar mis propias conclusiones.

Sigo andando pasmado, con odio, aturdido, dándome cuenta de que no es nada; paso por delante del cementerio tan desconcertado por las fascinantes torturas de si Maggie esto o lo otro que no advierto los fantasmas ni las lápidas, ahora solo es el telón de fondo de mi angustioso encorvamiento sobre mis propios nudillos.

Recorro otra vez los cinco kilómetros que hay hasta mi casa, a medianoche en pleno invierno, esta vez no voy aprisa ni contento,

sino desanimado, sin ningún sitio donde ir y sin nada detrás. Lo único que hace la noche es aumentar la distancia al final de una calle.

Sin embargo, por la mañana despierto reconciliado pensando no solo que ella me pedirá alguna disculpa, sino que debo reírme y olvidarme del asunto y hacer que ella también lo olvide y vuelva a ascender.

Mi madre ve los obstáculos de mis pensamientos y me aconseja:

—Deja de devanarte los sesos con esas tonterías, concéntrate en el atletismo y en los estudios, olvídate de Gus Poulo y la pandilla, que solo piensan en hacer el vago, tú tienes que hacer muchas cosas, ya los verás después y no te preocupes por esa Maggie Cassidy, ya la verás en primavera o en verano, no te precipites ni con las cosas ni con la gente. Déjate guiar por tu madre, ¿quieres? —Y me guiña el ojo, me acaricia la cabeza y me tranquiliza—. Yo me lo tomo todo con calma. —Detenida en el centro de la cocina, mi madre, con una especie de cinta en el negrísimo pelo, las mejillas encendidas a ambos lados de sus grandes ojos azules, las manos juntas y apoyadas durante un segundo en el respaldo de la silla, mirándome seriamente, con decoro, con grave comprensión de las cosas importantes entre los labios y un centelleo en los ojos—. Tu madre siempre te enseñará cómo se hacen las cosas y todo estará como es debido. ¿Sabes qué te he comprado para el sábado por la noche?

—¿Qué? *Quoi*?

—Unos zapatos nuevos, cuando vayas al vestuario para ponerte las zapatillas de deporte, nadie dirá que calzas zapatos de pordiosero, *tes vieilles son pu bonne*, los viejos están hechos un asco —me anunció colando un tono autoritario totalmente distinto, de convicción entre codiciosa y desdeñosa, así me habló acerca de un par de zapatos, como si fuera una trabajadora del ramo—, así que te compré unos nuevos en Thom McAns, no me costaron mucho.

—Vamos, mamá, *tu depense tout ton argent*! —«Te has gastado todo tu dinero.»

—*Voyons, ta besoin d’une paire de bottine, ton père itou, fouaire n’achetez avant l’moi est fini lui itou, weyondonc* —«Mira, necesitas unos zapatos, tu padre también, tendré que comprar los suyos antes de que acabe el mes, ¡mírame!», irritada porque no se comprendiera una cosa tan sencilla, se fue al salón a enderezar el paño del brazo del sofá mientras hablábamos durante mi desayuno.

«Mamá, te quiero», digo para mí y no sé cómo decírselo a ella en voz alta, aunque de todos modos sabe que la quiero.

—Así que *mange*, come, olvídalo, unos zapatos no son un juego de té de porcelana, ¿verdad? —Afirma con la cabeza, me guiña el ojo. Allí estoy firmemente instalado en la eternidad.

Por la noche me arrodillo en mi dormitorio para rezar, pero la cabeza se me cae sobre la manta y hago el ganso con los ojos apretados. Quiero rezar en la noche invernal, sin moverme.

—Que se ablanden y se derritan mi cráneo y mi nariz. Conviérteme en una pieza que sabe…

# 20

Y aquel sábado por la tarde fui al pabellón de deportes, con mi padre. Fuimos en autobús parloteando, bla, bla, bla.

—Como ya te dije, esto y lo de más allá…

—Oye, papá, *t'en rapelle tu quand qu'on faisa les lions*? —«¿Recuerdas cuando hicimos los leones?»— Yo tenía cuatro años, fue en Bridge Street, y me sentaste en tus rodillas e imitaste ruidos de animales. ¿Te acuerdas? ¿Y de Ti Nin?

—*Pauvre* Ti Nin —dijo mi padre; yo le hablaba y él se ponía a asociar cosas—, una pena los problemas que tuvo aquella pobre muchacha…

—… y escuchábamos juntos, tú hacías el león.

—Era divertido, me lo pasaba muy bien con mis pequeños —decía meditando sombríamente sobre la juventud perdida, lugares equivocados, problemas raros, rumores extraños y la dura y desagradable infelicidad de personas soñolientas en salones, recordándose a sí mismo con orgullo y lástima. El autobús llegó al centro urbano.

Le expliqué lo del atletismo y entendió mejor lo de las carreras nocturnas; entendió que mi mejor tiempo era 3,7 y aquella noche había un negro en el equipo de Worcester North que se suponía que en las carreras cortas era visto y no visto; yo tenía miedo de que aquella noche me venciera un negro en mi ciudad, como los boxeadores jóvenes que se ponían en la esquina cuando instalaban sillas y montaban el cuadrilátero en la pista de los malos bailarines del Crescent o el Salón Rex.

—Tú —dijo mi padre— ve todo lo aprisa que puedas y derrota a ese cabrón. Al parecer corren como esos putos antílopes africanos que tienen el cuerpo lleno de rayas.

—Oye, papá: Pauline Cole estará allí.

—Vaya, ¿es tu otra novia? La pequeña Pauline, ¿eh? Me gusta esa muchacha. Lástima que no te lleves bien con ella, seguro que es tan estupenda como tu pequeña Maggie Papupi, la que vive al otro lado del río.

—Son distintas.

—Bueno, estás empezando a tener problemas con las mujeres.

—¿Y qué quieres que haga?

Mano en alto.

—A mí no me preguntes. Pregúntale a tu madre, pregúntale al cura, pregunta a los que preguntan, yo no sé nada ni finjo saber. Procuro ir por el mundo como mejor puedo. Conmigo tendrás que sudar. Ya verás que las cosas son peor de lo que parecen. *Comprends*? —en voz alta, en francés, como un individuo protector que llama al idiota desde la esquina, para que se me quedaran grabados en la sesera significados que no podrían entenderse nunca en inglés.

Seguimos por el centro urbano con las cabezas juntas y adelantadas por el movimiento del autobús. Llevaba un sombrero de fieltro, yo una gorra de cazador con orejeras; la noche era fría.

La multitud llenaba la sombría calleja que quedaba delante del iluminado Annex, era como una iglesia que, terminado el oficio, abriera las puertas y todos fueran camino del acontecimiento deportivo, había una vieja iglesia una calle más allá, árboles grandes, edificios fabriles secundarios, de ladrillo rojo, la parte trasera de un banco, el resplandor rojo de la céntrica Kearney Square que se reflejaba vagamente en los tejados de alquitrán, y el de los anuncios de neón del otro lado. Por allí estaba el entrenador de un equipo de fútbol de las afueras, hablando en la puerta con el propietario de una tienda de artículos deportivos, o un cliente habitual de una heladería que recordaba todos los hitos de atletismo desde 1915 (por ejemplo en Alemania); mi padre y yo nos abríamos

paso tímidamente entre el gentío; mi padre miraba a todas partes, sonriendo, por si veía a alguien conocido, pero no veía a nadie. El misterioso interior, gente arremolinada delante de la gran puerta que daba al Annex y a las pistas, más allá se veían las tablas de los recodos protegidos, como gigantescos y polvorientos accesorios circenses. Los porteros. Niños sin nombre dando saltos.

—Ahora que hay tiempo, buscaré un asiento en la tribuna —dijo papá—. Te haré una seña con la mano cuando pases.

—Nos vemos… —Pero mi padre no entiende «hasta luego», sino literalmente que nos veríamos y se aleja como un pato entre la multitud que ha entrado ya, rodea las gradas, entra en la pista y toma asiento en un banco; otros se han quedado en mitad de la pista, cotorreando con el abrigo puesto. Muchachos que ya corretean en pantalón corto, cuando tengan más de catorce o quince años calentarán con pantalones de esquí y sudadera con capucha y el emblema del centro; los jóvenes más veteranos están dentro, cambiándose con toda tranquilidad. El grandioso y misterioso volador negro está escondido en las duchas de los rivales, presiento su presencia acechante como si fuera un león feroz, su hosca y parda cola se ve como un látigo al nivel del suelo, y los gruñidos, los colmillos, no hay cordialidad entre la J y la O de su Juramento, los retumbantes rugidos de otros leones se oyen incluso más bajos. Mi imaginación se ha alimentado de circos y revistas sucias; miraba a todas partes como un memo mientras iba a calzarme las zapatillas de correr.

Ya había otros en los vestuarios, Johnny Lisle, Dibbick, que era el capitán del equipo y corría de un modo curioso, huele a linimento, a toallas.

—Hola, Jack, ¿qué dices, chico? —Johnny Lisle, por la comisura de la boca—. ¿Crees que ganaremos esta noche las 300?

—Yo espero no tener que correrlas. —Era como un tren de cercanías, una lata.

—Esta noche correrán Mellis, Mickey McGuire y Kazarakis.

—Jopé, con esos no hay quien pueda.

—Joe me preguntó si quería correr en posición de apoyo, pero no conozco esa ruta, ya sabes, soy corredor de mil yardas, no quiero agotarme y romperme las pumaldichosas espinillas.

—Sabía que acabaría comiéndomelo yo —dije en voz alta, quejándome, pero Johnny no me oyó, el pánico se apoderó de los dos y nos dimos cuenta de que ya no había más tiempo para hablar, veinte segundos más tarde ya estábamos enfundados en el chándal con capucha y dando saltitos de puntillas con las estrechas zapatillas de suela de goma dura, para que no resbalaran en las tablas de la pista; las de clavos eran para los institutos más modernos, que contaban con pista de corcho. Las nuestras eran muy apretadas y permitían correr mucho porque eran ligeras.

Vi a Pauline en la puerta. Nunca me había parecido tan seductora, sus grandes y húmedos ojos de un azul castigador venían directamente hacia mí como mares natatorios, a su edad conseguía que todos los hombres se giraran el sombrero de fieltro con rapidez furtiva para mirarla dos veces. Lo único que tenía que hacer yo era quedarme allí como un poste y dejar que se fuera. Se apoyó en la pared contoneándose delante de mí, con las manos unidas en la espalda, yo me limité a sonreír y ella me habló de amor.

—Oye, ¿verdad que me buscarás detrás de la línea de cuarenta yardas? te saludaré con la mano. Haz tú lo mismo.

—Está bien.

—No dirás que no he venido a verte porque no te quiero, ¿eh? —acercándose.

—¿Qué?

—No creí que lo entendieras la primera vez. Si tú tururú conmigo, me cobraré en especie. —Apretaba los dientes y alargó la mano para asirme. No apartó los ojos de mí en ningún momento; estaba enamorada de no sé qué, seguramente de mí, seguramente del amor. Me entristecía por dentro que tuviera que renunciar a ella por Maggie. Pero no podía tener a María y a Magdalena al mismo tiempo, así que tenía que decidirme. Y no quería ser rudo y equivocarme, haciendo daño a Pauline; ni rudo ni grosero. Así que la miré con solemnidad, no le dije nada y me preparé para la

carrera. Contaba con su apoyo. «¡Vaya zopenco!», debió de pensar. «Ni viene ni admite nada.» Como Fausto.

# 21

Salieron los de Worcester, corretearon por los bancos con un uniforme azul que chocaba y no presagiaba nada bueno entre nuestros uniformes locales grises y rojos, y de repente allí estaba él, el Negro Volador, largo, delgado, flotando con unas piernas fantasmales en el rincón lejano del Annex, levantando y dejando caer los elegantes pies con contención experimental, como esperando a estar listo para echar a volar como una flecha y no viéramos más que la estela blanca que dejaban sus calcetines, con la cabeza reptiliana adelantada para darse impulso. Su especialidad era los obstáculos. Yo era la sombra de un corredor y encima estaba abatido. Pero pese a todos los grandes hitos que había conseguido en competiciones nocturnas de pista cubierta en Nueva Inglaterra, iba a vérselas con Jack, el blanco de dieciséis años, manos unidas en la espalda en una foto de periódico, con pantalón blanco y camiseta blanca cuando al poco de cumplir los quince era demasiado pequeño para vestir el uniforme normal de atletismo, orejas salientes, novato, pelo negro en cuadrado cráneo celta, cabeza erguida, cuello tieso como el palo de una escoba, de base ancha sostenida por los músculos de las clavículas que destacaban en la pendiente de los hombros rematados por unos brazos poderosos, y unas piernas firmes como patas de piano que acababan en los blancos calcetines. Ojos firmes, de acero, en una cara sentimental y monalisada, quijada de hierro nuevo. Como Mickey Mantle a los diecinueve años. Velocidades y necesidades de otro estilo.

La primera competición era la carrera de 30 yardas. Vi con satisfacción que el negro no estaba en mi prueba eliminatoria, que gané sin esfuerzo entre un puñado de críos. En la prueba en que intervino él lo vi ganar por unas cuantas yardas, rápido, doblado, ligero de pies, cuando llegó a la meta se la comió y no se limitó a decelerar. Llegó el gran momento de la prueba final. Ni siquiera nos miramos en la línea de salida, él demasiado tímido, yo demasiado bien unificado, como guerreros de distintas naciones. En sus ojos se veía el resplandor de los venenosos ojos de los tigres en una cara sincera de huesos pétreos, así que el deportista exótico es un simple campesino, va a la iglesia como todos nosotros, tiene padres y hermanos, como todos nosotros, y valores. El indio *fellah*[4] francocanadiense y el negro *fellah*, cara a cara en una batalla de lanzas antes de pasar a mayores y disputar territorios que gritan alrededor. Pauline miraba muy de cerca, la vi en la tribuna, con los codos apoyados en las rodillas y un asomo de sonrisa, asimilando todo el espectáculo del encuentro deportivo y todo el mundo allí. En medio de la pista estaban los colegiados con cronómetros y listas de sustitutos, nosotros nos movíamos de acuerdo con el horario previsto en el programa y cuyos resultados publicó el *Sun* de Lowell:

CARRERA DE 30 YARDAS:

*1.a eliminatoria (tiempo 3,8): Duluoz (Lowell), Smith (WC)*

*2.a eliminatoria (tiempo 3,7): Lewis (WC), Kazarakis (Lowell) Final*:

Es lo que estaba por llegar, él había hecho 3,7 en su prueba, yo 3,8 en la mía, la diferencia era de una yarda, no había duda de su tremenda velocidad. Las manos y los brazos le colgaban relajados y tenía los músculos surcados por gruesas venas negras. Iba a tocar la batería frente a mi salvaje saxofón alto.

Nos acercamos a la línea, una repentina ráfaga de aire frío de la calle nos hizo tiritar. Tragamos saliva en las tablas, las golpeamos con taconazos secos, clavamos las zapatillas, nos agachamos como si fuéramos a reptar, pero apoyando en el suelo únicamente el pulgar y el índice. Tensamos la rodilla flexionada, nos balanceamos

y buscamos una posición equilibrada. Los espectadores notaban la locura de los competidores, corredores humanos, como los griegos de Esparta, un silencio socrático cae sobre la multitud cuando el árbitro levanta la pistola en el aire. Me quedé estupefacto cuando vi por el rabillo del ojo que el tipo de color estaba casi horizontal en el suelo, en una postura de salida flexible y fantástica, algo bárbaramente moderno, submarineando y subterraneando como el bop, como símbolo de una nueva generación. Imitaba al gran Ben Johnson, que corrió 60 yardas en 6 segundos exactos, y este chico de los barrios bajos de Worcester estaba loco por imitar al tipo que había batido asombrosamente la marca mundial por dos décimas de segundo, un fabuloso bólido negro de Columbia de fines de los años treinta. Tiempo después vería en las esquinas a jóvenes americanos negros que imitaban a Charley Parker y se llamaban Bird a sí mismos, y era lo mismo, discípulos, un gesto de la primera generación bop tal como creí verlo por primera vez. Seguimos oscilando apoyados en los meditabundos dedos y a punto de entrar en acción, bang, el paso de la idea de correr a la carrera misma, el inicio del movimiento. Mi amigo, cuyo nombre olvidado por mí era un nombre negro inconcebiblemente anónimo y humilde, se llamaba John Henry Lewis, partió antes de que sonara el disparo, fue una salida falsa y nos detuvimos cuando la pistola nos indicó que volviéramos, él el primero. Volvimos a prepararnos para la angustia mental de otra salida. Me agaché, lo vi a mi izquierda, colgando en el aire, listo para despegar de las tablas y remontar el vuelo, y tal como había previsto, tenía la absoluta certeza de que cuando el árbitro disparase él saldría disparado, pero yo ya no estaba allí. Volaba, y por suerte de un modo totalmente legal, en la fracción de segundo exacta en que sonaba el disparo; nadie lo sabía, solo yo y el árbitro, y el árbitro era Joe Garrity, que sabía cuándo era ilegal partir en el instante mismo del disparo y su saber, su piedad y su sentido del deber eran inconmovibles, nunca engañaba. Corría por delante de mi negro, de mi Jim, con los ojos entornados para no ver el horror de su piel negra junto a mi pecho, y llegué a la cinta de la meta por delante cuando ya empezaba a darme cuenta de que podía conseguir el empate, aunque reunió fuerzas demasiado tarde

y supo que había perdido de todos modos y en espíritu. No todos los demás estaban descalificados: John Kazarakis, que acababa de comprender qué gran deportista era, había ido media pulgada detrás de la camiseta de John Lewis, y treinta centímetros detrás de mí y también acercándose. Pero mi bárbaro ímpetu muscular derrotó igualmente a los demonios de la velocidad, y por el solo esfuerzo de la voluntad. Fue como una vez que vi correr a Billy Carr, tan rápido que tropezó, sin saber cómo se sostuvo en el aire, recuperó pie y literalmente se lanzó surcando el aire contra la cinta de la meta, todo músculos y poder blanco, 3,5, derrotando a grandes velocistas universitarios en sus años de secundaria… Billy Carr, que fue a Notre Dame y cuyo encanto en Lowell era algo que yacía escondido en las densas mansiones arbóreas de Andover Street, en las noches invernales de doradas luces hogareñas, chicas encantadoras en verano y terminar las clases paseando bajo el encaje de las ramas iluminadas por tristes farolas junto a arbustos, caminos de garaje privado, verjas de hierro, pañuelos de colores atados bajo boquitas amohinadas…

Mi victoria sobre John Lewis fue recibida con aplausos y por mí mismo con asombro pavoroso, mientras daba botes en el colchón pegado a la pared miraba furtivamente a John y percibía en el blanco de sus ojos que me concedía la carrera. Incluso cabeceó y me dijo algo así como «Poder» o «Joder», y nos echamos a reír mientras volvíamos andando.

Estaban poniendo ya las vallas para la de 35 con obstáculos, había bullicio, charlas y los periodistas mecanografiaron los resultados:

> CARRERA DE 30 YARDAS:
>
> *Final (tiempo 3,7): Duluoz (Lowell), Lewis (WC), Kazarakis (Lowell)*.

Pauline me saludó con la mano; mi padre me hizo un gesto de bravo. Había vencido al fantasma. «Ah», me dije. «Mamá se pondrá contenta; verá que corro y trabajo en firme, que me lo estoy tomando en serio. Se dirá: *“Bon*. Ti Jean sabe hacer las cosas,

también los deberes de clase.” Podré quedarme sentado y sin hacer nada en todo el domingo. Hemos ganado en casa.» Vi a mi padre lleno de alegría. «Mirad su sonrisa de felicidad. Habla con los hombres que tiene al lado. ¡Los enemigos de mi padre! Esta noche están lejos, no cerca de él. Su misterio no me quitará el sueño esta noche, el hecho de que no conozcamos su cara, su lugar, la salvaje magnitud de su indiferencia hacia nosotros. Los enterraremos muy hondo antes de media noche.» Mis pensamientos caen como una lluvia de estrellas. Vi con el ojo en el centro de todo el mundo los oscuros rincones del suelo de mi casa donde se esconden mis gatos, mis mininos, donde yo ponía la lunática cara las tardes lluviosas sin clase, cuando realmente soñaba con la inmortalidad, la salud de mi sangre y mi familia, también el misterio aterrador. Creía en las tablas del pequeño rincón; sabía que la tierra, las calles, los suelos y las sombras de la vida eran sagrados, como la Hostia, Hostia sucia y gris de una realidad interesante (como el puente de Orleans), de una gran humareda de hombres y cosas, en la que encontraría un honor tan grande que mi padre, con sus abrigos viejos y su sombrero humilde, me vería en una vida encumbrada, como cuando se mira a un hombre, y hablaríamos de cosas extrañas: «Ti Nin lo leerá en el periódico, o sea mi hermana: y se lo enseñará a sus amistades. Piojoso lo leerá mañana por la mañana, cuando se levante para ir a misa; y Scotty, G. J. y Vinny…»

«Y Maggie…»

«Derroté al velocísimo *Neigre* de Worcester; y él, él volverá a Worcester, si no para decir que *sabe* que los muchachos de los callejones y calles empedradas de Lowell corren como demonios, que el nombre de Lowell les retumbe en el corazón después de esto, que en el mundo cuyo nombre es Lowell, los muchachos fraternales y locos se acometen aullando en este océano mortal…, hermanos, muchachos, lobos del norte.» Concebí estos pensamientos en francés, de traducción casi imposible.

Veía los tejados de Lowell y Worcester en mi victoria, mis ideas y sensaciones. Me metían un poeta en las tripas. Estaba extasiado, demente en mi inocencia. No conocía las alegrías por el nombre,

sino porque me cruzaban el coagulante pecho de sangre caliente y desaparecían sin decir qué eran, desconocidas, sin comunicarse con los pensamientos de otros pero organizadas del mismo modo y por lo tanto como los pensamientos del negro, concentradas, normales. Tiempo después nos arrojaron radares en los cielos para trastornar los sentidos. ¡Basta de oír hablar de los excesos de Rimbaud! Lloré aquella noche, al recordar las hermosas caras de la vida.

También vencí en la de 35 yardas vallas, partiendo como una flecha antes que Lewis por otra relampagueante fracción de segundo. Peiné los obstáculos movido por una loca ansiedad, dejando atrás tramos de pista con los ojos clavados en la meta. Mi sorpresa fue mayor que la de todo el mundo, incluido John Henry Lewis. Y por primera vez conseguí un tiempo de 4,6. Incluso empecé a preguntarme si no me estaría volviendo un corredor de primera.

# 22

Estaban cubriendo la pista con esteras para el salto de longitud y poniendo los postes para el salto de altura, mientras los lanzadores de peso calculaban el área de los saltos para ponerse a calentar cuanto antes. Ernie Sanderman, que luego fue un marino y mago internacional en lujosos barcos de pasajeros del mar azul, era nuestro mejor saltador de longitud y allí estaba, en la tabla de salida, echó atrás los dos brazos juntos y gimió lanzando el torturado cuello hacia el zumvacío atemático del salvaje Annex, buscando el punto de aterrizaje tres metros treinta más allá, la longitud de una sala estrecha, pisando la marca con ambos pies. Yo también participaba en esta prueba, saltaba tres metros con doce, catorce o dieciséis centímetros y puntuaba para el equipo, pero siempre perdía ante Ernie y por lo general también ante el campeón visitante y quedaba tercero.

La última prueba, la detestable de relevos de 300 yardas, la capitaneé yo, con Kazarakis de último relevo. Melis, el zaguero de cuello de toro, y Mickey McGuire, el irlandés de pelo rizado de Belvedere, corrían por la pista como bólidos aerodinámicos, y los de Worcester, con sus distintivos azules, volaban unos centímetros detrás en pelotones seriamente empeñados, y cuando yo me lanzaba nada me estimulaba más que una carrera de 300 yardas, fue algo frenético, para morirse, los muchachos me jaleaban por todas partes del Annex, gritando «¡Corre!» y el hueco resonar de las zancadas en las tablas de las curvas apenas salía del liso suelo de la cancha de baloncesto y llegaba a la línea interior sin más estrépito, solo el de pies silenciosos que corrían, y todas las madres

de Lowell habían acudido para ver cómo demostraban sus hijos a los padres que sabían correr, en los bosques, para los robos, entre los montones de leña, en la histérica idiota alípede locura de la humanidad.

Arranqué asustado, el que iba conmigo era un chico blanco de Worcester, dejé que me empujara con el hombro en la primera vuelta mientras corríamos con el testigo en la mano, un detalle por mi parte. Íbamos como flechas por la pista, elegantes, delgados, cada uno en su callejón, los espectadores miraban con empeño a los empeñados corredores, todos los periodistas alerta ya, con la cabeza levantada encima de la máquina de escribir o de los laterales, entre algunos gritos apagados que se escapaban espontáneamente en la primera vuelta. «¡Bang!», había dicho la pistola, el humo de la pólvora aún flotaba en el aire y ya estábamos en marcha.

Mi padre estaba de pie en su sitio, se había inclinado para mirar, tenso, todo el corpachón vibrando y atento sobre las trémulas y recias piernas con que había jugado al baloncesto en los partidos de los Jóvenes Cristianos, antes de la Primera Guerra Mundial.

—Muy bien, Jean —entre dientes—, ¡adelante! —Tenía miedo de que renunciara al espectáculo por haber cedido yo la primera vuelta a mi contrincante. Pero no. Lo seguí con toda tranquilidad en la otra curva y cuando llegamos al tramo liso, aún en la primera vuelta, lo adelanté sin esfuerzo con un acelerón silencioso y me puse en cabeza al llegar a la curva, aprovechando la inclinación de las tablas, y pasé flechado ante los espectadores, oí que el otro maldecía y me lo imaginaba pisándome los talones. Yo estaba ya jactanciosamente en el otro tramo recto, a mitad de camino, había hecho mi exhibición, mi aceleración silenciosa y todas las cosas de esta naturaleza, y estaba en la recta de la última vuelta, sin ruido, surcando la cocina, inclinado para la última curva, fantasmal, girando con el mundo en las tablas redondeadas, como en un cilindro giratorio de parque de atracciones y ya muy cansado, con pinchazos en todo el cuerpo, y el corazón muriéndose de tanto dolor en los pulmones y las piernas. El chico de Worcester no me

adelantó, sino que perdió espacios de brisa entre nosotros, desesperada y puerilmente perdido y desanimado, casi avergonzado. Aceleré y alargué teatralmente la mano con el testigo y se lo entregué a Melis con una delantera de 10 yardas y él salió disparado para hacer sus dos vueltas mientras el relevo de Worcester seguía esperando, masticando con nerviosismo la patata caliente. McGuire y Kazarakis completaron la carrera como proyectiles invisibles y fue una farsa, no hubo competición, los relevos siempre son tristes.

Ganamos las carreras, dejando a los otros chicos humillados y avergonzados. Vergüenza, clave de la inmortalidad en la tumba del Señor…, clave de la valentía, corazón clave. «Señor, Señor, *mon Doux, mon Doux*» (así pronuncian *Mon Dieu* los niños francocanadienses), me digo. «¿Qué ocurrirá ahora?», ganamos carreras, nos aplauden, nos coronan de laurel, nos sonríen, nos dan palmaditas en la espalda, nos comprenden, nos aceptan; nos duchamos, gritamos, nos peinamos, éramos jóvenes, somos la juventud, esa era la clave.

—¡Eh, McKeever! —en las sombras de los vestuarios resuena un fuerte golpe—. ¡Ji, ji, ji, de buena te libraste en la competición de las 600! ¡Ji, ji, ja! ¡Qué faena, tú! ¡Jeeheever, el bueno de Jeeheever seguro que falta esta noche!

—¿Kelly? Le dije a Kelly: deja de tocarme las narices, ¿quieres?

—¿Y viste a Smack pisar la línea?

—Oye, ¿sabes lo que pasó anoche?

—¿Dónde?

—En Keith.[5]

—¿Qué?

—El partido de baloncesto…, derrotaron a Lowell.

—¿Por cuánto?

—63 a 64.

—¡Joder!

—Deberías haber visto a Tsotakos. Ya sabes, el hermano de Steve.

—¿Te refieres a Samaras?

—¡No! Odysseus no, el hermano, el de la camisa roja.

—¿Spaneas?

—¡No!

—Ah, ya.

—Es el mejor. Nunca han tenido un jugador como él. Nadie le chista. —Un renacuajo de manos pequeñas y metidas en las mangas del abrigo, que pesaba cuarenta y cinco kilos, guardián de su clase, en algún momento jefe de equipo y con solo catorce años conseguía informes de otras partes de Lowell durante las emocionantes noches del sábado. Mi padre estaba por allí, riendo y pasándoselo bien con todos aquellos niños, tan entretenidos, y mirando afectuosamente a todas partes, para ver si me localizaba. Yo me estaba poniendo la camisa, con el peine en la mano, haciéndole con él un bigote a lo Hitler a Jimmy Jeeheever.

—¡Una gran noche! —grita un entusiasta desde aquella atestada puerta de Lowell—. Jimmy Foxx nunca hizo tantos jonrones como vosotros esta noche, chicos.

—Joe Garrity —anuncia alguien y aparece nuestro entrenador de atletismo con un abrigo tristemente raído y unos ojos tristemente centelleantes de Harry Truman detrás de las gafas, con las manos desesperadamente apretadas en los bolsillos.

—Bueno, chicos —dice—, lo habéis hecho muy bien, pero que muy bien… Hemos conseguido 55 puntos… —Quisiera decirnos mil cosas, pero está esperando a que se vayan los reporteros y los entusiastas, Joe es muy discreto en lo referente a su equipo de atletismo y las relaciones serias y prácticas que tiene con cada uno de los muchachos y con el equipo en general—. Estoy contento de tu victoria, Johnny. Creo que serás una personalidad en Boston Garden antes de primavera. —Medio sonriendo, medio en broma, los chicos riendo.

—Caramba, gracias, entrenador —Johnny Lisle, con quien Joe simpatizaba sobre todo porque era irlandés y lo apreciaba. Melis, Kazarakis, Duluoz, Sanderman, Hetka, Norbert, Marviles, Malesnik, Morin, Maraski y siete irlandeses, Joyce, McDuff, Dibbick, Lisle,

Goulding, McGuire, le creaban problemas nacional-internacionales que tenía que resolver. Mi padre, lejos de acercarse corriendo al entrenador para que lo vean con él, se esconde en un rincón con una sonrisa de gratitud porque en secreto entiende a Joe el Entrenador en el fondo de su alma y mentalmente se lo figura en el Ayuntamiento y comprende cómo es, y lo aprecia.

«Sí», me lo imagino ante su antiguo escritorio, «como mi tío Bob, que trabajaba en las oficinas del ferrocarril, allá en *Nashué* («Nashua»), tratando de sacar adelante las cosas lo mejor que podía. Era como yo. Creo que conocí a un hermano suyo, hace mucho tiempo, en el viejo *Citizen*. O quizá fuera en casa de Dowd, en Memorial Road, Wal… ¿Y sabes? Jacky derrotó al *Neigre*, ja, ja, ja, cuando lo vi allí estaba convencido de que era demasiado rápido para él, pero ¡lo derrotó!, ¡lo derrotó! Ja, ja, ja, el cachorrillo, me acuerdo de cuando no levantaba un palmo del suelo y se me acercaba gateando y trayéndome cajas para darme juguetes, ni un palmo del suelo, *Ti Pousse*!, Ja, ja. Oye, ese *Neigre* estaba macizo, ¿eh?, un tío sano. Salté de alegría cuando vi que mi chico lo derrotaba, eso demuestra que es un atleta, esos *Neigres* son los corredores más rápidos el mundo, incluso actualmente corren que se las pelan en las selvas de África, persiguiendo jabalíes con lanzas. Puedes verlos en los Juegos Olímpicos, los grandes atletas negros, ese Jesse, no Jesse James Jesse Jones, sino Jesse Owens, cómo vuela; es el rasgo internacional del mundo.»

Pauline me está esperando en la puerta, mi padre se acerca en cuanto la ve.

—Vaya por Dios, Pauline, no sabía dónde estabas, quería sentarme contigo.

—Es que el tarado de Jack no me ha dicho que estaba usted aquí. ¡Hay que ver! —Se querían, ella siempre tenía alguna broma reservada para él y él para ella. Los ojos de ambos brillaban cuando salí de las duchas y me reuní con ellos. Era social, provinciano, alegre, triste; era un éxtasis en el corazón. Percibíamos vibraciones de amor en la riente y escandalosa muchedumbre que salía a borbotones en masa revuelta; la noche del sábado es trágica en

toda América, desde las Rocosas para arriba, hasta San Luis y más allá, desde Killdeer para abajo, incluso en Lowell.

—¡Jack! ¡Por fin! Papá —susurrándole al oído—, dígale a este patán que usted y yo habíamos quedado y que no queremos verlo cerca esta noche.

—Muy bien, niña —decía mi padre, chupando del puro con enérgica pose teatral—, veremos si podemos conseguirle una cita con Cleopatra para la semana que viene y que se las apañe con ella. —Siempre serio cuando bromeaba.

—Así se habla, Marco Antonio. ¿O no es usted Marco Antonio y ha venido merodeando a mi castillo para robarme a este barón británico?

—¡Qué va! Esta noche lo dejaremos como un colador en la diligencia. No te preocupes por nada, criatura. Vamos a Paige a tomarnos un batido de helado.

Y allí vamos en la noche seca y brillante, las estrellas que titilan por encima de las nieves de ladrillo rojo son blancas y puras y de ellas cuelgan cuchillos; los grandes y nervudos árboles que hunden sus garras bajo el pavimento llegan tan arriba en el cielo que son como plata perdida en las alturas, los viandantes pasean entre las farolas pisando la maciza base de los troncos, algo vivo a lo que no dedican ni un solo pensamiento. Nos unimos a los regueros de gente que circula por las aceras, rumbo al centro urbano, al Lobster Cot,[6] a Merrimack Street, al Strand, las densas y casi alborotadoras entrañas de la ciudad que ardían para la noche del sábado en aquellos tiempos, hace solo quince años, tiempos en los que no todo el mundo tenía coche y la gente iba a comprar andando y a los espectáculos en autobús, no todo era extraño ni estaba encerrado detrás de paredes metálicas, con ojos ansiosos mirando las aceras desiertas como sucede en la América actual. Pauline, mi padre y yo no nos habríamos reído, emocionado ni alegrado tanto aquella noche si hubiéramos paseado en coche, los tres encajados en el asiento delantero, sorteando el tráfico en la pantalla del televisor del Tiempo; lejos de ello, saltamos a pie los bancos de nieve, correteamos por las aceras despejadas del centro y nos

entretuvimos con las puertas giratorias de las alocadas heladerías nocturnas.

—Vamos, Jack, no te quedes atrás. ¡Esta noche vamos a divertirnos! —Pauline jugaba conmigo, me daba puñetazos y gritaba en mitad de la calle.

—Está bien.

—Oye —susurrándome en el oído—, esta noche me han gustado tus piernas, no sabía que tuvieras unas piernas así. ¿Podré ir a visitarte cuando tengas piso de soltero? ¿Eh?

—Oíd —mi padre tenía una idea—, ¿qué os parece si vamos a comer algo al restaurante de Chin Lee? Chop suey o algo así.

—¡No, vamos por los helados!

—¿Adónde? ¿Al local de B. C. o al de Paige?

—A cualquiera. Pero oiga, señor Duluoz, que no quiero ponerme gorda.

—Venga, no te hará daño, yo he estado gordo treinta años y sigo aquí. No te perjudicará.

—Por ahí van la señora Madison y su hijo. Tú los conoces, Jack. Viven cerca de mi casa. ¿Es que ese crío tiene que estar siempre espiándonos?

—¿Y el perro del patio de la cerca gris?

—Oíd —mi viejo—, me da la sensación de que vosotros dos hacéis buena pareja. ¿Por qué no salís juntos? —riendo con disimulo, secretamente en serio.

—Ya salíamos regularmente, señor Duluoz —Pauline, con los ojos empañados de repente.

—Bueno, ¿y por qué no ahora? ¿Es porque dicen que *Ti Pousse* tiene otra novia en otra parte? Tú no le hagas caso, escucha a este viejo, bisbisbis —cuchicheando a Pauline en el oído, tras lo cual los dos rompieron a reír, la broma era sobre mí pero a mí se me puso la carne de gallina de alegría, porque me conocían, me querían y yo estaba de acuerdo con mi padre.

Pero de súbito me acuerdo de Maggie. Estará en el Rex, a un tiro de piedra de las luces de Kearney Square y las oscuras cabezas

de la noche entre las que estoy yo, y seguirá allí, bailando con Bloodworth, en el rosa indeciblemente triste y musical de las serenatas crepusculares y al claro de luna, lo único que tengo que hacer es acercarme andando, apartar la cortina y observar a los bailarines, buscar su figura, lo único que tengo que hacer es mirar…

Pero no puedo dejar a mi padre ni a Pauline salvo que se me ocurra un pretexto, una mentira. Vamos a la heladería, los que han asistido al acontecimiento deportivo están allí, también gente que sale del Strand de Keith[7] o que llega de Merrimack Square, gente que vuelve de acontecimientos de suficiente importancia social para comentarse al día siguiente, se pueden ver sus caros cochazos en los aledaños de la plaza y en algunos casos en la misma plaza (todo esto antes de 1942).

Mi padre, con su abrigo demasiado grande y los dientes partidos, parece desastrado, sombrío, humilde, mira alrededor y ve algunas personas que recuerda, sonríe con desprecio o ríe, según lo que le inspiren. Pauline y yo nos tomamos el helado poco a poco, a causa de la tremenda y contenida excitación de lanzarnos sobre ellos con cucharas soperas. No es más que una pequeña escena local de un sábado por la noche; en Kingston, los sureños locales conducen tristemente arriba y abajo por Queen Street, o pasean mirando las desangeladas tiendas de maquinaria agrícola y en el barrio de los negros hay una muchedumbre charlando delante de los gallineros y las paradas de taxis. En Watsonville, California, quienes pasean son lúgubres y dementes mexicanos que trabajan en el campo, a veces con el brazo en el hombro del compañero, padre e hijo, o amigos, en la triste noche californiana de niebla blanca, los billares filipinos, los espacios verdes junto al mar. En Dickinson, Dakota del Norte, los sábados de invierno por la noche aúlla la ventisca, los autobuses se estancan en las afueras del pueblo, se come caliente y hay mesas de billar en grandes restaurantes que abren por la noche y en todas las paredes hay fotos de viejos rancheros desaparecidos y de forajidos. El polvo de nieve de la soledad ártica se arremolina sobre un riachuelo de salvia: fuera del pueblo, la cerca inclinada y perdida, la furia de la luna de la nieve. Lowell, la heladería, la chica, el padre

y el chico; los palurdos locales por todas partes los palurdos locales…

—Muy bien, niño —dice mi padre—, y dime, ¿quieres irte solo con Pauline ahora, te vienes conmigo a casa, o qué?

—Me voy con ella —tengo grandes planes a propósito de Maggie; le guiño el ojo: es mentira. A él le hace gracia.

—Pues hasta mañana, niño. Eh, mira, allí está Gene Plouffe, me voy con él a casa en el autobús.

Más tarde me deshago igualmente de Pauline con otra excusa relativa a la hora, apenas hay sitio en mi rebosante corazón para ver y oír lo que tengo que ver y oír, estoy perdido, voy dando tumbos entre el gentío de la plaza. Nos apelotonamos en la parada del autobús, la mando «a casa» en el autobús de su casa, delante de la tienda de Brockelman. Luego, en un sueño, corro hacia el Rex.

Es medianoche. Tocan el último baile. Es el baile con las luces apagadas. No hay nadie en la taquilla. Entro corriendo, miro. Está oscuro. Veo a Bessy Jones, oigo saxofones quejumbrosos, el rumor de los pies. Se acaba, los últimos clientes están en la terraza con el deprimente abrigo puesto.

—¡Eh, Bess!

—¿Qué?

—¿Dónde está Maggie?

—Se fue a las once. Bloodworth está aquí todavía. Se enfadó y se fue a casa, sola.

—¿No está aquí? —exclamo, percibiendo la angustia de mi voz.

—No; se fue.

—Ah —y no puedo bailar con ella, no puedo coronar esta noche el sueño de la montaña, tendré que irme a la cama con el dolor residual de otro día. «Maggie, Maggie», me digo. Entiendo, pero solo vagamente, que se ha enfadado con Bloodworth.

Y cuando Bessy Jones grita:

—¡Es que te quiere, Jack! —yo ya lo sé. Pero es que pasa algo más, y es triste y deprimente. «¿Dónde está mi Maggie?», grito en

mi interior. «Iré a verla ahora mismo, andando. Pero no me dejará entrar. Cinco kilómetros. Le dará igual. Frío. ¿Qué hago? La noche.»

La música es tan hermosa y triste que me quedo a oírla, pensando, perdido en mi tragedia de sábado por la noche. A mi alrededor vuelan vagos ángeles azules de romance bajo las luces de puntos negros, la música rompe el corazón, despierta el deseo de jóvenes corazones juntos, labios de muchachas adolescentes, inverosímiles y perdidas coristas de eternidad bailando lentamente en nuestra imaginación al son de la demente y rota pandereta del amor y la esperanza. Me doy cuenta de que quiero abrazar a mi Grandipotente Maggie todo el tiempo. He perdido totalmente el amor. Me voy andando, al son de la música, a las descorazonadoras aceras, las puertas desafectas, el viento hostil, los refunfuñantes autobuses, los ojos crueles, los semáforos indiferentes, fantasmales penas de la Vida en las calles de Lowell. Me voy a casa otra vez. Es inútil llorar o preguntar.

Mientras tanto, Maggie, en la otra punta de la ciudad, llora en la cama, en la tumba de las cosas todo es desdicha.

Me acuesto con horror en mis alas. La almohada es un triste consuelo. Como dice mi madre, «*On essaye à s'y prendre, pi sa travaille pas*», o lo que es igual, que por mucho que nos esforcemos, solo conseguimos caca de la vaca.

# 23

Cuando llega la mañana, las caras aturdidas y soñolientas de los hijos de Dios deben despertar, frotarse y adecentarse.

Me paso todo el domingo lamentándome en mi habitación, en la sala con los periódicos, Piojoso viene a verme, se solidariza con mi cara adoptando también actitudes melancólicas («En esta ciudad no hay mucho que decir, solo el viejo adagio, “Muertos”», dijo en realidad), pero solo entre emocionados informes sobre todo lo ocurrido en el ínterin.

—Zagg, ¿sabes una cosa?, anoche Ratón y Scotty se pusieron realmente furiosos y celebraron un combate de lucha libre en casa de Vinny, casi rompieron la estufa, Scotty estuvo a punto de matarlo. El sábado por la tarde jugamos un partido de baloncesto con los Panteras de North Common, mientras tú descansabas. Les di para el pelo, chico. Siete canastas, dos faltas, dieciséis puntos. Me limité a enseñarles uno de mis tiros laterales con una sola mano, ¿me sigues? ¿Viste a M. C. en la pista de carreras? Yo fui con mis padres y mi tío. ¿Sabes, muñeco?, estuve hablando con una chica simpática que había allí. Le dije que le arrancaría la oreja de un mordisco. Ella dijo: «¡Uh!» Je, je. Barney McGillicuddy O’Toole estuvo estupendo el sábado, once puntos él solo, lanzó un balón tremendo desde media cancha, pero ese equipo ya no será el mismo, Zagg, hasta que vuelvas a jugar tú…

—Ya jugaré. Esta mierda del amor me trae por la calle de la amargura.

—Yanni Bélgica marcó dos puntos, es de lo que no hay.

—¿Quién?

—G. J. Ahora lo llamo así. A mí llámame Sam. Es mi nuevo nombre. También me llaman Bélgica el Bondadoso. ¿Estuvo M. C. en la competición?

—¿Pauline? Sí.

—La veo en las horas de estudio, Jean —usando mi nombre francés—, derribaría a Joe Louis con solo mirarlo.

—Ya lo sé —con tristeza.

—¡Dita sea! No deberíamos haber ido al Rex en Nochevieja. ¡Todo ha cambiado desde entonces! ¡Incluso yo!

—Cálmate, Niño Sal Slavos Len.

—Mierda, es que estoy que muerdo —saltando de la cama con el ímpetu colérico y gracioso de un gato enfurecido y con los ojos entornados. ¿Lo oyes? ¡Que muerdo! ¿Lo oyes, Zagg?

—Mátalos, Sam, no dejes que te pisoteen.

—¡Los enterraré a mil metros de profundidad! —Piojoso golpea el aire—. ¡Rey de las Tetas!

El resto de la pandilla desfiló por mi habitación, mi madre había dejado entrar a todos por la puerta delantera. Fue un domingo gris, sinfonías en la radio, papeles en el suelo, mi padre roncando en la mecedora, rosbif en el horno.

—¡Muy bien, Bélgica! —gritó Vinny, abrazando a Piojoso—. Scot, enséñale a Zagg el contrato. Ha redactado un contrato para que nos comprometamos a ayudarlo a la hora de comprar el coche el verano que viene.

—Ojo si no firmas. Firmado, el Desconocido, eso es lo que pone, Zagg —intervino Gus, que también estaba cariacontecido aquel día, verde, callado, meditabundo.

Piojoso le había puesto los puños delante de la cara.

—¿Lucha? ¿Lucha?

—¿El contrato? —Scotty rió por lo bajo enseñando su malicioso diente de oro—. Hablaremos de las condiciones con unos cuantos liquidoriums.

Con la furia de un gato sudoroso, Piojoso seguía dando saltitos de boxeador.

G. J. levantó la cabeza.

—¿Has traído el periódico, Vinny?

—No. La tormenta me detuvo y lo tiré. —Nieva en el exterior.

—¡Cuidado!

G. J. saltó de súbito cuchillo en mano y se lo puso a Vinny en la espalda.

—¡Joputa! ¡Es un comemierda y nos matará a todos! —gritó Vinny.

—Igual que Billy Artaud. Ya sabéis lo que dijo anoche: «Lo siento, Ratón, no puedo ayudarte a limpiar el bar Luna de Plata de gánsteres de la banda de Depernac porque tengo lesionada la arteria vertebral izquierda.» ¡Qué cara!

—Esta primavera todos perderéis la cabeza. Jugaré de lanzador y os dejaré tiesos con mi nuevo e implacable saque alto… ¡Inauguración, en marzo!

—Soplará un viento cabrón —Scotty, meditando en voz alta— y será muy difícil calcular las pelotas la primera tarde, quizá haga sol y lo único malo sea el viento.

—¡Claro!

—Zagg —Gus, solemne—, cuando te dé un pelotazo la primera vez, quedarás aturdido y darás vueltas en el pentágono ¡y yo volveré a darte en la calamorra! Te verán hecho un guiñapo, Pitou Plouffe, y la pandilla tendrá que llevarte a rastras a tu casa al atardecer: presa fácil para mi curva veloz y trotona, más deslumbrante que nunca. —La verdad es que los lanzamientos de Gus eran los más cómicos de la pandilla, una vez perdió tanto el control que lanzó la bola contra la malla protectora y de ella nunca más se supo, pues seguramente se fue rodando cuesta abajo, hacia el río.

Nos esforzamos por proseguir y ampliar las conversaciones. Se fueron a la hora de cenar. Contados los chistes y hechas las gansadas, Lowell se cubrió de gris. Fue como perder algo en los silenciosos bancos de nieve de las calles; y aquí, en la larga e incolora luz del final del día, se veía a los niños que volvían de la sesión vespertina de los cines, entusiasmados con el programa

doble que habían visto en el Royal y en el Crown. La noche del domingo llegó con el parpadeo de las farolas; yo me entretuve en el club viendo jugar a los bolos; y me interné en las tristes y finiquitadas calles del tiempo humano.

El lunes por la mañana nos vimos todos con ojos húmedos y cara de sueño y fuimos al instituto, como de costumbre. Oía con el corazón destrozado la canción titulada «I'm afraid the masquerade is over» («Me temo que la mascarada se acabó») como en sordina, cuando cruzamos el puente azotado por el viento. La alegría había huido del futuro inmediato que me prometía.

Pero en la clase de lengua española, ¡quién lo diría! Una nota de Maggie.

La abrí lentamente, meditando, temblando.

> Querido Jack,
>
> Es sábado por la noche, ha acabado el baile. Me siento muy triste y quiero explicártelo. Bessy vino a verme, Bloodworth se la presentó a Edna. Y ya sabes lo bien que me cae Edna, con toda su petulancia. Me dijo que te vio con Pauline en la pista de carreras. Perdí los estribos. Edna y Pauline son amigas y harían lo imposible para que tú y yo rompiéramos. Si tienes que hablar con Pauline, te pido por favor que no lo hagas delante de mis amigas, porque luego me lo cuentan. Soy incapaz de contener los celos, seguramente son innatos en mí. Pero hay otro aspecto de la historia. Cuando estoy celosa hago cosas que te perjudican y que son lo último que desearía hacer. No me entra en la cabeza que quieras salir con otras chicas y que no me afecte. Ahora me doy cuenta de lo egoísta que he sido. Perdóname, por favor. Creo que me comporto así porque me gustas mucho. Procuraré recordar que tienes derecho a salir con quien te plazca. Me pondré celosa, naturalmente, pero es algo que superaré algún día. Puede que en el futuro encuentres en mí las cualidades que más admiras en una chica y para colmo en una chica egoísta como yo. Sé que

tienes muchos motivos para no responderme, siempre me has consentido demasiado y me daba cuenta. Pero he querido escribirte para que sepas lo mucho que lamento lo de la otra noche.

Con todo mi amor,

MAGGIE Por favor, perdóname,
Rompe esta nota y escríbeme pronto.

Aquella noche, nada más acabar de cenar y de tomar el autobús más rápido, estaba allí a las ocho en punto. La lobreguez del aire se había convertido en calidez, algo se había roto y florecido en la húmeda tierra de Lowell, el hielo del Concord se había resquebrajado, entre los árboles emocionados corría la brisa con una reverdecida carga de esperanza. Era como si la tierra hubiera renacido. Maggie, al verme en la puerta, corrió a mis brazos, nos escondimos en el oscuro silencio y nos estrechamos con fuerza, besándonos, esperando, escuchando.

—Mi pobre Jack, con una maldita idiota como yo solo tendrás problemas.

—No digas eso.

—La otra noche la tomé con Bloodworth. ¿Lo has visto? ¿Hoy? ¿En el insti? ¿Le dirás que lo siento?

—Claro… claro.

—De todos modos lo he pasado fatal —con la cara enterrada en mi jersey—. Mi tío ha muerto, lo vi en el ataúd. Ah…, es tan…, la gente dice que soy un muermo, que no debería quedarme en casa pensando en chicos, pensando *en ti, en ti*… —besándome con la boca contraída en un mohín—. Es que ni siquiera quiero salir de casa, solo me llevan a ver ataúdes y muertos. ¿Cómo voy a trabajar si ni siquiera quiero vivir? Dios mío, estaba tan asustada…

—¿Por qué?

—Por mi tío. Lo enterraron el viernes por la mañana. Lo cubrieron con piedras y flores. De todos modos me sentía mal por ti, pero eso no era lo malo, pero no puedo decírtelo… ni explicártelo…

—No te preocupes.

Estuvo sentada en mis rodillas durante horas, con la mirada fija, en silencio, en el salón a oscuras. Yo lo entendía todo, me contenía, esperaba.

# 24

Aquel sábado por la noche, cuando me reuní con ella en el Rex, según teníamos por costumbre, estaban tocando «La mascarada se acabó», cuando llegó con Bessy de la calle, indeciblemente hermosa, como siempre, con gotas de rocío en la negra cabellera que eran como estrellas en sus ojos y de las dulces risas que tintineaban sin cesar brotaba un aura rosada. Volvía a sentirse bien, otra vez hermosa e inconquistable para la eternidad, como la rosa oscura.

Su abrigo olía a invierno y alegría entre mis brazos. Su coquetería mira a todas partes, rápidas miradas impulsivas hacia mí, para reír, comentar o criticar y ponerme bien la corbata. Echándome los brazos al cuello de repente, alzando los ojos hacia mi cara y también la suya, lanzando una especie de sollozo para estrecharme, para pedirme amor, se adueña y se apodera de mí con avaricia, susurrándome en el oído. Manos frías, serpenteantes y nerviosas en las mías, apretón y miedo repentinos, la vasta tristeza la rodea como unas alas. «¡Pobre Maggie!», pensé, buscando algo que decir, pero no hay nada que decir, pues si lo dijeras caería como un raro árbol húmedo de tu boca, como el dibujo de venas negras de la tierra de la tumba de su tío y de todos sus tíos, indecibles, inapropiables, divididas.

Costado con costado miramos el baile, los dos aturdidos y ensombrecidos. Amor adulto desgarrado en costillas apenas maduras.

# 25

Maggie junto al río.

—Pobre Jack —dice a veces riendo y me acaricia el cuello, me mira intensamente a los ojos, muy de cerca, su voz se quiebra voluptuosamente en una carcajada grave, sus dientes son como perlas en las rojas puertas de sus labios, las jugosas y rojas puertas de la flor del verano, cicatriz de abril—. Pobre Jack —y la sonrisa le ha desaparecido de los hoyuelos, solo la luz de la sonrisa destella en sus ojos—. Creo que no sabes lo que haces.

—No me sosss-prendería.

—Si supieras lo que haces, no estarías aquí.

—No he dicho eso.

—Nooo, no has dicho esooo —mirándome con ojos bailoteantes, como si estuviera borracha, contagiándome la embriaguez, pasándome la fría palma por la mejilla con tanta ternura que las brisas de mayo lo entenderían y los vientos de marzo esperarían volver, y el calmante «ooo» de sus labios me sopla una palabra en silencio, como «oh» o «tú».

Mis ojos se clavaban en los suyos: quería que viera las ventanas de mi secreto. Lo aceptaba, no lo aceptaba, no estaba decidida, era joven, era cautelosa, era temperamental, quería alcanzar algo en mí y aún no lo había conseguido y saber que «Jack es un imbécil» quizá no fuera suficiente para ella.

—Nunca tendría nada que ver con él. Nunca será un trabajador serio como, como los hombres que vemos a nuestro alrededor, mi padre, Roy, no es de nuestra especie. Es raro. Oye, Bessy, ¿no crees que Jack es un poco extraño?

Bessy:

—Nooo. ¿Cómo voy a saberlo yo?

—Bueno —Maggie, con un bufido de duda—, la verdad es que no lo sé. —Volviéndose para sentarse mejor ante las tazas de té—. La verdad es que no sé nada. —En la radio, programas de discos. Almohadas por todas partes. Ojalá hubiera estado en aquella sala cuando faltaba a clase. Cortinas llenas de sol: por la mañana.

—O sea que te has arreglado con Jack, ¿no?

—Sí —con voz muy modulada, como la diseñadora de modas que tiene más años que la otra, como esas viejas comadres que se ven en las desoladas viviendas de madera de San Francisco y que se pasan todo el día sentadas con sus loros y viejas amistades, hablando de cuando eran dueñas de todos los burdeles de Hawái, o quejándose de sus primeros maridos—. Sí. Creo que no piensa mucho en mí.

—¿Por qué?

—No sé. Ya te he dicho que es un poco raro.

—Bah, estás loca.

—Supongo que sí.

Si me hubiera reído y le hubiera lanzado los dientes del amor a la cara, la amplia sonrisa de alegría que acepta la relación, solo habría concebido un asomo de sospecha acerca de mis motivos que se habría intensificado toda la noche hasta las penas sin fondo de la oscuridad, todos mis paseos en la oscuridad cuando salía de su casa, todos nuestros malos entendidos, todos sus planes, sus sueños, flop, al diablo.

# 26

Estaban al caer mi cumpleaños y la fiesta que pensaban darme, pero en teoría yo no sabía nada de aquello. Todo lo había planeado mi hermana y estaba previsto celebrar la fiesta en un chalé de la colina de Pawtucketville, cerca de la iglesia, la casa de una amiga suya. En teoría lo habían organizado sin que yo lo supiera. Se compraron regalos: una pequeña radio Emersonette, a la sazón muy prometedora, como con el tiempo lo fue la pequeña radio de antena con que mi padre se alojaría en hoteles baratos en años venideros a causa de un trabajo que lo obligaría a viajar. Un guante de béisbol, en teoría símbolo de la siguiente temporada de béisbol y señal de que todos jugaríamos a ese deporte, comprado como regalo de cumpleaños por Bloodworth seguramente; y corbatas. Mi hermana invitó a todo el mundo: a Maggie, a Bloodworth, a Piojoso, a Iddyboy, a amigos suyos, a nuestros padres, a chicas del barrio y a los chicos que salían con ellas. Se suponía que yo no tenía que saber nada, pero me enteré.

Me lo contó Bloodworth.

Nuestra amistad se intensificó de un modo fantástico una noche que estábamos delante de Giant Store,[8] al otro lado de Silk Mills, el canal, enfrente del Boys Club, habíamos estado hablando desde las prácticas, a las que acudía a veces para verme correr, habíamos echado a andar sin rumbo fijo y nos encontrábamos ya en esa bifurcación negociada de «yo me voy a mi casa por aquí, tú te vas a la tuya por allí», a cenar. Había oscurecido ya, hacía frío de invierno, las farolas de la calle brillaban como diamantes envueltos en vientos fríos, aullantes y polvorientos, desagradables. Nos quedamos allí

hablando. De Maggie, de béisbol, de todo. Para no enfriarnos nos pusimos a hacer como que jugábamos a lanzarnos pelotas, a metro y medio el uno del otro, haciendo alarde de técnicas y estilos de lanzamiento y captura, con mucho movimiento de brazos para lanzar.

—Los profesionales de las grandes ligas siempre manejan la pelota con soltura —dijo Charley—, ve a Fenway Park y verás a los muchachos antes del partido lanzarse la pelota tranquilamente, sin el menor esfuerzo, y eso que son capaces de lanzarlas muy lejos con la misma facilidad, tienen años de experiencia. No hay que forzar el brazo cuando lanzas.

—Tú habrías sido un profesional de las grandes ligas.

—Es que voy a serlo, eso espero, ya me gustaría, ya. Taffy lo conseguirá. Taff…

Según las anécdotas que contaba el propio Bloodworth, él y Taffy Truman, que eran de la parte alta de Lowell, habían desarrollado juntos su tremenda personalidad, sus esperanzas, sus ambiciones, leían el periódico juntos, la cabeza de uno apoyada en el hombro del otro, iban a los partidos, oían las crónicas deportivas de la radio, conocían sus intimidades más secretas, las marcas de sus lesiones. Las noches de viento frío iban con chaqueta, tiesos, hablando, como escoceses de un Edimburgo del Nuevo Mundo. Los dos trabajaban en el ferrocarril, en Billerica, lo mismo que sus padres…

—Taff lo conseguirá…, las grandes ligas. Yo no estoy preocupado, Bill. Mira, yo muevo el brazo y lanzo así…

—Mira, así lanza G. J. ¿Rigopoulos?, mi colega loco. Es el tipo más demente del planeta. —Le hablaba gritando por encima del viento y le enseñé cómo, exagerando tanto los movimientos como Bob Feller, que casi se caía de espaldas para lanzar muy lejos.

La semana de mi cumpleaños practicamos lanzamientos invisibles en Moody Street, pero entonces imitamos a los grandes bateadores, yo me agachaba con un imaginario guante de cátcher y los lanzadores fantasma se iban turnando.

—Dos victorias, cero pérdidas, dos victorias todavía y el agotado Charley Bloodworth va a lanzar en la novena entrada, con el

quisquilloso y fenomenal Jack Duluoz detrás del pentágono, ya lanza, ya lanza, creo que deberías saber que te van a organizar una fiesta. Tu hermana…

—¿A quién? ¿A mí?

—Sí, chico. Puede que te caigas muerto de la emoción, o te dé un ataque o algo así, no sé. A mí no me gustan las sorpresas. Cuando llegue el doce de marzo me lo tomaré con calma, ya verás. Tu hermana y M.C. Número Uno han estado hablando por teléfono durante semanas. Te han comprado montañas de regalos, chico, entre ellos uno del que no debería hablarte…

Mis padres habían decidido participar también en lo de la fiesta, habían preparado pasteles, habían avisado a un periodista para que estuviera presente, habían organizado juegos. Yo no sentía ninguna impaciencia a causa de la magnitud de todo aquello. Imaginaba que tendría que hacerme el sorprendido, como si no supiera nada, cuando todos gritaran «¡Feliz cumpleaños!» Me mordí los labios… lleno de orgullo.

# 27

Llegó la gran noche.

Todo el mundo estaba fuera, esperando mi llegada. Yo estaba sentado solo en la cocina, esperando que apareciera Iddyboy. «Vamos, iddiboy, ¡mi hermano Jimmy quiere verte por no sé qué!» Jimmy Bissonette, el hombre de la casa donde iba a celebrarse la fiesta, amigos de mi hermana. Fuera había empezado a caer una fuerte nevada, a medianoche Lowell estará paralizado y habrá una capa de cincuenta centímetros que hará historia, amplia, profética. Qué triste y curioso que mis padres se hayan escondido con gorritos de fiesta y nuestra casa esté vacía. He apagado todas las luces, espero junto a la ventana entre postigos vacíos, abrigos oscuros perdidos. Para acudir me he puesto el jersey de fútbol del instituto, con el 38 estampado, por el año 1938, y una L grande cosida, por Lowell, hay un balón pequeño cosido en rojo en los hilos grises de la L, debajo llevo una camiseta, sin cuello. Quiero que me hagan una foto los fotógrafos que han llamado de los periódicos locales, lo sé de antemano. Todos los demás llevarán abrigo, chaleco, corbata. Pareceré un crío absurdo cuyo sueño gris de vanidad ni siquiera el amor podrá descifrar.

Miro por la ventana para ver la tremenda tormenta que se avecina.

Por ella veo al ávido, alegre, corpulento y bueno de Iddyboy que avanza con pesadez y seriedad según lo previsto. Lo veo bajo el halo moteado de la lámpara de arco al doblar la esquina de Gershom, encorvado, sus zapatos dejan puntos de idiotez en la nieve, trampas de bondad en su carácter alegre y fantasmal. Al verlo

siento en el pecho puñaladas de un dolor dulce, profundo, trascendente, él, la nieve, la noche. Al otro lado de la enfurecida oscuridad hay agazapadas treinta personas, preparadas para gritarme Feliz Cumpleaños, Maggie entre ellas. Iddyboy sigue andando entre las sombras cortadas en bisel, su amplia y pulcra sonrisa entre la nieve, sus dientes lanzando destellos partidos, rosáceos, alegres, sombras en su tosca y huesuda nariz colorada: viejo defensa profesional de carne y hierro que lanza bajo a matar y el balón arrollador arrasa el puto césped, sus cerrados puños macizos enfundados en rígidos guantes festivos.

—¡Puños, para qué os quiero! —dice y lanza un puñetazo que sacude hasta la base la cerca de listones. Y añade—: ¡Grrr! —y luego—: ¡Plaf! —golpeando nuevamente la cerca, como él mismo, a menudo, me ha invitado a hacer bajo las farolas en las noches frías —: ¡Toma! —la vida persiste en los listones claveteados de la cerca, los nudillos me arden, lo intento dos veces más.

—¡Duro! ¡Fuerte! ¡Mucho tú, chico! —oigo crujir la madera helada, el listón sale volando, nos pegamos a la cerca y arrancamos un diente tras otro, crac, el Viejo Plouffe que vive al otro lado de la cerca de nuestro parque favorito era un haragán al que le habría bastado abrir las ventanas en medio de la Noche de Lowell para reprender a los chicos, «*allez-vous-en mes maudits vandales*!», con un calcetín calado en la cabeza y ojos enrojecidos y acuosos, solo en la casa parda, rodeado por abandonados restos de paños de ataúd y de escupideras, y para oír los crujidos de nuestra cerca a las dos de la madrugada. Iddyboy sonríe con malicia al pensarlo.

—¡Bravo tú! —gritó la noche que el alcalde francocanadiense ganó las elecciones municipales en Lowell, Arsenault O nombre dorado, y presa de entusiasmo político, dejó de un salto nuestra partida de pinacle de quinceañeros mientras mis padres estaban fuera, en la densa noche de Lowell, y atravesó de un puñetazo la pared de yeso de la cocina, un leñazo suficientemente prodigioso para matar a Jack Dempsey sin guantes. El yeso salpicó por el otro lado la mesa de caoba donde estaba la radio, y cuando volvió mi madre se horrorizó y quedó convencida de que era un maníaco o

algo peor. «¿Atravesó la pared con el puño? ¡Será burro!» En el yeso aún podían verse las marcas de los nudillos. «¿Y cómo lo hizo? ¡Te lo dije, esos Bissonette están todos locos, son lo peor de esa familia, el padre…»

Iddyboy, calmado ya, se detiene un momento ante la cerca de madera de abajo, lo veo, ojeroso él, subir con ansiedad los cuatro tramos de escalera entre los blandos salivazos de la nieve y ve…

—¿Cómo? ¿No hay luz? ¿No está Jacky? ¿Dónde está ese tarado de Tiii Boy! ¡Me voy a partir la crisma! ¡Auuu!

Cruza la calle, lo veo pasar por delante de las puertas de los vecinos, poderoso, silencioso, irritado, lo oigo dar trompadas en los pasillos, Iddyboy sube hacia mí braceando en la lobreguez de un sueño tan descomunal que entiendo que no habrá final, para el sueño, para mí, para él, para Maggie, para la vida, para la esposa, para el mundo…

—¡Aquí llega el marine gigante! —nos saludamos en la puerta.

—Vamos, chico, mi hermano Jimmy quiere saber algo de ti.

—¿Qué?

—Bueno… —haciéndose el longuis, con una caída trágica de ojos—. No le des importancia, chico. Venga. —Y rompe a reír—: ¡Ja, ja! —Me aprieta la rodilla, estamos sentados cara a cara, una tenaza de hierro me tritura la rótula mientras nos sonreímos educadamente, reanudando la vieja escena de los rudos marines que recorren las tablas del puente. Estoy a punto de decirle: «Sé lo de la fiesta, sí, chico», pero no quiero decepcionar su enorme y crédulo corazón. Nos miramos: viejos amigos—. Vamos, chico —añade—. ¡Sombrero! ¡Abrigo! ¡Andando!

Salimos encorvados a la ventisca, subimos por Moody. De repente, la pálida luna asoma por una rendija de las omnipresentes nubes.

—¡Mira, la luna! —exclamo—. Iddyboy, ¿todavía crees en el hombre de la luna que transporta una cesta de ramitas?

—Esas formas negras no son ojos. Y no es una cesta de ramitas, sino un haz de leña. Leña, *du bois*! ¿No tienes ojos para

ver? Es tu luna, chico, Ti Janny, toda la gente con esperanza lo sabe.

—*Pourquoi un homme dans la lune? Weyondonc*! —«¿Por qué un hombre en la luna? ¡Venga ya!»

—Eh, eh —deteniéndose con sospechosa intención, doblado hasta apoyar las manos en las rodillas—, no hables de ese modo. Es verdad, *weyondonc*! ¿Tú tienes miedo, tú? ¿Estás loco? ¿Eh? *Tu crais pas*? ¿No crees? ¿En tu cumpleaños? ¿No crees? —Iddyboy, que los domingos estaba tieso como un poste en la iglesia de Santa Juana de Arco, en los bancos delanteros, volviéndose con cara enrojecida y ojos desorbitados cada vez que un ruido molestaba al silencioso sacerdote en el silencioso altar. Iddyboy no toleraba la hipocresía en este mundo.

—¡Nada de eso es verdad! —niego con firme ateísmo adolescente.

—¡No, no, no! ¡Un hombre que esté en la luna necesitará la gavilla de leña! —exclama con indignación y su poderoso pecho se estremece de un modo colosal—. ¡Vaya, vaya, chico! —simplón, sin que la sangre de los campesinos puros del norte haya cambiado un ápice, los gruñidos que salen de su garganta son las refinadas guturales de una elocuencia reveladora—. Yo sí creo en *le Bon Dieu*, Jacky —palmas arriba—. Él me bendice, me crea, me salva. —Me coge el brazo amistosamente—. ¡Eh! —grita de pronto, y al acordarse de la elegante y amanerada muchacha de Gershom Avenue que huía por las aceras infantiles alfombradas por el polvo rojo del crepúsculo, sacude el trasero y guiñándole delicadamente el ojo al agujero del cielo, añade—: Yo también soy tan tan tan como esos chicos que andan por ahí contoneándose, yo también soy afeminado —agita el poderoso culo como cañones de hierro tronando con el abrigo puesto y da unos pasos en plan mariquita con el dedo estirado en la noche fría. Regresa, me pasa el brazo por los hombros, se echa a reír, me empuja calle arriba, hacia la fiesta que cree en mí, y dice, tan alto que se oiría dos calles más allá—: ¡Uf! Somos buenos amigos, ¿no? —me sacude, me hace ver amor en los cielos, consigue despertar mi estupidez y abrir mis ojos de

inocencia, sus mejillas carnosas, rubicundas, el cuello enrojecido para seguir adelante y allanar el mundo con sus dientes felices—. ¿Lo ves, muñeco?

## 28

Subimos los peldaños del chalé, dentro solo hay luz en la cocina, entramos, Jimmy, su hermano mayor, nos sonríe en el centro de la estancia. Hay cocina, sala de estar, comedor, un dormitorio extra transformado por la joven pareja sin hijos en una especie de cuarto de juegos. Silencio extraño…

—Quítate el abrigo y los chanclos, Jack —me ordenan. Yo obedezco.

Del cuarto de juegos surge un griterío: «¡¡Feliz cumpleaños!!» Mi padre sale de pronto de otra habitación, seguido por mi madre; Bloodworth y Maggie de otra, mi hermana Nin detrás, y Jeannette, la esposa de Jimmy, y Piojoso, Taffy Truman, Ed Eno, otros, un abanico de caras en mi eternidad, la casa ruge. «¡Yupii!» Jimmy, gritando cordialmente, abre una botella de whisky y me la pone en el pecho, tomo un trago y doy un rugido. Llega un gran pastel con velas. Ceremonias de inicio, las apago soplando, ¡salud! Todos gritamos y comemos pastel en la cocina.

—¡Un buen pedazo para el invitado de honor! ¡Que engorde para la próxima temporada! —risas, un chillido femenino de placer, con la emoción, el gentío y la excesiva mundanidad no he tenido tiempo de saludar a mis padres ni a Maggie, veo que Iddyboy se las apaña para ser cordial como en las películas, con el trozo de pastel en la zarpa, riendo con Martha Alberge, su novia, y lanza un explosivo ¡fuaaa! de risa que le sacude el bombo que tiene por barriga y le expulsa por la bocaza un chorro de migas que baña el pastel, nadie lo ve, se cae, queda de rodillas, se sujeta la panza sin dejar de reír. Jimmy, su fantástico hermano, grita con excitación porque le han

contado un chiste verde, mi padre hace lo mismo junto al horno, el techo tiembla frenéticamente a causa del ventarrón que sopla y aúlla con fuerza, el calor golpea las ventanas, sujeto a Maggie por la cintura, grito. Se abre la puerta, llega más gente, caras enrojecidas que chillan se vuelven cuando irrumpen los recién llegados. Rugidos de aprobación, aplausos, botellas en alto.

—¡Ay, Ti Jean —me grita mi madre al oído—, creí que esta noche habría aquí millones de compañeros de estudios! ¡Ti Nin ideó una fiesta por todo lo alto! Pero ¡no ha venido ni la mitad! Deberías ver la lista que preparó con Maggie…

—¿Maggie también?

—¡Claro! Ay, Jacky —tirando de mí quejumbrosamente, ruborizada, su mejor vestido de algodón, una cinta blanca en el pelo, me estira la camiseta por debajo del ancho y cálido jerseidiota—, hay una tormenta espantosa, la radio dice que es la más intensa de los últimos años. —Luego, con entusiasmo—: Venga, dame un beso y un fuerte abrazo, y ¿sabes?, chist, no se lo digas a nadie, pero tengo cinco dólares para ti, ¿eh? *Tiens*, es para que celebres el cumpleaños viendo una buena película y tomándote una buena copa de helado. Invita a Maggie, ¿eh, cachorrillo?

—¡Bu, ju, ji, ja, ja! —Jimmy Bissonette lanza por encima de los parloteos y cotorreos la risa más demente e histérica que pueda proferirse y que se oye a tres calles de allí, yo lo miraba asombrado, me habían dicho que aquel hombre, muchas noches, en los locales del salvaje Lowell que abrían de madrugada, desafiaba a los presentes a ver quién la tenía más grande, y tiraba de la mesa siete, ocho, nueve o diez monedas con la suya, todo entre carcajadas estentóreas de festivos canadienses de los clubes del lago en que se celebraban fiestas horteras en verano, con la luna llena sobre las aguas, o en invierno, con música de piano, humo, gritos y saltos detrás de postigos cerrados y arañazos de las cañas en el hielo duro (el trampolín sin usar), con apuestas, alaridos, hurras tolstoianos, vivas de noche de farra, Johnny loco por las chicas, y con sus fuertes y macizas piernas recorría con salvaje entusiasmo los bares de Moody y entraba en clubes de un naranja fantasmal en que se

celebraban fiestas interminables, con cables telegráficos fuera de las ventanas (Ford Street, Cheever Street), las orejas salientes, corría con ansiedad, dando pasos cortos con la velocidad de unas tijeras, y no se veía más que su orgullosa cabeza levantada gargarizando explosiones de alegría iddiboyesca mientras su largo cuerpo seguía aguantando de cintura para abajo gracias a sus pies incansables…, a veces había peleas, noches perdidas del sábado, noches de éxtasis francocanadiense.

Y ahí está mi padre, entre el gentío, no hace más que rugir, toser, gritar sus propias expresiones festivas en los apretados grupos de la cocina, se ha puesto el traje nuevo de color marrón, tiene la cara oscurecida, casi de un rojo ladrillo, el cuello de la camisa arrugado, la corbata torcida de cualquier manera, deshecha sin esperanza alrededor del torturado y sudoroso pescuezo.

—¡Ja, ja, no me vengas con esas, Maggie! —con los brazos alrededor de ella, abrazándola, dándole palmadas en la espalda—. Ya sé que nunca les has enseñado cómo se lleva un traje de baño, pero creo, creo que deberías —tosiendo con fuerza. Sus toses son como detonaciones y Maggie capea el temporal sin pestañear.

Los vigías de las ventanas lanzan exclamaciones ante la magnitud de la tormenta.

—Qué barbaridad.

—Fijaos en esos copos, qué gordos son, y caen a plomo. Mala señal.

—Sí, y con este viento va a ser de miedo.

—Es igual, cantemos un poco. Oye, Jimmy, cántales tu canción del caballo, esa canción verde.

—¿En una fiesta de colegiales? No exageres. ¡Mu, ju ,ju, jui, ja, ja!

Aparecieron Vinny, G. J. y Scotty, con grandes abrigos, bufanda, con chicas, tarde, la tormenta. Amigos de la familia llegaron gritando, copos de nieve, botellas, la fiesta se encrespa. Tres colegas de Charley Bloodworth de la parte alta de la ciudad, Red Moran, Hal Quinn y Taffy Truman, se sientan en un rincón con cara muy seria, los francocanadienses gritan en francés, los muchachos

los encajan con golpeteos de escepticismo, jerigonza con peonza, farfullas y escarapullas.

—¡Venga, hablemos en inglés —grita mi padre—, así podremos hablar con Bloody y los chicos de aquí! Ya sabéis, la banda de las pelotas. Oye, Red, ¿tú no eres hijo del viejo Jim Hogan que tenía aquella carnicería en la plaza Nosecuántos, cerca de Westford Street? ¿Sabes a cuál me refiero?

—No —responden gritando—, no, señor Duluoz, esa carnicería era de un pariente nuestro y se llamaba Luke Moran, no Hogan.

—Me acuerdo de él, tuvo una pequeña tienda unos años antes, cerca de West Street, su mujer se llamaba Maria, tenía arpas judías colgadas en la pared. Compramos allí durante años. En Centreville.

—No sé quién es ese —Red, con escepticismo—. No…

No acaban de ponerse de acuerdo sobre quién es el padre de Red. Taffy Truman, el gran lanzador de béisbol, está sentado con las manos juntas, esperando.

A su lado está Harold Quinn, el héroe de la camada y la colina de Bloodworth, lo había visto con su abultada pantorrilla en la segunda base, en las polvorientas vísperas de la Twi League en South Common, el as del bate, la bola peinaba la hierba de la segunda base, Harold Quinn se adelantaba y la recogía con el guante con autoridad, la lanza inmediatamente hacia la primera y da lugar a una doble descalificación, vuelve a la segunda base, la acaricia con el pie, espera, el corredor patina junto a él levantando nubes de polvo, recoge el tiro bajo levantando el guante para dar una discreta palmada en el hombro del compañero, echa atrás el pie izquierdo para eludir la patada, escupe en silencio por entre los dientes mientras el polvo se esparce, las gotas de saliva cuelgan en el aire, caen en el polvo, el jugador queda ELIMINADO. Red Moran, a su lado, se inclina hacia delante, tiene en las manos un pequeño sombrero de paja del arsenal de la fiesta.

Bum, crac, todo mi Lowell cae en el delirio.

# 29

El calor sube hasta el techo. Vaho en las ventanas. Las agrestes ventanas de otras casas y las fiestas del sábado por la noche llenan el aire con el ardiente oro molido de la vida real. Estoy sudando, el grueso jersey deportivo me está matando, me da calor, me humedece la cara, triste en mi propia fiesta. Los mayores, en la cocina, están ya entre dos luces, rondas de chupitos, canciones de borrachos. Los más jóvenes, con mucho alboroto, se ponen a jugar a los carteros del amor, las parejas corren a morrear al oscuro y frío salón, tras cuyas ventanas azota la ventisca. Maggie es la estrella. Bloodworth, Moran, Quinn, Truman, incluso Piojoso, todos entran y salen con ella para besarse con pasión, las mejillas me arden de celos. Yo entro con ella cuando nos apunta la botella giratoria.

—Esta noche te has besado con Bloodworth como una descosida.

—¿Y no corremos ese riesgo, idiota? Son las normas del juego.

—Sí, pero a él le gustó y a ti también.

—¿Y?

—Bueno, que me siento… —La abrazo temblando. Forcejea—. No importa.

—Viejo celoso. Volvamos.

—¿Por qué ahora?

—Porque aquí tengo frío. ¡Escucha! ¡Se están riendo! —Y vuelve corriendo a las habitaciones cálidas. La sigo atolondradamente. Alternando el frío y el calor, la siguiente vez que nos toca ir al salón,

se echa entre mis brazos, me muerde los labios y noto la humedad de sus lágrimas en el oído.

—¡Jack, Jack, ámame esta noche! ¡Todos esos tipos van detrás de mí! Ese Jimmy me ha metido mano.

—¡Pues no les dejes!

—¡Ay, cabeza de chorlito! —Abrazándose ante la blanqueada ventana—. Mira, la ventisca ha puesto una sábana de nieve en el cristal. Dios mío, puede que mi padre haya tenido que ir a trabajar con este temporal. Debería llamar a casa. El coche de Roy podría haberse quedado atascado. —Entre mis brazos, encogida, meditabunda—: ¿Te has enterado de que ha muerto una de las trillizas Clancy? ¡Mecachis, tenía una irritación en la garganta y en cosa de un día se murió! Podría darte muchos detalles, pero es realmente desgarrador, así que mejor olvidémoslo.

—Siempre te enteras de las malas noticias que corren por el sur de la ciudad, siempre siempre.

—Es que tengo miedo de que le ocurra algo malo a mi familia. ¿No te enteraste de lo que le pasó a Eddie Coledana? Conoces a Eddie, está en el hospital, se cayó un montacargas desde el tercer piso de la Suffolk Knitting Mills Company, donde trabaja de tejedor, el montacargas bajaba lleno y le cayó encima, ¿verdad que es espantoso? Ay, ¿por qué me acuerdo de eso ahora y aquí, en tu fiesta?

—Maggie, Maggie…

—¿Cómo estará ese muchacho? —Con la boca en mi oído—: Amor de mi vida…

—¿De verdad lo soy? ¿Qué habría sido de mí si no hubieras venido a la fiesta?

—¿Estás enfadado?

—No… no.

—Eso me pregunté delante de tu casa. ¡Ah! —suspirando—. Creo que tengo la cabeza a pájaros —voluptuosamente pesimista entre mis brazos. Tengo miedo de decir más cosas, no quiero aburrirla. Todo el mundo me habla desaforadamente, toda la noche trato de luchar por ella en laberintos humanos, sé que la estoy

perdiendo ya. Piojoso me sujeta por el brazo y se esfuerza por animarme; empieza a comprender; percibo el amor que siente por mí, de hombre a hombre, de muchacho a muchacho.

—Vamos, Jack, tranquilízate, muñeco, tómatelo con calma, sabes, ¿verdad?, que todavía digo que la del domingo fue la mejor cena que hemos tenido en tu casa, ¿eh?, ¡es que nos comimos incluso las hamburguesas que preparaste el verano pasado! ¡Solo para mí! ¡Ay, Jack, corazón de oro! Fui a tu casa, te levantaste, echaste cien gramos de mantequilla en la sartén y unos buenos cachos de carne, fissst, mucho humo, cebollas, tomate, ¿verdad? ¡El mejor cocinero del mundo!

Vemos juntos que Maggie corre al salón con Bloodworth, Red Noran tirando de ella en sentido contrario. Me veo metiendo a esos dos en el quicio de la puerta de madera escocesa, en la revolución de Irlanda, y partiéndolos por la mitad.

—No pasa nada, Zagg, es una joven tontaina que se lo está pasando bien, yo no la besé, me eché a reír, ¡*me eché a reír*! ¡Ji, ji! Es solo una chica, Zagg, solo una chica. La semana que viene nos llevamos los cachivaraches para entrenar un poco, ¿eh? ¡*Béisbol*! ¡A darle a gusto! Nuestro fiel Iddyboy será el cátcher. Yo, el Niño Sam, estaré en la tercera base, será como siempre, nada ha cambiado, muñeco.

—¡Haz valer tus derechos! —grita Scotty cuando se reúne con nosotros en el centro de la habitación, donde tenemos las cabezas juntas y los brazos alrededor.

—Scot en la tercera, G. J. el magnífico en el montículo del lanzador, una gran temporada de partidos fantásticos. ¡Todo está bien!

Gus se reúne con nosotros:

—Zagg, no quiero decir nada, pero Maggie Cassidy se sentó encima de mi mano y no quería levantarse, en mi vida he sentido tanto apuro, te lo juro por mi madre, no quería moverse. Y el gordo de Emil Blúa, tu padre, seguro que no mira el culo de la chica cuando anda, pero todo el tiempo, cuando se sienta en sus piernas, le pellizca la barbilla y le gasta bromas, ¿sabes, Zagg?, ¿qué otra

cosa podía hacer? El viejo mataría por tirarse encima de una chica, ¡deberías ver cómo se le salían los ojos de las órbitas! Yo tenía miedo por Maggie. Te lo advierto, Zagg, Frank Merriwell, tu archienemigo, me ha pasado un par de pavos para que no te lo cuente…

Piojoso:

—Cuando se acabe la fiesta, amiguetes míos, me voy a mi casa, ya sabéis cómo sienta la cama. —Murmurándome al oído—: Pauline está enamoradísima de ti, Jack, ¡no es broma! No hace más que decir maravillas de ti cada vez que la veo, coño, incluso ayer, cuando quedé libre, entré en el aula y me preguntó si iba a hacer los deberes de clase y le expliqué una parte. Chico, no he tocado los libros desde entonces. Preguntas por aquí y por allá. Incluso me dijo que reía como tú, que hablo como tú, los mismos movimientos. También me preguntó si alguna vez te pondrías tan gordo como ella. Sinceramente, Jack, incluso habla del futuro. Se va a casar contigo y todo lo que se te ocurra. Yo no tendría que contarte esto, según ella. Me hizo un montón de preguntas. Que si tienes otras novias. A Maggie ni la menciona. Para quedar bien ante ella le dije «No» en voz baja. Necesitaría un día entero para poder contarte todo lo que me dijo. Y ahora dime, rata despreciable, ¿qué le dijiste a Pauline aquel primer domingo que estuviste en su casa? El pasado noviembre, después del partido… ¿No me dices nada en la cara? Pues yo tengo entendido algo distinto. Me dijo: «Sé una cosa de ti. Debería darte vergüenza.» Me contó todos los detalles. ¿Eh? ¡Confiesa lo que le contaste!

Yo le había contado que había enseñado con hechos a Piojoso cómo había sido aquel primer beso.

—¡Pues que te den, asqueroso Muñeco Bélgica! Me voy a soñar con ángeles negros entre mis blancas sábanas. Vaya tormenta hace para irse a dormir.

—Zagg —dijo G. J. en plan filosófico y rodeándome fraternalmente en medio del alboroto—, ¿recuerdas nuestros combates en el pasillo? Me llamaste desde fuera: «¡Yanni!», y yo bajé inocentemente como un ser humano normal, pero tú estabas

escondido en la oscuridad, con ojos llameantes, respirando con pesadez, y te abalanzaste sobre mí. Ayer lo vi todo de otra manera, la vez que me retorciste el brazo y yo te lancé un gancho de izquierda, temblaste al recibir el impacto, pero te recuperaste aprisa y me diste un revés en la mandíbula. Yo me vengué con un zurdazo y un golpe corto en la ingle y, chico, qué berrido soltaste. Zigzagueando y esquivándote, me lancé inmediatamente para matarte, te solté cuatro izquierdazos y siete derechazos y te quedaste de rodillas en el suelo, y entonces, más rápido que el rayo, empuñé mi palo de golf y te di un leñazo en la cabeza. La sorpresa se pintó en tu cara, trataste de levantarte, de ponerte de rodillas y aquello fue tu perdición, levanté el machote por encima de mi cabeza y lo descargué con todas mis fuerzas en tu sesera y caíste abatido como un toro. Ah, qué vida —repentinamente sombrío—. La felicidad desaparecerá, amargado cascarrabias, y me importa un bledo si no vuelve nunca a este maldito mundo. Pero qué más nos da, si eso pone contento a Dios entonces no hay ningún daño en ello. Todos nuestros sueños, Zagg, la infancia juntos, cosas como las peleas en el pasillo. Ahora ya eres adulto, tu madre te ha organizado una estupenda fiesta de cumpleaños, tu chica está aquí, tu padre, tus amigos. Sí, Jack, no te hagas ilusiones, todavía queda gente amable en este mundo. Puede que algún día te avergüences, pero de mí no te avergüences nunca, lo que hemos aprendido juntos, tú y yo, con nuestras conversaciones disparatadas y nuestras aventuras. Fíjate en Piojoso, el bueno de Bélgica se va a casa a dormir, dentro de un minuto irá por Riverside en medio de la ventisca, como las miles de veces que lo he visto allí desde la ventana de mi cocina y maldecía este mundo aciago, pero en el mundo no pasa nada y Piojoso está satisfecho y contentándose en él va camino de un merecido descanso, eso es lo que hay, Zagg.

Scotty, peinado, trajeado, sonriendo:

—Muñeco, si no puedes ser bueno, sé precavido, ¡je, je, je! Hasta el sábado a las cinco de la tarde. Me voy a trabajar y sobre todo el viernes por la noche hasta las once. Vinny se dio un hostión el otro día, se metió en un hoyo con la bici de Zaza, quedó con las

piernas y cuatro dedos llenos de arañazos, aunque personalmente creo que exageró un poco. Ahí donde lo ves, le van a dar un trabajo estupendo en Lawrence, ahora se pasa el día entero transportando cargas de ropa sobre los hombros. Pero este verano volveremos a estar todos juntos y tendremos coche e iremos a bañarnos después de los partidos.

—Eso espero, Scot. —Tiempo después, juntos y separados por miles de kilómetros, tendríamos en cuenta todo aquello, al lado de estufas de leña.

Me abraza con firmeza, sonríe.

Cierro los ojos, veo al pequeño Cabezapudin Bunky DeBeck, con su trajecito de girasol, sentado en su caja de galletas, en la página de dibujos en color de los sábados por la noche, «Fagan eres una víbora», se queja del barbudo, corpulento y macizo Chaplin Fagan que con sus gruesos labios de vagabundo replica «¿Por qué soy una víbora, Bunky?» mientras sale por la ventana con una máscara en la triste impresión en rojo. Maggie baila a pierna suelta, estoy pegajoso.

Mi madre cruza sonriendo el escenario de la fiesta, encorvando los hombros y mordiéndose la lengua para rodearme con sus brazos, quiere que todos sepan lo mucho que quiere a su chico, grita: «Eh, Jacky, qué te parece, mami viene a darte un besazo», ¡mua!

Llegan los fotógrafos, todos se ponen a dar órdenes, se forman dos grupos laboriosamente, me coloco en el primero entre mis padres, Bloodworth, Truman y Moran se ponen a la izquierda en seria pose de deportistas y compañeros del instituto, con chispitas en los ojos, Jim con los brazos en los hombros de los colegas, Jimmy Bissonette se pone a la derecha, con su esposa Jeannette, anfitriones: Jimmy tontisonríe mirando fijamente a la cámara a punto de estallar en bubi bubi peropero, ja, ja, con risa estrepitosa, totalmente emocionado y con un entallado abrigo francés que recuerda los chaqués europeos de los héroes de foto pornográfica que realizan grandes hazañas en habitaciones deprimentes con mujeres desnudas: nariz alegre de loco, boquita de pezón, orgullo

inmenso para la ocasión de la noche. Detrás de él está mi padre, con el brazo alrededor de mí, sus pálidos dedos en mi hombro oscurecidos por el papel blanco de la pared, está contento, chaleco grande, abrigo ajustado, toda la noche ha estado enfebrecido, gritando en la fiesta y «tomándole el pelo a la pequeña Maggie, ja, ja, ja»; ahora, en la foto, tosiendo con fuerza, la cara enrojecida, orgulloso, apretándome contra sí para que todo el mundo vea en el periódico el cariño que siente por su hijo, con la misma sencillez y buena fe con que Jimmy enseña su carialegría a los ávidos mundos. Mi padre es como un personaje de Gógol en una casa de la antigua Rusia. «Vamos, atentos al pajarito, sonreíd todos del mejor modo que podáis, vamos, Jack, sonríe, este chico mío no sonríe nunca, joder, cuando tenía cinco años y yo volvía a casa, me lo encontraba sentado y solo en el porche, una vez incluso se ató con cuerdas, con cara de funeraria el mocoso, y yo le decía: «¿En qué piensas, hijo? ¿Por qué no sonríes y preocupas a tus mayores, que te han dado la vida? No agradeces lo que han hecho por ti en un mundo que confieso que ya es lúgubre sin ayuda de nadie…»

—¡Atención todo el mundo!

—¡Ejem! —mi padre se aclara la garganta con gran seriedad. Clic, hacen la foto, ni siquiera he sonreído en ese momento, parezco un subnormal contristado (el sudor y las sombras de la cámara) con una cara contraída y paliducha de gilimemo, con los brazos caídos y las manos juntas en la bragueta, así que más bien tengo pinta de bestezuela anormal e innombrable que persigue sin entusiasmo sueños de gloria en un salón lleno de gente importante, pinta de Tom el Pupas el de las pocilgas, cara triste, todos los presentes sentimentalmente puestos a mi alrededor para proteger al «ESTUDIANTE Y DEPORTISTA PREMIADO EN SU CUMPLEAÑOS», como dice el pie de foto.

Pero en la siguiente foto («¡Gracias a Dios!», me digo al verla al día siguiente en el *Evening Leader* de Lowell) soy un heroico atleta griego de bucles negros, blanco rostro de marfil y ojos bien perfilados en el gris de la página, cuello noble y juvenil, manos poderosas cerradas y separadas como leones guardantes en los

muslos desesperanzados; en vez de estar con Maggie entre mis brazos, como novios que ríen felices y se sientan a la mesa para ver los regalos (radio, guante de béisbol, corbatas); sigo sin sonreír, tengo una expresión inútilmente introvertida y miro a la cámara para dar a entender que se reservan para mí honores especiales en el resonante corredor y el oscuro pasillo de este infinito, esta desolación telepática, esta cazabombardero, en vez de estallar en carcajadas como Iddyboy que está atrás con los brazos abiertos alrededor de Martha Alberge y Louis Giroux y exclamando «¡JIII!» con voz de trueno y regodeo con esa hambre voraz de Iddyboy, vidamante, abrazamozas y rompecercas, satisfacción que hace que al fotógrafo se le pongan los pelos de punta. Maggie, por su lado, es un estudio de grave irrespetuosidad hacia la cámara, no quiere tener nada que ver con ella (como yo), pero tiene una actitud más firme, duda mientras que yo me enfurruño, frunce los labios mientras que yo me quedo mirando fijamente el mundo con los ojos muy abiertos; pues también mis ojos brillan grisáceamente en el periódico y manifiestan por la cámara un interés definido que no se nota al principio, como una sorpresa. En Maggie hay asco indisimulado. Lleva un crucifijo y muy remilgadamente no tiene palabras para el mundo de la cámara.

# 30

Termina la fiesta, se arregla el regreso a casa, llamamos taxis, bocinazos en la nieve, bolas de nieve estallan entre gruñidos y salpicaduras, motores de coche que arrancan, sitsitrummmm. No hay sitio.

—¿Podemos ir detrás?

—¿Nonoua? No sé.

—¿No tenéis sitio?

—¡Pues cla…! ¡Venal…!

—Buuuu.

Las cosas pequeñas necesitan su tiempo.

—Buenas noches, Angelique. Buenas noches.

Llamadas en la nieve. En mitad de Moody Street hay un lío de camiones con cadenas, bocinazos, gente con palas, la ventisca ha obligado a salir a los trabajadores. «Oye, de esta pienso sacar unos dólares», dicen los chicos de más edad en Middlesex Street barrios bajos de Lowell y un salto sobre llagados pies alcohólicos hacia el Ayuntamiento o dondequiera que se trabaje para el municipio. Iddyboy lo mencionó cuando se dispersó la fiesta.

Ha sido todo un acontecimiento. Yo no tuve nada que ver con esa cuestión. Los autobuses circulaban gracias a Dios y casi todos vuelven a casa por ese medio, Maggie, que vive a cinco kilómetros, en la periferia, tiene que tomar un taxi. Encontramos uno en una parada que funciona toda la noche, enfrente de donde yo vivo. Levanto la cabeza y veo las oscuras ventanas de nuestro domicilio.

Ahora que la fiesta ha terminado, todo tiene el sabor de un sueño bien consumado, como cuando nos arrancan un diente.

—No es momento para que me lleves al sur y vuelvas andando a Pawtucketville.

—¿Por qué no?

—No podrías caminar con esta tormenta…, veinticinco centímetros de nieve. —Qué estrategias sicilianas las de mi cordera. Podría ir andando con esta tormenta tan bien como el coronel Blake, el del Polo Norte y la armada groenlandesa, ya había hecho algo parecido hasta Pine Brook, allá en los bosques de Dracut, por la noche, con una ventisca de muerte, armado con un palo largo, clavándolo en tierra para no pisar en cauces de agua ni en pozos; había aguantado en los bosques de noche, escuchando el beso de los copos y las ramas en invierno, las salpicaduras del aguanieve como partículas eléctricas anticipadoras y tintineantes, en húmedas ramas resinosas…

—Claro que puedo ir andando con esta tormenta, pero esta noche no quiero, tengo los chanclos en casa y me caigo de sueño, chica, ¡son las tres de la madrugada!

—Yo también. Qué fiesta, tú.

—¿Te ha gustado?

—Claro.

—¿Qué te ha parecido mi padre?

—Divertido.

—¿Verdad? Lo hemos pasado bien. Algunos chicos lo pasaron bien.

—Esa no es la cuestión —dijo Maggie cuestionadoramente.

—¿Qué?

—Ha sido en tu honor. Deberías valorar eso.

—¡Y lo valoro!

—Si lo dices así, no te creerá nadie.

—Bueno, pero tú ya me entiendes.

—Sí, sí —dijo Maggie casi en son de burla—, eso es porque soy como tú. —Metiendo las mandíbulas en la historia de nuestro amor,

con expresión medio seria en el portal, medio inclinada. Estoy junto a ella con orgullo, algunos jóvenes del Textile Lunch, al otro lado de la calle, ven que estoy con una morena estupenda esperando un taxi. No tengo tantos años como para morderme las uñas por no poder llevármela a casa y follármela. Estoy mirando como un tonto las ventanas superiores de enfrente, Maggie se toquetea el pelo mirándose en un espejito; del techo de la marquesina de la parada cuelga una triste bombilla roja. Por Moody suben unos zánganos desolados, engullidos por el viento, envueltos en los copos que cruzan el resplandor de la farola. Beso a Maggie: se deja caer hacia mí, relajada, pequeña, joven, solo necesito mencionar la palabra besar y se pondrá a jugar a los besos. Empezaba ahora a notar su sexualidad y era demasiado tarde.

Por el otro lado de la calle van algunos de la fiesta, a Textile Lunch, para tomar hamburguesas y café, entran en tropel, se ve al fondo un retazo de la máquina de discos, el camarero de antebrazos tatuados está en el mostrador gritando con cara de loco: «*Oy la gagne des beaux matou*!» («ya está aquí la banda de los puñeteros calentones»), a mi padre y sus amigos, que están medio borrachos y aspiran el aire humeante de la casa de comidas, húmedos, cansados, sin hambre, mirando sombríamente y con desprecio a todo el mundo, pero estallando en carcajadas, jovialidades ruidosas y necesarias y exhibiciones de preocupación relinchante y repentinos sentimientos buenos, tiernos y alegres. El camarero hace un ligero comentario por la comisura de la boca cuando se vuelve al cocinero para hacerle el pedido.

En la acera de enfrente, a través de las ventanas empañadas y la nieve que caía, podían vernos a mí y a Maggie, arriba, juntos, en un umbral, transeúntes que de repente se besaban y volvían a ser transeúntes que daban patadas en el suelo como quienes esperan un taxi.

—La fiesta estuvo muy bien, creo que no habría podido organizarse mejor.

—Sí, pero esa no es la cuestión, quiero decir ¿te has alegrado de verme esta noche?

—Tenía que verte esta noche.

—Eso ya lo sé, pero solo con verme, ja, ja, lo digo en broma, te pones bien. Duermes un poco en casa y te sentirás bien.

—¡Jacky! —se lanzó sobre mí con los brazos alrededor de mi cuello, el vientre pegado al mío, aunque con la espalda arqueada para lanzarme a la cara la riqueza de su imagen—. Quiero ir a casa, a una casa, para dormir contigo y casarnos.

Me vine abajo al pensar en aquello. No sabía qué hacer.

—¿Eh? —Imaginé a mi madre diciendo que Maggie era «demasiado impaciente», diciéndoselo a otros, hablando del asunto, el dulce futuro con Maggie y yo llegando a casa por la noche, cansados tras una fiesta, subiendo los peldaños en la oscuridad, junto al papel decorador de color rosado, hacia la aterciopelada oscuridad de las habitaciones de arriba, donde nos quitamos los abrigos, nos ponemos el pijama, y entre una cosa y otra la desnudez de la cama que da botes. Un niño que da botes con la Navidad en los ojos. En la cuna, en la oscuridad rosada, el pequeño con un asomo de puchero en la boca duerme sin pensamientos. No se le puede molestar con ruido de conversaciones ni con ángeles con espadas excitando la parda visión revoloteante de las cortinas que se abrirán muy pronto, elevando al cielo níveas, natatorias, resplandecientes y universales partículas de la verdad. El niño de Maggie en realidad, el mío, mi hijo, en el mundo nevado, mi casa de color leña, el río de Maggie haciendo el barro más fragante en primavera.

Se fue a su casa en taxi, al volante iba un amigo mío cuya cara había visto en un millar de ocasos *felahín* de este poblado en nuestra infancia de calles sucias, Ned, Fred, era un buen chico, hizo algunas bromas sobre no sé qué mientras avanzaban expulsando tristemente humo denso que ascendía por delante del piloto rojo de atrás en lóbregas condiciones invernales y se perdían con rumor de cadenas en la lejanía, hacia el sur de la ciudad, origen de mi flecha.

# 31

Los pequeños paraísos tardan. Las pequeñas fiestas terminan.

Mi padre no había hecho más que empezar la zapatiesta en la casa de comidas, yo entré para rematar mi día, pero bostecé un par de veces bajo la luz verdosa y me zampé tres hamburguesas con kétchup y cebolla cruda mientras la comparsa celebraba con música y rugidos la noche del sábado o la noche de la ventisca de Nueva Inglaterra, al alba se abrieron botellas, se buscaron otros sitios, en Gershom Avenue, a las seis de la mañana gris, cuando solo las viejas almas en pena de Pawtucketville desfilan con velo negro por su blanco camino hacia la iglesia, del interior de las viviendas salían repentinas y agudas carcajadas de tía que estaría en una cocina económica de hierro negro con mesa redonda y zarandeos de ventanas de algún chico negro que no podía dormir en su cama, por la mañana estarían ojerosos por culpa de la ventisca. También yo me iré a dormir ahora para que el ángel negro de la almohada me abra el vacío: el mundo no abre el vacío.

—Como quieras, Jacky, pequeño mío —dijo mi padre al acabar una vibrante carcajada con Ned Layne el profesional de lucha libre que era propietario parcial de la casa de comidas—, vete a dormir, si eso es lo que quieres, no haces más que bostezar, demasiadas emociones para los críos esta noche. —Y Ned Layne moriría en la guerra; ninguno de los allí presentes lucharía en el estadio legítimo; la amiga de mi hermana, su amiguita de la infancia, que iba a casarse con él, lamentaría no haberse arrimado a un árbol mejor en la dura realidad del mundo. Los árboles que habían arraigado en

esta realidad ya habían hundido sus nudosas ramas en la desolación.

—De acuerdo, papá, me voy a la cama.

—¿Te gustó la fiesta?

—*Oui*.

—Bien. Si te preguntan, no digas a nadie que he tomado un par de copas, no quiero verme obligado a saltarme las leyes. —Antes de llegar a casa para cenar todas las noches, mi padre tenía por costumbre detenerse en el Club por el camino para echarse al coleto dos o tres lingotazos de whisky, era la gran ocasión en que lo veía dirigirse directamente desde allí a la barbería de enfrente, la lenta y larga puesta en escena con él dentro, con el sombrero de paja colgado las noches de verano, mientras yo, con las zapatillas de deporte puestas, corría hasta casa, que estaba dos calles más allá, era dos años más joven y lo veía increíblemente lozano en la barbería, con una revista y un babero blanco alrededor, y junto a él el barbero inclinado para afeitarlo—. Buenas noches, chico, y si te casas con Maggie, nunca encontrarás una moza más guapa, es irlandesa como el día es largo y una buena chica hasta donde sé.

# 32

—Este abrigo calienta —dice Bloodworth, andando en el frío y rojo crepúsculo de marzo, muy cerca del estado de New Hampshire—, pero esta noche no. —Es una broma insulsa y entonces caigo en la cuenta de que es un grandísimo escéptico que ha meditado profundamente sobre el clima e introduce sus conocimientos en sus conversaciones, o que aprovecha sus pavorosos hallazgos para maldecir—. Cago en la puta, no tardará en empezar el deshielo.

# 33

Llegó abril. Continuó la obra de marzo sembrando de barro los bosques, y en mayo largas oriflamas ondeaban en el asta del circo con el aviso de «Prohibido fijar carteles». El verano se introdujo en los resquicios de la primavera y los dejó secos. El grillo elemental tuvo que salir de su piedra. La fiesta de cumpleaños había terminado, mi cariño por Maggie aumentaba conforme el suyo decrecía o me tenía más seguro. La estación había girado sobre goznes invisibles propios.

La cosa era que Maggie quería que mi actitud fuera más firme y vinculante en nuestro compromiso conyugal, como compañero suyo de cama y sentimental; quería que dejara de comportarme como un estudiante y me preparase para entrar en el mundanal tráfago, progresar por ella, nuestra prole y nuestra generación. Me lo sugería la categoría primaveral con brisas de río limpio que ahora empezaba a aprovechar porque los surcos helados de Massachusetts Street, donde vivía Maggie, empezaban a descongelarse, cristal, crac y al agua patos. «Fric, frac», saludaba el guapo matón del cruce de Aiken y Moody Street y pese a todo mayo estaba allí. «So percebe», decía la alondra posada en una rama, y sé que la savia y otras resinas aparecerían vibrando con la primavera. «Nunca se sabe, ¿verdad?, que la madera estaba húmeda por debajo», dirían los antiguos campeones en los pinares. Recorría Lowell andando sobrecogido y admirado de mis medidas cerebrales. Las palomas cucurrucucú. El viento soplará monótonamente bla, bla, bla, por todo Lowell.

Ahora averiguaré cómo está mi amor por Maggie. No muy bien.

No tenía que preguntarme: «¿Qué hago, Maggie?», y como un estudiante de secundaria llegué finalmente a la conclusión de que con ella se irían al carajo las galletas Ritz y la mantequilla de cacahuete. Me enfurruñé como un niño ante la idea de perder mi casa y lanzarme a esos suicidios anónimos de las bodas y las lunas de miel. «Cariño», dice Maggie, «está bien, sigue yendo al instituto, no quiero entorpecer tu trayectoria profesional, sabes lo que hay que hacer mucho mejor que yo. Quizá no sea práctico vivir contigo.» Es una noche tibia de fines de marzo; estoy bajo la luna resplandeciente y las brujas de marzo corren con sus escobas y sudarios, los galgos corren detrás ladrando en el páramo, no vuelan las hojas, los pies las trituran, una bestia húmeda y furiosa se frota el lomo contra la tierra, estás a punto de comprender que el rey barón de las dulces montañas no será coronado monarca de este reino de savia de pino. Vi pájaros azules temblando en húmedas ramas negras, «¡¡entren las flautas!!»

La aflautada primavera corría por los pasillos y callejones rituales de mi sagrado cerebro en santa vida y me despierta y devuelve a la misión de ser y llegar a ser hombre. Respiro profundamente, tomo un atajo y avanzo a paso vivo sobre las crujientes cenizas del camino de grava que pasa por detrás del Textile y junto al vertedero del río: tremendas vistas del Lowell nocturno desde este montículo, incontables, tristes y trágicas aguas abajo, por encima de formas de arbustos muertos y restos, habitados por las ratas, de Reos, Chandlers, Pi Pi Pu, máquinas de hace mucho, y arena mala que apesta a cloaca; podía oler estas cosas en las noches de primavera procedentes de Maggie, pues la primavera trae guardabarros oxidados con su dulce podredumbre pegotes de comida para cerdos en la parte de abajo y yo lo sabía; esto se mezclaba con el dulce aliento de la voz del río que me sobrecogía sobre el lago del meandro. Desde Lakeview olía con claridad y literalmente las piñas que se preparaban para los secos jubiloveranos en el suelo, las azaleas se hinchaban nuevamente en el jardín de la señora Faherty, del bar de Rattigan, que estaba al lado mismo, saldría agua jabonosa y olores de espuma agradable durante los meses

venideros; imposible confundir la primavera con los palos de escoba que golpeaban los porches de las señoras.

—Mi padre está ahí —dirá Maggie pronto, pues ha doblado la esquina y va por la calle donde se encuentran las tiendas y bares del sur de Lowell y ha pasado por delante del establecimiento donde el señor Cassidy se toma sus whiskys con cerveza antes de irse a casa a dormir. «Entonces le dije: “Llegaremos a seis, chute y uno, chute y dos, nos ponemos por delante, allanamos el camino y liquidamos el resto”. “¿Qué?”, dice. “No he entendido ni patata”. “Por los clavos de Cristo”, le dije, “te pagan lo mismo que a mí, ¿verdad? ¿Y no he estado gilipardilleando por aquí durante diecisiete años? ¿Y esperas que me detenga y te explique las cosas otra vez? Limítate a tener la boca cerrada y los ojos abiertos, así aprenderás”.»

Maggie oye estas palabras, sigue andando, sonríe, va a casa para hablar con su madre. Risa confusa. Sale un niño del porche, y la luna. Corro entre las pardas luces *felahín* de la vida, dejo el autobús en la esquina del cementerio, cruzo las vías por un paso elevado, llego a una sucia plaza con una farola en la que confluyen dos calles y luego a la pendiente que entra en el tonel negro de Massachusetts Street, Noche del sur de Lowell donde se ven espalderas, plantas trepadoras, volutas.

La primavera me entra en la nariz, en el ventilado cerebro. En el horizonte resuena el pito del tren. Maggie inclina la cabeza hacia mí.

—O sea que en el fondo no quieres relacionarte con alguien como yo. Es posible que pienses eso ahora, pero creo que eso no… no servirá. —Yo no podía creerla, solo ir por ahí para morrear un poco más. Mi visión de la vida y el cementerio, increíblemente lúgubre, y Maggie piensa que soy un zoquete de pensamientos perdidos que se esfuerza por recordar lo que ha de decir. Según mi organización mental tengo tres cosas de las que ocuparme con los dientes de la cerradura cayendo en las muescas y la puerta de la caja fuerte abriéndose lentamente, tan lentamente que tardaba toda una vida; y viendo ahora además que no me amaba, pasaba el

tiempo dándole vueltas a si iba a verla o no. Pero ella se limitaba a estar allí y no se preocupaba.

Estas defensas las ponía también delante del viento balsámico y perfumado. Con las manos en los bolsillos, avanzaba pesadamente hacia los fantasmas. De ese mismo modo recorrería las calles de Chicago por la noche unos años después. De ese mismo modo inclinado cruzan la tormenta quienes van o vienen del trabajo, la guerra o el burdel…

En la ciudad todo marchaba como siempre, solo que siempre estaba cambiando, como yo, aunque en la calle donde vivía Paddy McGillicuddy, en Acre, en lo alto de la colina, el rojo crepúsculo me decepcionada siempre del mismo modo; algo eterno se cabildeaba en las tristes y rojas chimeneas de las fábricas, ah, estas celesteorientadas e imperiales protuberancias de una gran civilización en un valle. El Reino de Lowell era limitado y servido en consecuencia, desde el lobby de agricultores de Michicoco, Metucheco, Methuen, ¡¡barrgtrt!!, para arriba.

—No me quieres —me decía mientras le besaba el cuello. Pues qué bien. Yo no decía nada. Tenía mucho serrín para rellenar mi pobre muñequita. A veces hacía como mi hermana, me fingía dormido cuando Maggie me decía bobadas. No sabía qué hacer.

# 34

Una noche —qué triste era mi sombra—, añorando el bálsamo y el rubí de sus brazos y labios, quedamos para vernos, lo acordamos por teléfono. Desde hacía semanas me resultaba cada vez más difícil concertar encuentros con ella, por lo visto tenía otro chorbo, Roger Rousseau, que jugaba de paracorto con los Kimballs en la Twi League de Lowell al mismo tiempo que su increíble padre, que con su barriga y sus gafas jugaba de tercera base junto a él y se doblaba por la cintura para recoger delicadamente las pelotas del suelo sin necesidad de agacharse. Vivían en el campo, seguramente eran ricos barones de este Reino de Lowell, con guardamurallas medievales en la tapia de piedra de su huerto de manzanos. Dirigían una fábrica de productos lácteos. Bloodworth, con su caballerosidad, su amistad conmigo, su gracia y su sincera y cálida elegancia, la había escoltado en las liebres de marzo, pero ahora teníamos que vérnoslas con los cabrones de mayo.

Roger R. la acosaba con frecuencia creciente. Cada vez eran más escasas las ocasiones en que me dejaba entrar en su casa para ver cómo llamaba a su puerta; en el patio de atrás había un columpio, los dos se sentaban en él, yo nunca. Las hermanas menores de Maggie me miraban ahora de otro modo; su madre parecía apenada; el viejo se iba al trabajo y no tenía idea de quién era yo. Bessy Jones estaba ausente más a menudo. La temporada de béisbol estaba a la vuelta de la esquina y yo había trabado amistad con Ole Larsen, el lanzador, dado que vivía en la calle de Bessy, en una casa de madera desde cuya ventana se veía la cochambrosa cuerda de tender la ropa de la muchacha y por aquella

parte de atrás tenían conversaciones por encima de una valla imblanqueada a lo Tom Sawyer.

—Uf, la Maggie se lo está haciendo pasar mal a Jack.

—¿Sí? —Larsen medía uno noventa y dos, era rubio, había mostrado interés por Maggie, pero según las largas y confusas historias del barrio siempre se había reído de ella y nunca la había tomado en serio. Algo que Maggie lamentaba, pues le gustaba el mancebo. Era un tipo que caía bien—. Dejemos que se concentre en el béisbol conmigo, este año vamos a tener un gran equipo. —Creía en nosotros, respetaba sinceramente nuestra amistad. «Tienes que aprender a darle efecto a las pelotas.»

El primer día de entrenamiento en el instituto corrí con Freddy O'Higgins en el jardín izquierdo mientras el entrenador, Rusty Whitewood, le daba un leñazo a una pelota lanzada por él mismo que Freddy no fue capaz de alcanzar pero yo podía atraparla, quería demostrárselo a Ole, que estaba junto al entrenador, hablándole de mí y de todo en general, a mí no me conocía nadie en béisbol, corrí sobre el césped recién puesto, viré en oblicuo, llegué detrás y más allá de O'Higgins en su propio jardín izquierdo, el mío era el central, y pateé el terreno hasta que de los altos cielos bajó lentamente la bola, trazando un arco sobre mi cabeza, en busca del suelo. Levanté la mano enguantada y la atrapé mientras me alejaba corriendo de la base. La abracé casi tambaleándome y me la apreté contra el estómago, O'Higgins no estaba muy seguro de lo que yo acababa de hacer a sus espaldas, oí que Larsen exclamaba ¡Bravo!, levantando el bate. Preciosa captura, precioso salto. Pero yo seguí perdiendo las pelotas curvas en la base. Cuando Ole practicaba procuraba lanzarme pelotas altas y fáciles que yo pudiera batear hacia la izquierda, las curvas me hacían trastabillar con consecuencias trágicas y me acojonaban, las rápidas las devolvía con igual rapidez, consiguiendo a veces pelotazos de mil doscientos metros que todos comentaban y cuando íbamos a jugar en el campo cercado conseguía jonrones regulares por encima de la valla del jardín central en los entrenamientos, pero en los partidos de verdad, con lanzamientos de verdad, con un lanzador que masticaba chicle,

un cátcher que se burlaba de uno y la astuta pelota que giraba sobre su eje, «¡Descalificado!», y cuando me agachaba tenía las muñecas entumecidas de tanto darle al bate.

Larsen y yo éramos colegas, fui cátcher con él, e íbamos a derrotar a Maggie.

—¡No le des nada! ¡Que se preocupe! ¡Que te busque ella! ¡No pienses en ella! ¡No le prestes atención, tienes bolas que jugar, chico! ¡Ya aparecerá! —me aconsejaba Ole. Las tardes de abril, después del tercer aviso, salíamos corriendo del instituto en dirección a Shedd Park y recogíamos los guantes y el calzado; era desgarrador porque estaba muy cerca del sur de Lowell, yo miraba por encima de los árboles el rastro de la ceniza destinada a la pista exterior del instituto, más allá de las últimas canchas de tenis, el abedul entristecido, los primeros tejados del barrio de Maggie. Aquella noche, después de cenar, anduve a lo largo del río y bueno, ella se cansó de todo aquello. Por fin, la noche que quedamos citados, rompió de una vez y sin más ni más se fue a hablar con Roger R. entre los arbustos que había junto al puente del ferrocarril, en aquella arena erótica…

Fue demasiado para mí, el corazón se me hizo añicos.

# 35

«Eres un marica», me dije. «Ahí tienes a la chica que amas, la viste en el coro del cine Keith en 1927 o 1928, cuando tenías cinco o seis años, y te enamoraste de sus muslos y sus ojos negros, el ángel de oropel que Dios te había lanzado desde los bastidores, Maggie, directo al cráneo, no dejes que te hable con descaro.» Pero… «Ella es la única…»

—No te fijes en eso —dijo mi padre cuando se fue a trabajar, otra vez fuera de la ciudad, en la noche buceadora de la muerte…, al cabo de siete años dejaría de existir. El sol no volvería a brillar en su nariz—. Eres demasiado joven para esas cosas. Interésate por otros aspectos de la vida.

Estábamos esperando el autobús en Moody Street, antes de irse de la ciudad fuimos al cine, al de Merrimack Square, donde en otros tiempos días de lluvia Rintintín, oscuridad, Fu-Manchú, la platea, peleas de actores, pero aquel día habíamos visto el último éxito del momento.

—No era buena —dijo mi padre con una expresión totalmente desdeñosa—. Hacen lo posible por gustar, pero aparte de eso, niño, no se salen de lo trillado. Cometes errores y te rompes el alma de preocupación. ¡Tú eres el único que se preocupa! Ah, ya sé que *cette maudite vie ennuyant est imposible*! («esta maldita y fastidiosa vida es insoportable»). ¡Lo sé muy bien! Pero ¿qué le vamos a hacer? Solo decir: pensaré todo el tiempo que solo existen las tinieblas y la muerte, aunque apostaría a que hay que ocuparse de la esposa y los niños. Muy bien. No se ha inventado un salvavidas mejor. —Me apretó el brazo, vi el triste frunce de sus labios, la

franca seriedad de los ojos azules en su cara ancha y rubicunda, la sonrisa del grandullón a punto de toser asmáticamente y de estallar en carcajadas, doblándose por la cintura. Pues al final Ti Jean iba a ser abandonado a su suerte y yo estaba allí y me daba cuenta—. Nada puedo hacer sobre eso. Quiero decir que las pruebas de atletismo han terminado y tu principal deporte va a ser el béisbol, ¿no? Pues… yo no estaré aquí para verlo, maldita sea. Ah —un suspiro agotado—, se supone que va a ocurrir algo y que no…

—¿Dónde?

—No lo sé —otro suspiro—. Puede que creyera que este año nos veríamos más a menudo… No sé… No solo para ir al cine, sino para hacer viajes y charlar. No hablamos mucho. La verdad es que no hablamos nunca. Ay, hijo, maldita sea, es terrible no ser capaz de ayudarte, pero has de entender, ¿verdad?, que Dios nos deja totalmente solos con nuestra piel para que nos vaya mejor o peor, ¿eh? Así que tú dirás dónde.

Otro suspiro.

—No lo sé.

—*Pauvre* Ti Jean. Tenemos problemas, ¿verdad? —Movimiento de cabeza alrededor y atrás.

# 36

Estaba sentado en la pendiente del parque que quedaba detrás de la casa de G. J., un atardecer de mayo, a las seis y media, todavía no había oscurecido, aún habría luz durante un rato, Scotcho está con nosotros, lanzando guijarros a los pétalos de mayo. Mi amor, mi anhelo por Maggie Cassidy se había convertido en tristeza tumultuosa y continua en mi cabeza llena de ruidos. Los sueños, los caprichos de la fantasía, los salvajes ahogos de la mente, como en la vida real seguía yendo al instituto, cálidas mañanas de primavera ahora en la calle, prácticamente verano y se acabaron las clases y terminé la secundaria.

En las pruebas de atletismo de invierno que se celebraron en Boston Garden, en los Relevos del Litoral, competí en una loca carrera con Jimmy Spindros de Lowell y otros de la Preparatoria de St. John, dondequiera que estuviese; a Spindros le llamaban El Jefe, su narizota de halcón le hacía destacar en desoladas nieblas de viejos partidos de fútbol americano, el casco bajo el brazo, como capitán del equipo de Lowell, ancho, alto, fuerte campeón griego de todos los que murieron en las grandes melancolías de Iwo Jima. En la pista de corcho de Boston Garden, yo, con mis pequeñas zapatillas de clavos, partí con el mismo salto afortunado que coincidía con el disparo de salida y volé en las curvas protegidas sin salirme de mi callejón blanco, más rápido de lo que había corrido nunca en una prueba de 30 yardas y me metí en el pelotón de los tres corredores universitarios en el momento de salvar la curva, seguramente algo ilegal, los oí jadear detrás de mi nuca, pero soy una flecha y me preparo para dar la última vuelta y viro sobre los

clavos lanzando fragmentos de corcho a la generación y cuando llego a la base alargo el testigo a Mickey McGuire, que estaba al tanto de mi relación con Maggie y había salido y comido hamburguesas parlanchinas con Kazarakis y conmigo en la gran noche bostoniana, hablamos de las novias y problemas que teníamos en aquel momento y soportamos los molestos neones de aquella ciudad en 1939, probando los artículos griegos de los puestos ambulantes de comida que estaban cerca de North Station en los que nos sirvieron gruesos filetes de carne con pan como si fueran bocadillos, y competimos para ver quién comía más, y nunca he corrido más rápido en mi vida, Kazarakis tiene que recoger el testigo en último lugar y correr la vuelta del pistoletazo, la vuelta final, y en cuanto Joe Melis cuellotoro se abría paso entre los corredores, con caderazos futboleros en los recodos protegidos y llegaba rugiendo, toma yaaa, Kazarakis alargaba el brazo para recoger el testigo y estiraba su ya larga cintura para poner en movimiento las largas piernas, y aunque no alto, 1,74, era delgado y pequeño pero potente, y en cierto modo grande, y se lanzó como un bólido para salvar la primera vuelta con el testigo en la mano, y la clavó, vaya si la clavó dándole vertiginosamente a las piernas sin mover la cintura, y los brazos ni se le veían, y superó y se puso delante de los velocistas universitarios; y ganamos; pero no porque yo terminara mi vuelta por delante de Spindros de St. John, él corrió hacia su compañero con el impulso de la última vuelta, adelantó al Jefe Guerrero Indio dando grandes zancadas junto a mí y alargó el testigo al otro compañero, yo trastabillé y perdí pie en el tramo perdido entre el testigo y la arrancada, Mickey McGuire tuvo que lanzarse y machacar y recorrer la pista loca, con ocho yardas perdidas, y fue Kaz, de los tres, quien completó la victoria. Esta especie de derrota, en la que estuvo involucrada Maggie Cassidy, debió de desmoralizarme; yo había llegado al punto máximo de mi amor y obtenido un éxito fabuloso durante un par de noches… ¿cuándo? Una noche de marzo, al lado del radiador, ella se puso a resoplar y a meterse conmigo de un modo inconfundible, era mi turno de ser un hombre y no sabía qué hacer, ni la menor idea en mi

cerebro atestado de mundos de lo que quería de mí aquella noche; ninguna noción de lo que es eso.

Sus brazos me rodeaban con firmeza, sus labios mordisqueando y levantando espuma en el océano de mi cara, su vientre tocando el arpa con el mío y modulando un fuerte canto de pasión, amor, alegría, los vientos de la locura de marzo la habían descontrolado, me habían traspasado y estábamos listos para fecundar junto con la primavera, y para ser marido y mujer en la Realidad Universal; incluso imaginaba ya la casita de ventanas rojas junto a la vía del tren, para los dos; paseos embarrados a la luz de farolas pardas por Massachusetts Street durante suaves noches primaverales, cuando sé que todos los maromos de Lowell corren tras camiones llenos de excitación, las chicas juegan a las adivinanzas en los graneros con los pechos colgando y toda la noche americana se agrupa alrededor del horizonte.

Estoy sentado en la hierba del parque con G. J. Mis sueños van por delante de mí.

La vida es dulce, dentro de una caverna grande.

—Me voy a ver a Maggie —digo a Gus, observando Lowell por debajo de los altos árboles, por encima del campo, al otro lado de Riverside Street; por encima de la oscilante hierba vemos a tres kilómetros de distancia los tejados de Christian Hill que brillan rojos al sol, el Reino era más hermoso que nunca, los tejados *felahín* de mi Bagdad de arriba y abajo de mi pequeña Pawtucketville se diluían en rosa para mí. Yo era la juventud bienamada, hoja de hierba en la boca, recostado en la ladera después de la cena, observando el viento del atardecer que rizaba los árboles que me techaban, en casa, en la patria, en la tierra natal. Ni la menor idea de que algún día nuestro Reino sería invadido por Reinos invisibles más grandes, como autopistas que cruzan los vertederos.

—No te molestes por ella, Zagg —dice G. J.—. Yo no perdería la chaveta por ninguna tía, que se hundan todas en el lago; mi ambición en la vida es encontrar una forma de tener *paz*. Creo que soy una especie de filósofo griego antiguo o algo parecido, Zagg, pero hablo en serio cuando digo que la mandes al diablo; si todo lo

que me has contado es verdad, lo único que ha hecho ha sido jugar contigo; no ha hecho más que causarte sufrimiento, niño griego grandullón; todos nos damos cuenta, Piojoso, él y Pauline me lo han contado, yo volvía corriendo de la Escuela de Comercio y allí estaban, en el cruce de Central y Merrimack, cruzamos la calle y entramos con Pauline en Kresge y se compró un vestido, en teoría yo tenía que ayudarles, pero no sé en qué, ayudarles con algo, y yo digo al carajo.

Inclinado y apoyado en la palma y el codo, Piojoso escupe en silencio sobre una hoja nocturna que ni siquiera se agita cuando la arranca, pero que tiembla cuando se la pone entre los dientes como hombre que afila un palo al caer la noche, un hombre que cierra un cúter contra un barril de madera y lo oyes en la noche por encima de la brisa. Me dije que G. J. estaba totalmente equivocado, yo sabía lo que ocurría mucho mejor que él. Me dije: «Bueno, G. J. no sabe nada, de nosotros, de mi familia, cómo soy yo, no está capacitado para juzgar, como si ella fuera una chica mezquina y yo hubiera estado rechazando a Pauline solo para…, no sabe de qué habla este puto G. J.» Mis padres me habían dicho con frecuencia que no anduviera con G.J. Por alguna razón le tenían miedo: *Ye mauva* («es un vicioso»).

—¿Qué queréis decir con eso de que es un vicioso? Es como todos los de la pandilla, un chico normal.

—*Non*. Lo sabemos todo sobre él y sus vicios. Habla sobre eso todo el tiempo, allí en la esquina. Papá lo ha oído. Lo que hace con las niñas.

—Pero ¡si no va con niñas!

—¡Vaya que sí! Dice que tiene una novia de catorce años. Y va por ahí diciendo guarrerías, no sé por qué te preocupas por él.

«G. J. no me comprende», reflexioné. «La de cosas que tengo que soportar, aprender y ver. Y Maggie me quiere.»

Miré al apacible cielo, la luna salía pálida y acunada en el azul terrestre. Estaba convencido de que Maggie me amaba.

—Pues no me creas —dice Ratón—. Recurren a todos los trucos que se les ocurren para sacarte hasta el último centavo, Zagg; no te

preocupes, conozco a las mujeres, he visto de todo en mi propia casa, con parientes carnales y políticos, y peleas ruidosas entre griegos de buena posición en esta comunidad de Lowell; no sabes de la misa la media, Zagg. —escupiendo, no como Piojoso, por serenidad nocturna, sino para expresarse, chof—. Por mí pueden coger todas esas asquerosas fábricas que hay junto a ese sucio río y metérselas en el culo, Zagg, yo me voy de Lowell —atravesando el aire con el pulgar—, puede que tú no, pero yo sí —mirándome con furia, castigándome con sus ojos saltones. A su modo, G. J. estaba creciendo.

—Como quieras, Ratón.

—¿Adónde vas ahora?

—A casa de Maggie.

Me hizo un gesto con la mano.

—Métete en sus bragas por mí, Zagg.

Me reí sin despegar los labios y me marché. Vi que G. J. me enseñaba la palma para despedirse y darme su bendición y su aprobación.

Eché a andar sin rumbo fijo, recorrí todo Lowell yendo por las principales arterias, por Moody Street, luego por Textile Avenue, arrastrando los pies en busca de mi puto destino.

«G. J. se equivoca.»

Noche noche. Impaciente por tomar el autobús, me voy a pie a Kearney Square y llego con un minuto de adelanto, subo al que va al sur de la ciudad haciendo trayectos gemebundos y rugientes en los que el corpulento conductor apea a casi todos los pasajeros en las últimas calles y ahora tiene que cruzar una zona periférica donde están construyendo la red del tranvía y han levantado el alcantarillado, por debajo de calles de las afueras y tiene que esquivar agujeros olvidados, postes, vallas, hasta las cocheras, ya fuera de la población, que son un resbaladizo y reformado garaje. Mira su reloj, el horario, su salvaje interés por el tiempo coincide con el mío cuando bajo de un salto en Massachusetts Street, en el paso inferior, y correteo con pasos cortos al tocar tierra mientras él prosigue su rugiente trayecto, sube por la calle encendiendo los

parpadeantes pilotos rojos. El vacío del universo rodea al caminante solitario. Avanzo sorteando las orillas del Concord, la verdad es que me limito a ir por el centro de la calzada fijándome en los pequeños bungalós, los huertos traseros, el riachuelo gira abruptamente hacia la pequeña orilla, nada importante en el Concord, solo abundancia de bellotas…

Maggie no está al final de la calle con el vestido flotando ni cantamos «Deep purple» como en el solitario romance de invierno, cuando nos fundimos a la luz de las congeladas estrellas; hoy, las estrellas de rostro derretido del tranquilo verano lloran por nuestro amor frío, ya no hay coches malos que nos adelantan en calles buenas. «Jacky», me había dicho ella, «…», intraducibles palabras de amor para mejor guardar el secreto si ya no puedes recordarlas.

«Pero ya no está en ninguna calle», me digo apresurando el paso, la luz que G.J. y yo veíamos mientras hablábamos de ella ha desaparecido ya por el oeste, donde ella se ocultaba.

—Creo que se fue cruzando la cerca rota, Jack, por aquel callejón, los muchachos se están bañando o hablando de ir a bañarse esta noche. —Es la hermana menor de Maggie, que me sonríe con timidez. Un año después dirían que se muere por mis pedazos, otros, pero en aquel momento es todavía una niña y se retuerce alrededor de un poste jugando al veo veo besuqueo con Jamie, tararí que te vi pirulí de pitiminí.

# 37

A partir de ese momento solo era cuestión de seguir adelante con lo que mi familia y yo habíamos decidido para organizar mi vida, de modo que fui a Nueva York con mi madre y hablamos con Rolfe Firney de Columbia, que me había escrito porque mi antiguo entrenador de fútbol del instituto, Tam Keating, me había encomendado o recomendado a su viejo amigo de las carreras de galgos de Boston Lu Libble, Lu Libble, el gran entrenador de Columbia, los dos miembros del «comité de expertos» de la grandiosa noche de carreras de galgos con conejo electrificado en la suprema negrura cercana a la pista de Suffolk Downs, con sus gigantescos depósitos de gas, tan grandes que los estuve viendo toda la vida, junto al canódromo y a la orilla del mar. Iba a estudiar con dormitorios de ventanas doradas y fumando en pipa en aquella universidad mundialmente famosa. Tan orgulloso estaba que cuando Francis Fahey, entrenador de la Universidad de Boston y luego de Notre Dame, quiso contratarme el verano siguiente, no cambié de idea, sino que seguí aferrado a mi idea de Nueva York, Columbia, escuela preparatoria Horace Mann, a pesar de que mi pobre padre quería que fuera a la Universidad de Boston, porque así tendría garantizado el último empleo que le habían dado en una imprenta de Lowell que imprimía todo el material de la Universidad de Boston: Emil Duluoz una vez más popular y sólido; sin embargo, mi madre y yo estábamos empeñados en Columbia. Los detalles adicionales se referían a la «búsqueda de talento futbolístico», pero esa es otra historia.

Rolfe Firney nos recibió con mucha educación, nos enseñó las oficinas del club deportivo, donde vi caras de caballeros que me parecieron inmensa, enjundiosa y bellamente importantes, hombres de pelo blanco, serios, grandiosos, todos bien vestidos, opulentos, amables. Lleno de orgullo, llevé a mi madre a que viera todo esto antes de que volviera a Lowell. Había viajado previamente a Nueva York para arreglar los detalles de mi alojamiento y manutención con su madrastra, que vivía en Brooklyn, en cuya casa iba a vivir yo mientras asistiera a los cursos preuniversitarios de la Horace Mann, para lo cual tenía que tomar el metro todas las mañanas desde Brooklyn corazón rojo hasta Broadway y la Calle 242, un trayecto totalmente enloquecedor de treinta y dos kilómetros. Pero me gustaba, porque la gente del metro es interesante cuando tienes diecisiete años y nunca has saboreado la gran ciudad. Yo era un muchacho realmente satisfecho de verme por fin entre las grandes montañas de edificios resplandecientes. La escuela Horace Mann se había construido con granito gris, con mucha hiedra, como Tom Brown, en lo alto de un risco de roca sólida; detrás había un precioso campo de deportes con hierba verde y un gimnasio con enredaderas. Se veían las nubes inmortales del Bronx que llegaban flotando en el cielo indio, y no digáis que no es un cielo indio. Al pie del risco, hacia Yonkers, se extendía el amplio Van Cortlandt Park, para los elegantes profesionales de decatlón que estiraban las blancas y aristocráticas piernas en campos de arbustos y follaje, judíos e italianos de un nuevo heroísmo en un Reino de Lowell de otra especie.

Por superstición, pasamos la primera noche en la casa de mi abuela, en Brooklyn, yo estuve despierto durante horas esperando oír en la casa el crujido de los fantasmas de Nueva York, pero solo oía a lo lejos sonidos de la calle, como amantes de la noche urbana a fines de verano que ríen tontamente con la boca en el cuello de su pareja a la luz de la luna navegante; era un Lowell totalmente distinto y todo se abría al gran agujero megafónico del mundo desde aquellos labios de Rudy Vallée de Merrimack Square y Maine que yo sabía que se estaba perdiendo como una bola de mármol que

rodara toda la eternidad por una pista de bolera que diese a las tinieblas hasta los cohetes de infinito de las electrificadas cintas de células telepáticas.

Estoy tendido en la cama pensando que voy a ser un gran héroe neoyorquino de rasgos sonrosados y dentadura blanca, una encarnación idiomaníaca y post-Iddyboy del Triunfador del Supersueño Americano, Emprendedor, Propulsor, bufanda de un blanco níveo y abrigo ancho con chicas en sostén a remolque y en modo alguno abstemio, sino gran campeón periodístico salido de Times Square (como el Little Theater) como un trágico periodista de película barata que habla atiborrado de cerveza en bares malolientes con anuncios de neón que parpadean en la noche de Manhattan con el ala del sombrero caída como los héroes de Marc Brandel o Clellon Holmes en turbios baretos y al otro lado de lunas en que se lee Bar & Grill se ve el rotinegro y gigantesco anuncio de neón del Propietario del Periódico, Mann Puro-en-boca, nieto de Horace, director implacable, duro y jesuítico, pintor de estilo de moda, flemática estrella de apoteósicas pantallas de plata del Rialto todas las veces que hice novillos aquel invierno entre Maggie y el instituto, aunque ahora estoy en Nueva York contemplando la realidad cagado de miedo en una cama de Brooklyn con diecisiete años. Trago saliva. «G.B. Mannpram, Ed. del Manhattan Manner Post Evening Star», entran aviones con suero y yo estoy heroicamente sentado a la barra meditando que acabo de hacer papilla a los hampones del puerto y que G. B. va a aumentarme el sueldo (veo a G. J. levantando la pierna para eructar, «Muy bien, J. D., el empleo es tuyo, gruup, y no me dejes fuera de esas explotaciones petrolíferas que tienes») y me voy a mi ático, harto de mis abrigos holgados, de los sombreros de alas amortajadas de neoyorquino alcohólico de importante periódico, me cambio de ropa con indiferencia (y me pongo el esmoquin de solapas de terciopelo que brilla como el fuego en una chimenea londinense, que a su vez brilla formando charcos de vitela de jugosa sustancia vinoso-desfondada en mi acaudalada pechera) y saludo a mi señora, con despreocupación.

Por la puerta de su balcón se ven los rascacielos de Nueva York sobre el telón de fondo de la noche estrellada al otro lado de las transparentes cortinas de encaje, el jerez y los cócteles están ya preparados, oímos tocar el piano en el sobreático de los Gershwin y nuestro fuego crepita.

Oh, cómo crepita nuestro fuego, qué encantador el cisne del cuello de mi señora, yazgo encamado en la negra noche elevando volutas de humo como globos de diálogo de mis sueños encarnados en oro. El querido arcángel Gabriel medita por encima de mí, con el oído atento. (Leña de la vieja cordillera Adirondack en el ático, mi escopeta de caza está allí, el joven Jack London, lozanos héroes sanfranciscanos del ático han invadido Nueva York a través de Lowell, Massachusetts, viaducto de las playas de desembarco y fríos pinos del río San Lorenzo, junto a la *mer*, los pescadores bretones enredan las redes con manos agrietadas y cubiertas de sal y tienen que desenredarlas. Mis vueltas por la habitación se aceleran para ver el mundo, trago saliva cuando veo vastas madres de luz que se apelotonan alrededor y cuando veo a mi hermano árbol en el exterior que ya no es un páramo sino Brooklyn que araña una cerca agitado por una ligera brisa de agosto en Brooklyn. En mi sueño hay una esposa de una belleza increíble, no Maggie, una rubia despampanante y supererótica de perfección estelar con encantador cuello de encaje, piel suave y larga, boca de morrito contraído, imagino a la fastuosa Gene Tierney, y la voz correspondiente, Kitty Kallen, Helen O'Connell, una hermosa joven americana que se excita entre mis brazos…

Al día siguiente, en cualquier caso, y aparte de la validez de estos sueños, mi madre y yo paseamos del brazo por la hierba del campo de la Horace Mann, tribunas, porterías de fútbol, tejados de gótico inglés, la casa cubierta de rosas del director, que es de piedra, un fuerte de Reino militar que da a otros mundos; a los diecisiete años ya me había hecho a la idea de que algún día trazaría mapas y escribiría la historia de otro mundo con otra geografía de otra África, otro planeta de Áfricas, de Españas, migrañas, orillas, guerrillas, sabía poco del mundo en que vivía.

Era una escuela rica para judíos jóvenes de ocho a dieciséis años, ocho clases en total y podía verse cómo llegaban en limusinas con sus padres, para echar un vistazo. Era elevada, cálida, hermosa.

—Ay, Ti Jean, qué bien estar en este pequeño paraíso. ¡Muchacho! Esto tiene sentido por fin —decía mi madre de modo tajante—. Ahora tenemos algo de lo que estar orgullosos, serás un hombre de verdad en este lugar, no solo profesores normales de los de antes, y no es uno de esos asquerosos centros a los que fue tu padre en Providence, hace ya mucho, y de los que hablaba siempre, y ahora quiere que hagas lo que él. *Non*, quédate en este y ve a Columbia, es lo mejor. —Mi madre ya se veía viviendo en Nueva York, paseando entre las potentes luces del grande y emocionante mundo y los grandes espectáculos, ríos, mares, restaurantes, Jack Dempsey, Ziegfeld Follies, Ludwig Baumanns en Brooklyn y los grandes almacenes de la Quinta Avenida de Nueva York. Cuando yo era muy pequeño, me llevó a Nueva York para que viera el metro, Coney Island, el Roxy. A los cinco años dormí en el trágico metro de gente enterrada que oscilaba de un lado a otro en el negro aire de la noche.

Tenía una beca para estudiar en la Horace Mann que cubría la mayor parte de los gastos; el resto corría de mi cuenta y la de mis padres. Yo ayudé consiguiendo mucha publicidad para el centro en los periódicos, en otoño, había allí otros 10 o 12 chicos como yo, «infiltrados» de institutos de todo el país; matones que acabamos con todos menos con Blair (0-6), un escándalo; también los matones habían tenido sus amores, tempestuosidades y tristezas de los dieciséis años.

—Ya estás totalmente instalado —dijo mi madre mientras paseábamos por los pasillos, limpios y preciosos—, te compraremos una bonita chaqueta para que tengas un aspecto elegante en este lugar tan *mono*. —Mi madre estaba convencida en el fondo de su corazón de que yo iba a ser un importante agente de seguros. Como cuando hice la Primera Confesión, era un angelito con un futuro puro.

# 38

Mi madre se fue, todos escribieron y recibieron largas cartas. Para prepararme, arreglé la habitación que tenía en casa de mi abuela y la llené de libros viejos y polvorientos del sótano. Me sentaba muy serio en las losas del patio en el que crecían florecillas y estaba cercado por una valla de madera, a veces con una cerveza sin alcohol, y leía *Anhelo de vivir*, la vida de Van Gogh,[9] que había encontrado en un cajón, y por la tarde contemplaba los grandes edificios de Brooklyn: el olor dulzón del hollín y otros olores como el del vapor de los grandes recipientes de café debajo de las calzadas, sentado en un columpio, el resplandor de los edificios por la noche, los lejanos aullidos del tren en el horizonte profundo, el miedo me atenazaba, y por buenas razones.

Empecé a practicar el fútbol, pero a veces hacía novillos para ver películas solo en Times Square, bebía muchos batidos de 5 centavos insoportablemente gasificados y eran como algodón pero con la sensación de que bebías líquido que sabía a Nueva York. Daba largas caminatas por Harlem, con las manos unidas detrás, mirándolo todo con gran interés en los rugientes crepúsculos de septiembre, sin la menor idea de las temibles complejidades que surgirían después en mi mente acerca de «Harlem» y la gente de piel negra. Recibía cartas de G. J., Scot, Piojoso y Vinny. G. J. escribía:

> Tonterías aparte, Zagg, parece que no me hago a la idea de que estés lejos de aquí. A veces salgo de la tienda de la familia y me digo: «Bueno, creo que voy a ir a casa de Jack a

escuchar 920 Club», y entonces me acuerdo de que no estás aquí. En cierto modo me alegro de que estés en Nueva York, porque, ¿sabes, Zagg?, esto es peor que el desierto del Sahara. Con esto quiero decir que está muerto. Lo mismo un día tras otro. Es monotonía en grado sumo. Este año iré al insti a hacer preuniversitario, al menos si no cambio de idea. Si lo hago mi madre me ha prometido que hará lo posible por meterme en la universidad. Tal como están las cosas actualmente la posibilidad es muy remota, pero soy optimista. Esto es más o menos todo, Jack, no te olvides de saludar a tu madre de mi parte. [G. J. creía que aún estaba en Nueva York conmigo.] Y esperando que tengas suerte en todo,

tu colega

GUS

Scotty, sentado a la mesa redonda de su madre, junto a la estufa, en la parda cocina de su casa, me escribió:

Hola, Zagguth, muñeco. Pues verás, estoy… [aquí me hablaba de su trabajo], así que cuando pasen días y los haya mejores todavía… [aquí me hablaba de Piojoso de un modo que me hizo comprender que había llovido mucho desde que Maggie me dio puerta en el dulce Lowell, se habían llenado nuevos barriles de lágrimas y todos se ahogaban en ellos]. Por cierto, Piojoso se fue de la Maquinista y ahora busca trabajo en alguna fundición. Está loco. Debió quedarse en la Maquinista, pero nunca habrás visto un tipo más corto para buscar empleo. Esta mañana me he enterado de que en Diamond Tool necesitaban un telefonista. Fui a decírselo a Piojoso y cuando fuimos para hablar con el jefe y vimos aquellos despachazos, Piojoso quiso dar media vuelta porque tenía miedo de que el empleo fuese nocturno *cuando ni siquiera sabía hacerlo*, Zagg, o sea que tuve que decir que el empleo lo buscaba yo y que el Niño Sam me acompañaba, así que llenamos la misma solicitud y Bélgica sin decir ni mu. Te digo, Jack, que tiene que encontrar empleo y si se

comporta de este modo será un caso perdido. Tendré que metérselo en la cabeza. Bueno, espero saber algo de ti, yo ya te he contado cosas y me despido de ti esta noche porque ya son casi las dos de la madrugada del jueves y dentro de 15 horas aproximadamente tendré 29,92 dólares para mi último placer de la semana. Tu coleguilla, SCOTTY. Escribe pronto.

Iddyboy, que se había ido a trabajar a Connecticut: «¡Iii di boy!» Vinny escribía como si todos estuviéramos en el secreto:

Él lo hizo de todos los modos posibles y cuando terminamos la faena con ella, ella quería más, por favor, Zagg, créeme, nunca he visto una mujer más caliente en toda mi vida, más que las gallinas, y tú la conoces bien. Sus iniciales son B. G., vive al lado de mi casa y no quiero poner su apellido por escrito en un papel, pero tú sabes a quién me refiero. Piojoso y Scot fueron a hablar con los desafortunados. Bueno, creo que eso es todo lo que ha pasado por aquí. Albert Lauzon todavía va al Club Social a las 4 y media de la tarde para no perder la oportunidad de entrar cuando abre el local, querido Bélgica. [Piojoso había empezado a jugar en serio al billar la noche vigorosa.] Bueno, majadero, creo que esto es todo por ahora, escribe pronto. Espero que te comas muchos roscos mientras estés fuera, ya conoces mi refrán, «no hay nada como una fresca para estar fresco».

VINNY

Vuelve la página

P.D. (UNA P.D. HORRIBLE E IMPUBLICABLE —FIRMADO, CHESPIR).

Apiádate de la próxima chica que te ligues.

# 39

Mi temporada futbolística fue todo un éxito, hubo fiestas en los campos de la locura y aclamaciones gloriosas en el dorado otoño, y de repente, el 7 de noviembre, cuando yo estaba ya bien asentado, desconcertado, confundido, bendecido, satisfecho de las grandes cosas de mi nueva vida, las nuevas pandillas, las nuevas Nocheviejas, y en sobres pequeños, para acordarme, había escrito: «maniobra Keresky» o «Defensa Garden City» (diagrama para estudiar al equipo rival) o «Laboratorio 5$» o «escribir fórmulas matemáticas en metro»; y tenía unos cincuenta amigos chiflados y gritones que salían del metro y subían la cuesta hasta el Centro las mañanas rojas perseguidos siempre por nuevos pájaros…, cuando mira por dónde, toma castaña, me llega una carta de Maggie, y en el dorso del sobre (con palabras tan imaginativas como un *touchdown* delante de espectadores muertos) un remite que decía: «Maggie Cassidy, 41 Massachusetts Street, Lowell Mass.»

> Jack,
>
> Ante todo quiero decirte quién soy, soy Maggie. Es por si quieres romper la carta.
>
> Debe de parecerte gracioso que te escriba. Pero esa no es la cuestión. Te escribo para saber cómo estás y si te gusta el centro en que te encuentras. ¿Cómo se llama?
>
> Jack, seguro que no querrás perdonarme por todo lo que te he hecho. Imagino que te reirás de mí, pero te estoy hablando totalmente en serio.

Hace unas dos semanas vi a tu madre y a tu hermana en el centro de la ciudad. Las saludé y me habría detenido a hablar con ellas si hubiéramos estado juntos entonces, pero me dio vergüenza, si me hubieran preguntado si me escribía contigo no habría sabido qué decir.

Jack, ¿no podemos hacer las paces? Siento muchísimo lo que hice.

No sé cómo, pero algunos compañeros tuyos en cuanto supieron que habíamos roto quisieron salir conmigo, por ejemplo Chet Rave y algunos otros que preferiría no mencionar. Chet me cae bien, pero no para salir con él. Después de hacerme rabiar mucho me dio tu dirección. También Bloodworth ha preguntado por ti.

Bueno, Jack, hasta la vista, si no me respondes sabré que no me has perdonado.

MAGGIE

En la clase de repaso, pensando pero también viendo la cara de curiosidad de Hunk Guidry, el central de nuestro equipo, le pasé la nota para que la leyera, para darle a entender que tenía chicas, y respondió que no. Escribió en el sobre: «¡Vaya mierda! Rompes corazones como un vulgar Casanova.»

Escribí una breve carta a Maggie.

# 40

La invité a la fiesta de fin de curso, que se celebraría en primavera. Tras cruzar unas cuantas cartas me enteré de cómo iba su gran programa de bailes.

Volví a casa en noviembre, haciendo autostop con mis dementes amigos Ray Olmsted y John Miller; John Miller, en realidad Jonathan, con sus gafas de concha y su perilla de genio, un héroe de las alfombras de Central Park West, su hermana tocaba el piano, y su padre, que era abogado, era de los que decían en las comidas: *Mens sana in corpore sano*, uno de los proverbios que más orgullosamente me aplicaba a mí mismo y más si lo decía un abogado entrado en años. Ray Olmsted era el alto y guapo Tyrone Pemberbroke de las revistas del corazón americanas, apuesto él, gorra, pipa. No se llevaban bien, eran amigos míos pero cada uno por su lado. Habíamos perdido aventuras en una vieja carretera de Nueva Inglaterra, acelerado por New Haven, seguido hasta Worcester, caminos oscuros de autostopistas precoces que cenarían pavo al final de la historia.

Noche. Desde los salvajes acontecimientos subsiguientes con trifulcas de mi pandilla de Lowell y los chicos listos de Nueva York, como Piojoso rompiendo una vidriera en Moody Street por nada, solo por pura alegría, lo que hizo que Olmsted y Jonathan Miller se pusieron furiosos…, quiero decir que yo había presentado a la pandilla a la crema del salvaje mundo de la Horace Mann, luego, viendo que todo estaba animado, me había escabullido y había atajado para ver a Maggie en un momento acordado por teléfono y ella me había abordado en oblicuo con besos, pues me volví a

medias en cuanto la vi y empezamos a contorsionarnos entre grandes besos hasta caer en la moqueta y nos abrazamos muy excitados con ósculos de foto de revista de cine: la seriedad, las largas clases de latín todavía en los labios, las miradas furtivas por encima del hombro en el mundo de la paranoia… Pero Maggie derramaba lágrimas y humedeció el hoyuelo de su pequeña barbilla bajo mi cuello doblado, con mi pelo colgando hasta abajo, como un bruto francés que mira intensamente a su locuela parisina que es el amor de su vida. Estamos a punto de aprender el rotundo juego de palabras del gran polvo de la existencia. Pero no tenemos tiempo, es una noche emocionante en la que las cosas no solo le ocurren a uno, sino a todo el mundo, ¡a causa de uno! Resplandecemos, somos ricos, estamos enfermos de felicidad, la miro desbordante de amor y ella a mí, no vi amantes más bellas en los campos de girasoles de Kansas, cuando las alondras gritan en el ruidoso crepúsculo y el viejo vagabundo saca del hato la triste y vieja lata de habichuelas y se dobla por la cintura para comérselas frías.

Nos amábamos.

En consecuencia, no intercambiamos sangre de amor inmortal aquella noche, nos comprendimos con lágrimas en los ojos. Volvería a verla en Navidad, dulce y apacible temporada.

# 41

Salí de la Horace Mann y llegué a casa el 21 de diciembre, muchas cosas atrás, muchas por delante. En la iglesia me quedé mirando las cuentas del viejo rosario de la Primera Comunión que me había regalado mi tía Anna de Maine. El dorado crucifijo ennegrecido ya, pero terriblemente hermosa la pequeña imagen torturada, los puños, los pequeños músculos, siempre grabado el *Inri* como señal de mutismo, los pies clavados en pequeños bloques de metal amarillo en mi mano. Levanté la cabeza al techo de la iglesia, es misa de tarde, una misa grande, enorme, de iglesia de instituto, sótano gris oscuro de Santa Juana de Arco, el ex alcalde Archambault está presente y el sacerdote lo mencionará. Cerca de mí, delante, está sentada una guapa chica color de miel, Diane de Castignac, de Pawtucketville, fantaseo con llevarla a la fuerza a una especie de antesala para forcejear y gemir con ella, detrás del altar, no lleva nada debajo, me impongo a ella y al final la sorprendo poseyéndola y completando la faena, todo encantador y sabroso. Cuando acabe la misa, saldré con todos los demás y allí estará ella, en la nave, cerca de la puerta, acercaré los labios a su manga, ella dirá: «¡Más te vale que…!» (ya habíamos quedado citados para después). En el atrio de la iglesia, en vez de bajar los peldaños para salir al lóbrego y lluvioso callejón del Lowell de verdad, me dirijo a la galería, le doy a Ernie Malo una patada en la cabeza, exclama «Ay» y el tipo loco por las viejas de la cocina se aloja detrás, agujeros, cercas de tablas, bandas basureras de Brooklyn, subo y no sé cómo llego al mar infinito, púrpuras de hierro meditan sobre el fantástico paisaje, limpio, despejado, corro a la arena, las olas del amanecer son

enormes, nuestra embarcación espera a la derecha, pasaré dos años al pie del mástil rumbo al espectral y desolado Polo Norte. Nubes moradas, olas gigantescas, subo de un salto y zarpamos con miedo, los cañones truenan sobre el oleaje. La mañana y nuevos mares.

«Pero no molestes a la rosa», dijo el hermoso Rostro de la Virgen María cuando lo miré.

Como si nunca se me hubiera aparecido, pues solo se aparecía a los hombres y mujeres en las Postrimerías de su vida, no a los en agraz como yo. Pero rezo. Para que todas las cosas me salgan bien.

Yo ya había estado en los hoteles de ladrillo rojo del centro de Nueva York en 1939 y había tenido mi primera experiencia sexual con una puta profesional, pelirroja y de más edad. Había ido por ahí jactándome de ello como todos los demás lunáticos de la escuela, había tragado saliva en la cama mientras esperaba, llegó por el pasillo con seco taconeo, esperé con el corazón acelerado, se abrió la puerta, la belleza hollywoodense de cuerpo bien torneado entró con el turgente pecho por delante, yo estaba aterrorizado, incluso se lo había contado a Maggie, aunque no directamente, sino insinuándoselo por carta de modo que lo entendiera. Ella estaba tan impresionada como yo.

Así que estoy en la iglesia, preocupado por los pecados, la sífilis, la chica de mi corazón y mis sueños, recién llegado de la escuela, bien peinado, bien trajeado, saludo educadamente con la cabeza a Mme. Chavert y ella me devuelve el saludo del mismo modo. Voy a ser adulto, todo un hombre en Lowell…, con anécdotas sobre Nueva York, noticias pasmosas, futuros, enemigos imaginarios y ninguno de otra índole…

En Nochevieja Maggie quiere que haga con ella lo que hice con «esas chicas de Nueva York».

—Vamos, Maggie, no puedo hacer eso contigo —digo, pensando que es demasiado pecaminoso y metropolitano hacerlo con ella y sin darme cuenta de que los brazos se me rompen ante la silenciosa idea. Pero Maggie también está asustada, ella «¡no debería

decirlo!», piensa. Estamos en el porche, en el frío invernal del primero de enero de 1940, y también a mí me han machacado con la idea de que si quiero casarme con Maggie, es mejor esperar.

En casa le digo a mi madre que amo a Maggie y quiero casarme con ella; el momento de volver a Nueva York se acerca, no más caminatas de cinco kilómetros hasta la casa de Maggie por las frías aceras. Tendré que volver a mis libros, con los amigos, a los colosales intereses metropolitanos por todo el mundo. Me hace llorar.

—Muy bien, Ti Jean, sé que la quieres. Tienes que terminar los estudios y prepararte para la ocasión. Si ella te quiere, te ayudará; si no, es que no te quiere. ¿Lo entiendes? Serán tus estudios los que cuenten al final y cuando llegue ese momento ella lo habrá entendido todo. Dile lo que te he dicho, no quiero interferir en vuestros asuntos. No tienes que decírselo si no quieres. Pero tómatelo con calma. No te precipites, las chicas de hoy inventan toda clase de problemas. La pequeña Maggie parece decente, ve, ve a verla, dile adiós. Procura arreglarlo para que vaya, como tú dices, a tu pequeño baile neoyorquino…

Mi padre estaba fuera por entonces.

Vi a Maggie, le dije adiós, nos miramos con lágrimas en los ojos, ella con nuevos ojos de mujer, más profundos, expresándose y asombrándome con aquellos ojos y haciéndome sentir en una rueda de la naturaleza.

# 42

Todo es perfecto; me hago con tarjetas de invitación. Son tarjetas grandes con adornos dorados y con las iniciales de «Se ruega contestación» cromadas como el Edificio Chrysler. Envío una a Maggie.

En el último minuto me escribió: «Jack, pues verás, creo que lo voy a pasar bárbaro el viernes o quizá debería decir el fin de semana. Llámame a casa de mi tía antes de que vengas, para estar preparada. Y a propósito, llevaré un vestido rosa con accesorios azules. Y ¿sabes? si pudieras comprarme una muñequera de flores cómpramela, si no, no pasa nada» (sin firma).

Ah, qué triste el aspecto de su caligrafía en los sobres. En el polvo de mis libros negros veía las lunas de la muerte. «Vaya, vaya», me decía yo, «¿es verdad que quiero una mujer?» Me daban ganas de vomitar. «La ruina de todo mi…»

# 43

Desde el dulce Lowell llegó Maggie para agriar Nueva York con un vestido rosa.

El Hudson atestado de cadáveres rodeaba la Chillona Isla de la América oscura de Nueva York mientras corríamos en taxi al Baile de Abril por Central Park. Los preparativos, los actos, todo tremendo. Había llegado con su madre, se alojaría en casa de su tía, pasaría la noche de la fiesta en el lujoso apartamento de la familia de Jonathan Miller, yo ya lo había propuesto en varias ocasiones para ahorrar todos los gastos posibles y seguramente por sugerencia inicial del propio Jonathan, pues a causa de la breve pero profunda amistad que nos unía dirigía mis asuntos e influía en mis intenciones.

Ahora recorríamos la ciudad en el taxi. Yo iba totalmente acicalado, con pajarita blanca y esmoquin. Aquel invierno, Sam Friedman, el tío de Gene Mackstoll, un londinense de paso: «Aquí tienes, Jack», dándome el traje de su armario mientras el sobrino Gene sonríe de oreja a oreja, «póntelo para el baile de primavera. Quédatelo. Es tuyo. Ten.» Me dio otras cosas. Con el fin de estar guapo para el baile me habían bronceado con una lámpara en el Hotel Pennsylvania, y me habían hecho un afeitado de dos dólares. Yo había querido entrar en la barbería como Cary Grant, dando taconazos, con la cabeza alta, educado, cosmopolita y dejar que me condujeran a un sillón diciendo algo muy ingenioso, con el aplomo de los ricos, pero en lugar de eso tuve que ir solo entre espejos vacíos por detrás de los sillones vacíos del local mientras el barbero nos esperaba firme con una toalla colgada de la muñeca, no elegí

ninguna en concreto y ningún Ricardo Riduardo me subió a mi sitial. La lámpara quemaba y me dejó para el baile una cara roja como una langosta.

Maggie se había puesto lo mejor que tenía: el vestido rosado. Una pequeña rosa en el pelo, la perfección de su mágico hechizo irlandés y clarilunar parecía de repente fuera de lugar en Manhattan, como Irlanda en el Mundo de la Atlántida. Vi en sus ojos los árboles de su Massachusetts Street. Solo porque G. J. había escrito en broma: «Aún me quema la mano en la que se sentaron los perfectos y redondos jamones de M. C.», los susodichos adquirieron tal valor para mí que toda la semana deseé que se sentaran en la mano de mis esperanzas. La tenía estirada; me sentía repentinamente protector en el taxi mientras cruzábamos el deslumbrante Manhattan.

—Bueno, Maggie —dirigiéndome a ella con todos los problemas que había traído de Lowell y con todo preparado—, esto es Nueva York. —Jonathan, junto a nosotros, desconcertado, miraba los rascacielos con esos primeros pensamientos que pesaban sobre él, intelectual de diecisiete años, cuya intervención en la escena lo volvía todo inconcebiblemente sofisticado.

—Ya. Es bonito, pero no creo que sea extraordinario vivir aquí —dice ella curvando los labios. Me inclino para besarla, pero me contengo, pues creo que dar a Maggie la debida recepción es demasiado importante para reducirla a un simple beso. Los dos estamos separados por kilómetros de miedo social, nuestro espíritu vaga hacia otros asuntos como la facilidad con que quiere salir el dolor que sentimos en el pecho, no como en nuestras dulces noches junto al río, no como en el amor, sino las pequeñas curiosidades paranoicas por las complicaciones de la indumentaria, la vestimenta nocturna, la muñequera que tenía que correr a comprarle, los billetes y otros perendengues; para ponernos a suspirar; en pocas palabras, estábamos condenados a una noche de fracasos y nunca sabría por qué.

Tenía pecas en los estrechos hombros; cuando pudiera, las besaría una por una. Pero la cara me ardía por culpa de la lámpara,

no paraba de sudar ni de hacer muecas, y tenía miedo de lo que Maggie pensara de mí. Estaba demasiado absorta observando los aires de superioridad de las adineradas muchachas lujosamente emperifolladas que no habían salido de la vieja casa de un guardafrenos que se alzaba junto a la vía del tren con voluntad suficiente para recorrer cuatrocientos kilómetros con billete gratuito y el vestido en una caja, sino que les habían puesto bajo la nariz un cheque de quinientos dólares firmado por un padre millonario y consentidor que les había dicho: «Ve a Lord & Taylors o a algún otro sitio y cómprate cualquier cosa con que impresionar al chico que te ha invitado.» Para taparse las pecas y otras manchas de los hombros tenían polvos de la madre Celestina, botes de crema, borlas perfumadas para aplicárselas por todo el cuerpo y los mejores productos disponibles. Maggie ni siquiera sabía que se hacían aquellas cosas ni cómo se hacían ni cómo se sabían. Se deslizaban a su alrededor como cisnes, mientras los hombros de ella aparecían bronceados con el toque rosa de las quemaduras del verano anterior y sus pecas de Irlanda quedaban eclipsadas por collares y pendientes de precio exorbitante. Los brazos de las demás se veían favorecidos por los cosméticos mientras que los de ella colgaban junto a sus costados.

Me escabullí con ella hasta el pequeño bar de abajo, en el sótano de Hampshire House, Jonathan estaba con nosotros, durante un momento fuimos como el personal alegre de una comedia de Irene Dunne que se apodera de una sala sin nadie alrededor, y Jonathan se encargó de preparar las bebidas. Hablamos, reímos y nos dio la impresión de estar en una Nueva York de peneles de madera y lujos enmoquetados, Maggie se sintió mejor al verse sola y se arrimó a mí…

Jonathan (con frac, detrás de la barra):

—Muy bien, Jack, o te tomas un Tom Collins o tendré que expulsarte de nuestro establecimiento, solo sé hacer exorcismos, no me pidas nada más. —Miro con orgullo a Maggie para que entienda aquellas magnas palabras. Pero ella se limita a mirar alrededor con escepticismo. Su gardenia cuelga con tristeza. La cara me arde, tan

enhiesta a causa del cuello y la pajarita que si estuviera arriba tendría que doblarla en cientos de conversaciones y cuando inclinara educadamente la nariz hacia la nariz del interlocutor, mi rojez proyectaría sobre su cara una ola de calor tontísimo.

—Por tu madre, Jonathan, acaba con eso de una vez —exclama Maggie mientras John buscaba la forma de seguir haciendo el ganso.

Los demás acaban descubriéndonos, se forman grupos, volvemos arriba. Un acontecimiento deslumbrante. Varios ejemplares de la generación joven con pajarita y chicas emperejiladas se enzarzan en una pelea, luego hay una concentración, en un edificio, en una torre, la multitud se apelotona, estallan aplausos, hay discursos, música dentro. Los oooh y los aaah de falsos saludos rezuman codicia, deprimentes felicitaciones y adioses presuntamente presuntuosos. Se baila, se habla, se mira por la ventana, hacia Central Park y las luces de Nueva York, todo horripilante, estamos perdidos, cogidos de la mano pero con esperanzas defraudadas, solo miedo, desilusiones vacías, fiesta carilarga en la vida real.

# 44

—Salgamos de aquí, Jack, vámonos. —Maggie quería ir a bares secretos, a bailes secretos, estar sola. Pensé en el local de Nick, en el Village. Pero ya habíamos acordado prolongar la fiesta yendo en coche al centro, al norte, a sitios. Se sentó en un sofá del rincón, pegada a mí, casi llorando—. Detesto este lugar. Jacky, volvamos a casa y sentémonos en el porche. Me gustabas mucho más con patines y con la gorra de orejeras, cualquier cosa menos esto. Tienes un aspecto espantoso, ¿por qué pones esa cara? También yo debo de tener un aspecto espantoso, todo es espantoso. Sabía que no debía venir. Lo presentía. Algo no estaba bien. Mi madre sí quería. Me convenció. Le caes bien, Jack. Dice que no sé valorar a un buen muchacho cuando lo veo. Al diablo con todo. Formemos un hogar ya, Jacky —cogiéndome la barbilla y ladeándome la cara hacia ella, mirándome embelesada, clavando sus ojos pequeños y perfectos en los míos y perdiéndome en los hurras, los rugidos blancos, las lámparas—. Si quieres casarte conmigo alguna vez no me hagas venir a Nueva York, no podría soportarlo. En esta ciudad hay algo que no me gusta. Oh, vayámonos lejos de aquí. Al diablo con toda esta gente.

—¡Son mis amigos!

—¿Amigos? Bah. —Me lanzó una mirada de desdén, como si no me hubiera visto nunca en la vida—. Son una panda de inútiles. Algún día mendigarás en su puerta y no te darán ni un mendrugo de pan, lo sabes tan bien como yo. Amigos. Amigos hoy, pero mañana te mandarán a paseo. Te quedarás solo, ya lo verás. No te darán ni una camisa cuando empiece a llover en las montañas. Mira aquella

tiquismiquis, cómo se pavonea con ese vestido y ese escote hecho para enseñar los pechos a todos, cómo habla la muy fresca, tiene menos sonrojo que mi hermanísima Sissy y otras diecisiete sisonas.

—Muchas eses gastas tú —dije.

—Eso me la suda. ¡Vamos! Quiero salir de aquí. Llévame a una revista cómica. Llévame a cualquier parte.

—Pero se supone que tenemos que ir luego con los coches. La peña ha hecho muchos planes.

—Me gusta ese Knowles que toca el piano, creo que es el único que me gusta; y Olmsted; y creo que Hennessy también, porque es irlandés y aquí no lo pillas, ¿verdad? En fin: ya he visto lo que hay que ver, ya tengo suficiente de tu famosa Nueva York. Ya sabes lo que puedes hacer con ella. Y también dónde encontrarme en lo sucesivo, nene. En casa. En el terruño. —Lianta, dulce, todos los tobillos juntos de las bellezas que puedas imaginar no daban ni para un átomo de carne del codo de Maggie, ni todos sus ojos, diamantes e imperfecciones podían competir con la agudeza y la sal de la personalidad mágica de Maggie.

—Yo ni siquiera he mirado a esas mujeres.

—Venga ya. Ahí está esa Betty de la que todos te estuvieron hablando toda la noche. ¿Por qué no te vas a bailar con ella? Es muy guapa. Darás la campanada en Nueva York. El paraíso de la mierda.

—¿Por qué estás enfadada?

—Cierra la boca, anda. Vamos, Jacky, vente a casa y pasa las Navidades conmigo. Olvídate de estas francachelas. Mucho ruido para nada. Yo al menos tendré un rosario en la mano, para acordarme de ti. Sobre nuestro bonito tejado caerán pequeños copos de nieve. ¿Para qué quieres estos balcones? ¿Qué son las torres de Manhattan para ti, que necesitas amor entre mis brazos cuando vuelvas de trabajar? ¿Te haría más feliz si me pusiera polvos en el pecho? ¿Necesitas mil películas? Con dieciséis millones de personas en el autobús hasta que llegas a la parada. No debería haberte dejado salir de Lowell. —Labios carnosos inquietando mis oídos sordos—. La niebla te envolverá, Jacky,

esperarás en los campos… Vas a dejar que me muera, no correrás a salvarme, ni siquiera sabré dónde estará tu tumba, recuerda lo que eres, dónde está tu casa, lo que es tu vida, te morirás sin saber lo que le pasó a mi cara, a mi amor, a mi juventud. Te quemarás como una mariposa que cae en la caldera de una locomotora porque busca la luz, Jacky, y estarás muerto, y hundido, y te perderás de ti mismo, te olvidarás y te hundirás, y a mí contigo, ¿y qué será entonces de todo esto?

—No lo sé.

—Vuelve a nuestro porche del río, la noche, el tiempo, los árboles, tú amas las estrellas. Oigo el autobús en la esquina en la que te apeas. Ya no volverá a ocurrir, amigo mío, ya no volverá a ocurrir. He visto, he tenido visiones, ideas sobre ti, mi guapo marido que recorre la cima de América con su linterna, una sombra, oigo tu silbato, canciones, siempre cantabas cuando bajabas por Massachusetts, creías que no te oía o que era sorda. No entiendes el polvo de la tierra. Jacky. Lowell Jacky Duluoz. Vamos a casa, vámonos de aquí.

Veía ases de picas en mis ojos; yo los veía destellar y brillar en los suyos.

—Como nunca vendré a vivir a Nueva York, tendrás que tomarme en casa tal como soy… Aquí lo perderás todo, lo veo perfectamente. No deberías haberte ido de casa para venir aquí, no me importa lo que digan los demás sobre el éxito y las profesiones, no te harán ningún bien. Puedes verlo con tus propios ojos. Mírala a ella con sus modales delicados y elegantes, apuesto a que está perfumada todo el día y que se gastan miles de dólares para que los médicos se lo curen todo, puedes tenerlas, hermano; por ahora. Sí —concluyó con un gemido que vibró con fuerza y la besé y quise devorar cada uno de los gramos de su misteriosa carne, cada vena de su corazón hueco que aún no había conocido con los dedos, preciosa hambre de ella, la del altar irrepetible de sus piernas, estómago, corazón, pelo negro, y ella lo sabía, sin adornos, sin gracia, hermosos ojos sin brillo—. Pueden despacharme en

cualquier momento, estoy preparada —añadió—, pero no permitas que los pájaros canten en este agujero.

Vi arder en sus ojos que *me habría gustado desgarrar este vestido y no verlo nunca más*.

Tiempo después dijo mi hermana:

—¿Llevaba Maggie el pelo suelto, cayéndole por la cara? ¿O llevaba flequillo? Tiene la cara pequeña. ¿Llevaba alguna rosa? Le habría quedado bien, porque es muy morena.

Llevaba flequillo, mi pequeño flequillo de Merrimack.

# 45

Íbamos andando bajo el gigantesco joyero de la noche de Long Island, entre el viento y la lluvia, domingo por la noche, concluido el fin de semana: los paseos en coche, las fiestas, los espectáculos, las citas concertadas, todo se había consumado sin alegría. Su vestido largo guardado en la caja. Iba enfurruñada mientras la conducía mansamente por las tinieblas desconocidas de la ciudad. La casa de su tía estaba al otro lado de un solar vacío, al final de una calle. La lobreguez del domingo por la noche, el viento agitaba su dulce pelo contra mis labios; cuando quise besarla se apartó, quise buscar aquel beso perdido que nunca volvería. La tía había preparado una abundante cena de domingo, para nosotros y para la señora Cassidy, que se había quedado el fin de semana y humildemente, ayudando en la cocina, había visitado Radio City.

—¿Alguien ha dicho que Jack tiene el estómago vacío? ¿Te sientes débil? Anda, toma sopa.

—Bueno, niños, ¿os lo habéis pasado bien?

Maggie:

—¡No!

—¡Maggie! ¿Esa es la educación que te han dado?

La ayudé a quitarse el abrigo; debajo llevaba un vestido de algodón; al ver sus dulces formas tuve ganas de llorar.

—A Maggie nunca le ha gustado Boston ni ninguna otra ciudad —me dijo la señora Cassidy—, no le hagas caso, es un diablillo. Le gusta ponerse ropa vieja y sentarse en el columpio, igual que a mí.

—Y a mí también, señora Cassidy; cuando no tengo que jugar al fútbol.

—¡Ven a comer!

Un buen asado, patatas, puré de nabos, salsa. La amable señora irlandesa me sirvió doble ración.

Acabada la cena, me senté en el salón enfrente de Maggie, con el corazón destrozado, y la observé medio dormido mientras ellas hablaban; como en casa, las cenas, amodorrado en el salón, las dulces piernas de Maggie. Sus negros ojos me escrutaban con desprecio. Había dado su opinión. La señora Cassidy se dio cuenta de que estábamos de morros. La larga expedición, los planes, el baile concurrido, las flores, todo a la cuneta.

Volvieron a casa el lunes por la mañana, después de quedarse a dormir. Maggie a su porche, con sus hermanas pequeñas, con los pretendientes que iban a visitarla, su río, su noche. Yo volví a mi vorágine de emoción y relumbrón. En el pasillo de la escuela, Milton Bloch, que después fue autor de canciones, me presentó a Lionel Smart («Nutso Smart», según el profe de mates),[10] que acabó siendo mi grandísimo amigo de la moderna generación del jazz, Londres, Nueva York, el mundo.

—Este es Jack Duluoz, cree que la banda de Muggsy Spanier es la más grande que hay.

Y Lionel, ruborizándose y riendo:

—El Conde, tío, el Conde.

1940. Escapadas al Savoy, conversaciones en las aceras de la Noche Americana con bajistas y mustios saxotenores de párpados grandes e indiferentes (Lester Young); artículos para el periódico de la escuela; Glenn Miller en el Paramount, zapatos nuevos, el día que termino el curso me tiendo en la hierba para leer a Walt Whitman y mi primera novela de Hemingway y oír en el estadio del campus los calurosos aplausos y las despedidas (no tenía pantalón blanco).

Primavera en Nueva York, primer olor a humo de leña en la Tercera Avenida la primera noche que no hiela: parques, amores, paseos con chicas, estilos, excitaciones. Nueva York en el yo lírico perfecto de la América Nocturna, la Manzana en la Roca, el borrón

verde del Cerro de Coogan sobre el estadio Polo Grounds la primera semana de mayo y Johnny Mize de los Cardinals de San Luis consigue otro jonrón. Mickey, la hermana de Bill Keresky, con pantalón negro de seda en un ático, sus rojos labios, sus ojeras de dieciséis años y blandas iniciales en los pechos. Discos de Duke, salvajes carreras en coche al campus de Yale, vueltas y más vueltas alrededor de Monte Vernon a medianoche con hamburguesas y chicas. Frank Sinatra increíblemente fascinante con traje holgado y cantando con Harry James «On a little street in Singapore» y gustando no solo a chicas adolescentes sino también a muchachos que habían oído el triste clarinete de Artie Shaw en California, en la calle totalmente tranquila de Utrillo. La Feria Mundial, trombones tristes en la orquesta protegida por la concha, por encima de los cisnes. Pabellones con banderas internacionales. La Rusia feliz. Invasión de Francia, ¡bum! Ultramar, profesores franceses bajo los árboles, el loco de Marty Churchill baja al metro, tira sombreros masculinos al suelo y en esto llega el tren y ¡jua, jua, jua!, corremos al andén del Elevado. Al despertar un domingo por la mañana en el apartamento de David Knowles en Park Avenue, abro la persiana de listones, veo al joven marido con sombrero de fieltro y polainas que lleva del brazo a la esposa bien vestida que empuja a su vez un cochecito con niño por soles dorados y estriados, guapa no triste. *Crème de menthe* en el Plaza, *vichyssoise, paté*, luz de velas, cuellos fastuosos, domingo por la tarde en Carnegie Hall.

Ocaso primaveral
en la Quinta Avenida, un pájaro.

Charla a medianoche en el puente de Brooklyn, llegan cargueros de Montevideo. Generaciones salvajes saltando en un antro de jazz, genios con gafas de montura de concha que se emborrachan con cerveza. La Universidad de Columbia delante. Préstamo de prismáticos en el dormitorio de Mike Hennessy para observar a las chicas del Barnard, al otro lado del parque.

Maggie perdida.

# 46

Fue tres años después, una fría noche que nevaba, la estación de Lowell a rebosar con los últimos pasajeros que habían llegado de Boston con el *Daily Record* en la mano y que corrían hacia coches y autobuses. Al otro lado de la calle, el restaurante de la estación hacía su agosto, las hamburguesas silbaban jugosas en la plancha, cuando el cocinero, con su vieja cara de Montana, deja caer un círculo de masa en la grasa mate de la plancha, de la que se eleva una susurrante, ruidosa nube de vapor, y en esto se abre la puerta chirriante y entran para comer los chicos que acaban de bajar del tren. El tren de pasajeros, el de las 6 y 5 o de las 6 y 6 acaba de irse, un mercancías cruzaba Lowell en el ocaso nevado e invernal con sus cien coches de longitud, y mientras el furgón de cola cruzaba el puente del Concord en el sur de Lowell, cerca de Massachusetts Street, la locomotora enfilaba ya los patios de las madereras, las plomerías mayoristas y los depósitos de gas del centro urbano, por detrás de las fábricas de Chelmsford Street, y en los talleres de Princeton Boulevard el material móvil seguía chorreando nieve. Por Middlesex Street y cerca de las vías, unos cuantos portales destartalados y de un gris mate protegían de la tormenta a varios ciudadanos de Lowell. El restaurante Blagden no tenía apenas movimiento, en una esquina marrón, dentro solo había unos cuantos clientes aburridos en el autoservicio. Detrás, el Garaje y Párking Blagden estaban casi llenos pese a las prisas del atardecer. El empleado del garaje acababa de aparcar un camión de gran tamaño, contra la pared medianera, y de pegar el último Buick a la flota que atestaba el fondo del local, ya no quedaba apenas

espacio. Estaba solo, volvía con las llaves de su coche, el lápiz, los resguardos, movía aprisa los gruesos muslos, medio bailando. Al llegar a la puerta de arriba lanzó un silbido al ver la tormenta que caía suavemente en el callejón; en la ventana de la cocina de la vivienda gris de arriba se veía un vago resplandor, incluso se oía hablar a los niños. Entró en el pequeño despacho con buró, dejó los resguardos en la superficie, entre papeles y cajetillas de tabaco, y se dejó caer en la silla giratoria, la volvió y apoyó los pies en el mueble. Alargó la mano para coger una litrona de cerveza. Soltó un eructo. Cogió el auricular del teléfono.

Marcó un número.

—Hola, ¿eres tú, Maggie?

—Sí. ¿Jack? ¿Llamas otra vez? Pensaba que habías terminado conmigo, no me lo puedo creer…

—¡Sí! ¡Venga! Paso a recogerte ahora mismo. Beberemos cerveza en la oficina, pondremos la radio, bailaremos… Te llevaré a casa… un Buick grande…

—¿A qué hora?

—Ahora mismo.

—Pareces otro.

—Claro. Tres años no pasan en balde.

—La última vez que te vi… fue después de la fiesta de fin de curso… ¿te acuerdas, chico de universidad?

—Ya no estoy en la universidad. El mes que viene me enrolo en la Marina.

—¿No te habías alistado ya?

—En la marina mercante.

—Allí habrías estado mejor. Bueno, iré…

«La Maggie de siempre», pensó Jack Duluoz, el empleado del garaje, haciendo cálculos.

—Estaré ahí en veinte minutos. Prepárate. Tendré que devolver el Buick. Es como si robara el coche. Dejaré solo el local…

—Está bien. Me preparo ya.

—Perfecto, nena —dijo J. D.—, hasta luego —colgando y poniéndose en pie de un salto. Sacó las llaves, salió, cerró el despacho, zarandeó la puerta para comprobarlo, se acercó a la puerta de arriba, le dio un tirón y un puñetazo, volvió al interior del garaje y subió al Buick.

La portezuela del vehículo se cerró con suavidad. Volvió a abrirse cuando el empleado bajó para apagar las luces del garaje. Buscó algo con tristeza, a oscuras. El motor arrancó, el vehículo se movió hacia atrás, cambió de marcha, se dirigió a la salida, los faros se encendieron e iluminaron el oscuro garaje. El empleado movió el codo convulsivamente, en busca de tabaco, y tocó el claxon por casualidad. Miró con recelo por encima del hombro, cruzó la puerta y salió al callejón nevado. No llevaba sombrero, solo una chaqueta. Unos meses antes había trabajado de reportero en el periódico de Lowell, tenía el aspecto feroz del hombre que ha salido a la noche de ladrillo tras haber estado encarcelado, tan desconfiado y furtivo que miraba alrededor con viveza, volviéndose a todas partes, como quien oye ruidos imaginarios y ve movimientos y quiere comprobar las cosas para estar seguro. El Buick se acercó a la boca del callejón con increíble lentitud. La nieve se espesó.

—*Jack o diamonds* —canturreó Jack—, *you'll be my downfall* —pronunciando «Jack o doymonds», tal como recordaba que había cantado G. J. Rigopoulos la Nochevieja de 1939, cuando había conocido a Maggie, la chica que iba a ser suya aquella noche en el Buick, en lo profundo del garaje—. Nena —dijo en voz alta—, esta noche vas a ser mía, no creas que voy a tratarte como antes, por fin voy a saber lo que escondes. He conocido mujeres todo este tiempo, he viajado, he estado lejos, podría contarte historias que dejarían a tu pequeña Massachusetts Street a la altura del betún, sobre trenes, botellas que he tirado, mujeres que me traían ginebra para cenar, y viejos vagabundos a los que seguía por los campos para oírles cantar blues, y lunas que iluminaban Virginia, y pájaros que cantaban en la seca mañana, vías que llevaban al norte, al oeste, lugares polvorientos en los que me sentaba, en los que dormía. Cosas que he sabido por la mañana en la mesa de un

despacho, en un pupitre, en una mesa de dormitorio. Romances que he tenido sobre la grava, en los parques encima de periódicos, en sofás de fraternidades cerveceras. Bailes que he conocido estando solo en la ventana por la noche. Libros que he leído, filosofías que he aprendido, Thorstein Veblen, querida, Sherwood Anderson, bonita, y un tipo al que llaman Dostoievsky, y montañas del Polo Norte que he escalado. Así que no me niegues nada esta noche o te castigaré la muñeca, te llevaré al río y te enseñaré a… —Mientras decía estas cosas, salía del callejón del garaje y accedía a Middlesex Street tras dejar pasar tres coches y ahora, apenas delante de otros tres, dobló a la derecha y al llegar a las vías miró con temor a ambos lados del agujero de la noche por si salían locomotoras de la nada, dejó atrás el apeadero, la casa de comidas, el hotel Merrimack, donde sabía que Reno el propietario del Buick estaría en la cama con su mujer y no saldría hasta el amanecer y si salía esta noche sería a lo sumo mucho más tarde. Al pie de la colina de School Street dobló por Middlesex con ímpetu valeroso pues no necesitaba cadenas a pesar de la abundante nieve que caía…

Había mucho tráfico en ambas direcciones. Subió por la colina, se detuvo un momento en la rotonda para echar un vistazo, dobló a la derecha, en la glorieta de los caballitos dejó pasar los coches que llegaban del centro urbano, trazó un arco y bajó por School Street, conduciendo ya con más tranquilidad, pisando el acelerador, concentrado en los peligros de la vida real que le esperaban. Pasó por delante del Salón de Baile Commodore y de la Academia Keith y con las tracerías blanquinegras del oscuro Parque a la izquierda se dirigió al sur de Lowell y a la casa de Maggie.

# 47

Pero no había cambiado. El empleado del garaje miró con tristeza las cálidas luces de la casa, las rodadas de la calle, las sosas farolas, las secas enredaderas del porche de invierno, la forma querida, encantadora, medio acechante y confusa de un viejo sofá pegado al rincón del porche donde hacía mucho se había extasiado con el vino de la luna, en otras juventudes, cuando la suya era joven…

Cuando tocó el claxon salió Maggie corriendo. No le veía la cara. Dio la vuelta hasta la portezuela del coche.

—¿No quieres entrar para ver a los míos?

—No, no, vamos…

Subió asustada apoyándose en manos y rodillas, como si le costara levantar las piernas en el momento de sentarse.

—Buena pieza estás hecho… No pareces el mismo.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Estás más delgado, ya no eres un niño… Lo eres, pero pareces sin corazón y endurecido.

—¿Sin corazón? ¡Ja!

—Y endurecido. ¿Y yo? ¿He cambiado?

El del garaje arrancó y le dirigió una mirada rápida.

—Claro. Eres la típica chica que siempre parece la misma. Estás muy bien.

—Pero si ni siquiera me has mirado.

Conducía por Massachusetts Street evitando a toda costa los agujeros de barro que destacaban en negro en la nieve.

—Sí te he mirado.

Ya en el garaje, se revolcaron y forcejearon en las entrañas del Buick a las dos de la madrugada, la dulzura de la muchacha oculta al joven por una gruesa faja de caucho de la que tiró desesperadamente borracho, suspendido en la entrada.

Maggie se rió en sus barbas, él cerró la portezuela de golpe, encendió las luces, fue hasta la casa de ella, se dirigió a la parte posterior patinando en la nieve, harto de todo, maldiciendo.

# NOTAS

[1] Kid Faro era el protagonista de una serie de novelas de quiosco. En una prosa de juventud, Kerouac cuenta que cierto día, al salir del cine Crown de Lowell, pusieron este apodo a un amigo de correrías juveniles; véase «From the Radio City to the Crown», en Jack Kerouac, *Atop an Underwood. Early Stories and Other Writings*, edición de Paul Marion, Viking Press, 1999. (*N. del T.*)

[2] Grandes almacenes del centro de Lowell. Abiertos en Merrimack Street en 1878, cerraron el 10 de enero de 1976. En Estados Unidos se fundaron establecimientos con el mismo nombre en varios lugares (Seattle, Los Ángeles, etc.), pero eran independientes entre sí. El nombre, como se sabe, deriva de los grandes almacenes parisinos que se fundaron en 1838 y siguen abiertos. Ryan W. Owen, «Remembering Downtown Lowell's Bon Marché through the Years, 1878-1976», recoge fotos y publicidad en la prensa local del momento (https://forgottennewengland.com/2012/03/06/rememberingdowntown-lowells-bon-marche-through-the-years-1878-1976/). (*N. del T.*)

[3] *Roman diosee* en el original, uno de los muchos pasajes confusos que contienen los escritos de Kerouac. Como se sabe, la poética de la «prosa espontánea» impedía al autor corregir lo que escribía. Una traductora francesa vierte directamente «Vatican», mientras que un traductor portugués lee *Roman diocese*, interpretación que se aprovecha en esta traducción. (*N. del T.*)

[4] Kerouac escribe *fellaheen* (se pronuncia *felahín*), pero es un plural; el singular es *fellah (felá)*. El autor utiliza esta palabra después de haberla leído en *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler; en otras novelas suyas la aplica a los campesinos mexicanos. Según la teoría de Spengler, es la gente apegada a la tierra que sobrevive a todas las catástrofes de las civilizaciones. (*N. del T.*)

[5] Se refiere a la Academia Keith, centro católico que albergaba un instituto de enseñanza media para varones y otro para mujeres. El edificio sigue existiendo en Thorndike Street. (*N. del T.*)

[6] Antiguo restaurante situado en John Street, travesía de Merrimack Street. A pesar de su nombre (*lobster* significa «langosta»), un menú de la época garantizaba el servicio de chuletas y costillas de vacuno. Esta zona está incrustada entre un meandro del río Merrimack y la desembocadura del Concord, afluente de aquel. (*N. del T.*)

[7] Cine situado en Central Street. Cerró en los años setenta del siglo XX. El nombre Keith se refiere aquí a una cadena de cines y no tiene nada que ver con la Academia Keith que se mencionó anteriormente; de hecho, hubo en Lowell otro cine llamado Keith, en Bridge Street, que cerró en los años sesenta. (*N. del T.*)

[8] Grandes almacenes de cinco plantas, famosos por sus ofertas a precio reducido. Estaban situados en el cruce de las calles Broadway y Sutton, en la misma zona comercial donde estaba el Bon Marché mencionado previamente. (*N. del T.*)

[9] Se refiere a *Lust for Life*, una biografía novelada que publicó Irving Stone en 1934. Se tradujo al español en diferentes fechas y con dos títulos: *Anhelo de vivir* y *Codicia de vida. (N. del T.)*

[10] Retruécano de traducción imposible. *Smart* significa «inteligente». *Nutso* es tanto «No tan» como «Fanático muy». Más abajo se habla de «El Conde». Se trata de William Basie, pianista de jazz que en 1935 había fundado la Count Basie Orchestra. (*N. del T.*)